

toda comunicación con Ponferrada. El conde apareció poco después, seguido de los hidalgos de su casa, montado en un soberbio caballo de guerra, castaño, con riendas y arreos de seda azul cuajados de plata, que el fogoso animal salpicaba de espuma á cada movimiento de cabeza. La armadura era del mismo color y adornos, con una banda encarnada que la atravesaba, y el casco dorado remataba con hermoso penacho de plumas blancas y tendidas que se movían al leve soplo del viento. Venía, en suma, gallardamente ataviado en medio de su lucido cortejo, y su hueste entera le saludó con vivas y aclamaciones, y con las sonatas, más expresivas que melodiosas, de sus gaitas y tamboriles. Saludó él también graciosamente con su espada, volviéndose hacia todas partes, y en seguida se puso á reconocer la posición con aquel ojo militar y certero que en muchas guerras le había granjeado fama de diestro y experimentado caudillo. Bajó paso á paso la cuesta de Río-Ferreiros, cruzó el riachuelo entonces hinchado por las lluvias, y presto se convenció de que por aquella parte el castillo era inexpugnable, porque la naturaleza se había empeñado en fortificarle con horrorosos precipicios. Para mayor seguridad, sin embargo, situó un destacamento de caballería en el vecino pueblo de Santalla, con lo cual aseguraba de todo punto el camino de Ponferrada. Subió en seguida de nuevo el recuesto, y entonces decidió hacer su embestida por el lado de poniente y mediodía, donde la fortaleza presenta dos frentes regulares, pero defendidos entonces cuidadosamente con una fortísima muralla y un foso muy hondo.

Por respeto á los usos de la guerra, envió antes de comenzar el ataque, un pliego á los sitiados, comunicándoles las órdenes que tenía del rey, é intimándoles la rendición con amenazas y arrogancias empleadas adrede para exacerbarlos y empeorar su causa con la resistencia. Saldaña contestó, según era de esperar, que ninguna autoridad reconocían en el monarca de Castilla, como miembros que eran de una orden religiosa solo dependiente del Papa; que de las órdenes de Su Santidad solo obedecían la que les

mandaba comparecer en juicio, pero no la que les desposeía de sus bienes y medios de defensa antes de juzgarlos, pues claro estaba que la había arrancado la violencia del rey de Francia; y finalmente, que no habiéndose purgado el conde de la ruindad de Tordehumos, cometida en la persona de don Alvaro Yáñez, le advertía, que no trataría con él de igual á igual, y que á cuantos mensajeros enviase, los recibiría como á espías de un capitán de bandoleros, y los ahorcaría de la almena más alta. Aunque el conde se esperaba semejante respuesta, los términos de menosprecio y denuesto en que estaba concebida, le hicieron rechinar los dientes de ira, y le robaron el color de la cara. Lo peor del caso era, que su conciencia le repetía punto por punto las injurias del comendador, y que con enemigo tan implacable y fiero, no valían desdenes ni altanerías.

Como quiera, pasado el primer impulso volvieron sus ordinarias y habituales disposiciones á su natural corriente, y por último, se alegró ferozmente de aquel desafío á muerte, en que la superioridad numérica de sus tropas y el apoyo del rey, del Pontífice y de toda la cristiandad, parecían prometerle que llevaría lo mejor. Había recibido con siniestra alegría la nueva de la profesión de don Alvaro, porque de esta suerte, él mismo se prendía en las redes que acabarían por perderle. Así, pues, gozoso de contar como por suyos, á dos tan aborrecidos enemigos, se apresuró á trazar aquel mismo día las trincheras, y señalar los puestos y cuerpos de guardia con gran tino y habilidad, para apretar aquel baluarte en que tan grandes esperanzas tenía puestas la orden. En realidad, para cercar un castillo por su misma situación aislado, pocas fuerzas eran necesarias: para apoderarse de él era para lo que ocurrían inmensas dificultades.

Los gallegos comenzaron al punto á abrir las trincheras, y los montañeses de Cabrera bajando de las crestas de la montaña que cae al mediodía del castillo, y amparándose de los matorrales y peñascos, protegían sus trabajos con una nube de flechas dirigidas con gran puntería. Acau-

dillábalos un hidalgo de aquel país, llamado Cosme Andrade, arquero y balletero muy afamado, y la distribución y colocación que les dió, fué muy atinada; pues apenas asomaba un sitiado, le alcanzaba al punto una flecha. De ellos algunos peor armados, cayeron pasados en claro y otros mal heridos; pero los caballeros con sus armaduras damasquinas, de finísima forja, nada tenían que temer de aquellas armas lanzadas á cierta distancia, y sobre todo mal templadas para atravesar sus petos y espaldares. En cambio los balleteros del castillo, cuando alguno de los enemigos se descubría, al punto le convertían en blanco, y como no siempre los matorrales y retamas los escondían del todo, y por otra parte sus enormes coletos de destazados no los resguardaban bien, venía á resultar, como era natural, que recibían más daño. De todas maneras, sus disparos incomodaban extraordinariamente á los del castillo, y á su sombra seguían las obras del cerco.

Todo aquel día corrió de este modo, sin que los caballeros hiciesen salidas ni ningún género de demostración hostil, y entrambos bandos pasaron la noche en sus respectivos puestos. Cornatel, envuelto en el silencio y las tinieblas, formaba vivo contraste con el campo del de Lemus, resplandeciente con un sin número de hogueras, en que asaban cuartos de vaca y trozos de venado como en los tiempos de Homero; y poblado de un murmullo semejante al de una inmensa colmena. El conde descansó poco en toda aquella noche, y continuamente se le veía pasar de un corro á otro, como animando y prometiendo recompensas á sus gentes. Brillaban sus armas á la luz de las hogueras, y su penacho blanco se revestía de un color rojizo, mientras agitado por un viento recio que se había levantado, flotaba semejante á un fuego fatuo en la cimera de su yelmo. Por lo demás, tantas lumbres encendidas por la ladera del monte arriba, y cuyas llamas, ora vivas y resplandecientes, ora turbias y oscuras, según la humedad ó sequedad del combustible, oscilaban á merced del viento con mil formas caprichosas, y llenando el aire con los fan-

tásticos festones del humo que despedían, formaban un espectáculo sumamente vistoso y sorprendente. La principal ardía delante de la tienda del conde, sobre la cual estaba enarbolada la bandera de los Castros, que también azotaban las ráfagas nocturnas, silbando por entre las rocas y árboles. Una porción de mujeres que habían seguido á sus padres, maridos, amantes ó hermanos á aquella expedición, vestidas las unas con una saya blanca, un dengue encarnado al pecho y un pañuelo blanco á la cabeza, ó con rodados oscuros, dengues y jubones del mismo color, y un tocado de pieles negras, según eran, de Galicia ó de Cabrera, y una gran parte de ellas, jóvenes y agraciadas, acababan de completar aquel cuadro, bullendo y agitándose por todas partes. A cierta hora, sin embargo, cesó todo movimiento, sino es el de los centinelas que se paseaban cerca del fuego, y un ruido acompasado como de martillazos, con que algo se clavaba.

Saldaña, que con su vista de águila había seguido todo aquel día los pasos del enemigo, adivinando sus intenciones como si fuesen las suyas propias, estaba entonces en uno de los más altos torreones del castillo, acompañado del señor de Bembibre, no menos ocupado que él en observarle todo atentamente.

—Don Alvaro, dijo por fin con mal disimulado regocijo, mañana vienen.

—Ya lo sé, respondió el joven; oid cómo clavan ó las escalas ó el puente de vigas, con que piensan suplir el levadizo, para atacar la puerta cuando nos hayan ganado la barbacana.

—¡Pobres montañeses! repuso Saldaña con una sonrisa y un acento en que se notaba tanto menosprecio como lástima; piensan que nos van á cazar como á los osos y javalíes de sus montes, y sin duda despertarán muy tarde de su sueño.

—¿Me perdonaréis si os pregunto lo que pensáis hacer? le preguntó el mancebo respetuosamente.

—No todo os diré ahora, contestó el comendador; solo

sí que á vos reservo la parte más honrosa y brillante de la jornada. Antes de romper el día bajaréis con todos los caballos que hay en el castillo por la escalera secreta que ya sabéis y va á dar á la orilla misma de ese riachuelo, y siguiendo su orilla, tomaréis la vuelta á la caballería del conde, que creyéndonos de todo punto aislados, sin duda estará desprevenida y la desbarataréis; pero para esto preciso será que aguardéis emboscado en el monte hasta que la campana del castillo os dé la señal, tañendo á rebato.

—Pero, señor, repuso don Alvaro, ¿y podrán bajar los caballos por aquella escalera de piedra tan larga y pendiente!

—Todo está previsto, respondió el anciano, la escalera está llena de tierra para que no resbalen. Además; ya sabéis que los caballos del Temple son de las mejores castas de la Siria y de Andalucía, aquí y en toda la Europa, y nuestros esclavos infieles los enseñan y acostumbran á todo.

—¿Y habéis tenido en cuenta, insistió don Alvaro, el cuerpo avanzado que tienen en Santalla.

—Eso es lo que los pierde cabalmente, replicó el comendador; porque como solo atienden al camino de Ponferrada, podéis pasar por medio de entrambos y cogerlos de improviso. ¡Ah, don Alvaro, añadió tristemente, yo he peleado con los árabes y mamelucos, ¿y queréis que no se me alcance algo de estratagemas y ardides?

—Sí, sí, ya veo que todo lo tenéis previsto; pero ¿y querrán los caballeros más antiguos que yo, pelear bajo mi mando?

—Todos os estiman y os respetan por vuestra alcurnia, carácter y valor, contestó Saldaña, y todos os obedecerán gustosos; pero ¿qué tenéis que no habéis hecho sino ponerme reparos y dificultades en lugar de agradecerme la preferencia que os doy?

Don Alvaro permaneció callado y como indeciso unos breves instantes, al cabo de los cuales volvió á preguntar á Saldaña:

—¿Y pensáis que el conde esté mañana con sus lanzas?

—No por cierto, contestó él, porque ya sabéis que nuestro enemigo no abandona los sitios de riesgo. Nuestro odio mismo nos obliga á hacerle justicia.

—Pues entonces, repuso don Alvaro, más os agradeciera que me dejarais en la barbacana del castillo.

Saldaña levantó entonces la cabeza y le dirigió una terrible mirada que don Alvaro no vió por la oscuridad de la noche, pero su ademán le hizo bajar los ojos.

—Don Alvaro, le dijo el anciano con severidad, hace muchos años que á ningún mortal se ha acercado mi corazón tanto como á vos; por lo mismo no os advertiré que vuestro único deber es la obediencia: pero no dejaré de deciros, que el desprendimiento personal es lo que más ensalza al hombre. Para esta empresa os necesito, id y cumplidla, y prescindid por hoy de vuestro odio por más legítimo que sea, y esperad á mañana, que tal vez la suerte le ponga en vuestras manos. De todos modos si me le entrega á mi albedrío, tal vez le irá peor.

Don Alvaro, un tanto avergonzado de haber querido anteponer el interés de su venganza á la gloria de aquella milicia, que con tanto amor le había recibido en sus filas, dió sus disculpas al comendador, que las recibió con su señalada benevolencia, y se dispuso á su empresa que no dejaba de ofrecer riesgos. El comendador se separó de él para dar las últimas órdenes y acabar los preparativos, ya de antemano dispuestos, con que pensaba recibir á los sitiadores en el asalto del día siguiente.

CAPÍTULO XXVI.

Buen rato antes de que asomase por entre las nieblas del oriente la aurora pálida y descolorida de aquel día en que debían suceder tantos casos lastimosos, don Alvaro seguido de una gran porción de caballeros, bajó por aquella escalera que solo otra vez, y con tan distintas esperanzas

había pisado. Los caballos llegaron también sin gran trabajo á la orilla del torrente, que entonces corría con tremendo estrépito, muy apropósito para ocultar su marcha. Emprendieronla callados y atentos al inminente riesgo que les cercaba, porque caminaban por una ladera gredosa y escurridiza y por una senda estrecha y tortuosa al borde mismo de los enormes barrancos, que excava aquel regato, poco antes de entrar en el Sil. Desfilaban uno por uno con gran peligro de ir á parar al fondo al menor resbalón, y con otro no menor de ser descubiertos en tan apretado trance por el relincho de un caballo; pero estos generosos animales, como si conociesen la importancia de la ocasión, no solo anduvieron el difícil camino sin dar un paso en falso, sino que apenas soltaban tal cual corto resoplido. Por fin salieron de aquellas angosturas, y antes de que amaneciese, ya estaban emboscados en el monte de acebuches que linda con el pueblo de San Juan de Paluezas, y llegaba muy cerca del campamento de la caballería del conde de Lemus. Allí cuidadosamente escondidos, aguardaron la convenida señal.

Poco tardaron en colorearse débilmente los húmedos celages del oriente, y los clarines, gaitas y tamboriles de los sitiadores, despertaron á los que todavía dormían al amor de la lumbre. Levantáronse todos ellos alborozados, y dando terribles gritos, se formaron al punto bajo sus enseñas. El conde de Lemus salió de su tienda y en un caballo blanco, donde el terreno lo permitia, y á pie en los riscos más difíciles, corrió las filas y pelotones, haciendo distribuirles dinero, raciones y aguardiente, y alentándolos con su natural y astuta elocuencia contra aquellos idólatras ímpíos que adoraban un gato, y que dejados de la mano de Dios, poco tardarían en caer bajo las suyas. Semejantes razones subyugaban y exaltaban á aquellas gentes crédulas y sencillas y doblaban su brío; así es, que el clamoreo y alharaca ensordecía y atronaba el aire. Los templarios por su parte, después de haber hecho su acostumbrada oración, conservaron su natural gravedad, y el comendador,

que pensaba haberles arengado, después de haber observado el denuedo de sus miradas y semblantes, conoció la inutilidad de exhortar á unas gentes, en cuyos pechos ardía la llama del valor como en su propio altar, y se contentó con repetirles, con aquel majestuoso ademán que tambien le cuadraba, el versículo que días antes había dicho á don Alvaro al tomar por segunda vez el mando del castillo:—*Domini mihi custos, et ego disperdam inimicos meos*: Los caballeros, aspirantes y hombres de armas, lo repitieron en voz baja, y cada uno quedó en su sitio sin hablar más palabra.

Los momentos que siguieron fueron de aquellos zozobrosos y llenos de ansiedad, que preceden generalmente á todos los combates, y en que el temor, la esperanza, el deseo de gloria, los recuerdos y lazos que en otras partes pueden atar el corazón, y un tropel, en fin, de encontradas sensaciones, batallan en el interior de cada uno. Por fin las trompetas de los sitiadores dieron la última señal á la cual los añafles y clarines de los templarios respondieron con agudas y resonantes notas como de reto, y los cuerpos destinados al asalto se pusieron en movimiento rápidamente, precedidos de un cordón de ballesteros que despedían una nube de saetas, y sostenidos por otros muchos, que desde las quiebras y malezas los ayudaban poderosamente. Encamináronse, como era natural, contra la barbacana del castillo, solo dividida de éste por el foso y enlazada con él por el puente levadizo; asestando sus tiros contra los caballeros que la defendían, y que por su parte recibieron á los sitiadores con descargas, en que maltrataron é hirieron á muchos. Sin embargo, su defensa fué menos tenaz de lo que el conde aguardaba; así es que dieron lugar á los más atrevidos á acercarse á la puerta, sobre la cual empezaron á descargar al punto redoblados hachazos. Los caballeros, viendo sin duda lo poco que podían resistir aqueilas débiles tablas á semejante empuje y sacudidas, atravesaron en seguida el puente levadizo que se alzó al punto, justamente cuando forzada la puerta, cabreireses y gallegos se precipitaban de tropel en la barbacana. Pasma-

dos todos, y el de Lemus en especial, de tan floja defensa, creyeron que la hora del Temple había llegado, cuando así se amortiguaba de repente la estrella rutilante de su valor. Comenzaron, pues, á denostarlos con injuriosas palabras, á las cuales no respondían sino disparando de cuándo en cuándo alguna flecha ó piedra, amparándose, sin embargo, cuidadosamente de las almenas. La caballería, que desde su puesto veía el triunfo de los suyos, y tremolar la bandera del conde en la barbacana, prorrumpió en una estrepitosa y alegre gritería, victoreando y agitando sus lanzas desde abajo. Estaban pie á tierra los ginetes, y con los caballos del diestro descansando enteramente en la avanzada apostada en el camino de Ponferrada, y tenían puestos los ojos y el alma en el drama que más arriba se representaba, y del cual, con gran enojo suyo, solo venían á ser fríos espectadores.

Los de la barbacana trajeron al instante el puente de vigas que habían estado clavando y aderezando á prevención en la noche anterior, y que no habían conducido desde luego, contando con que el primer ataque sería más largo y reñido. Desmentido con gran gusto suyo este pronóstico, asomaron inmediatamente con su informe pero sólida armazón por la puerta interior de la barbacana para echarlo sobre el foso. Los sitiados entonces parecieron reanimarse, y se presentaron en la plataforma que dominaba la puerta, arrojando piedras y venablos; pero la granizada de flechas de los montañeses los hizo retirar al punto. La afluencia de estos desgraciados era tal, que la barbacana estaba atestada de gentes á cual más deseosas de abalanzarse á la puerta del castillo, y echándola al suelo, entrar á saco y á degüello aquellos cobardes guerreros. Por fin con harto trabajo se asentó el puente, y un sin número de montañeses y valdeorranos se agolparon á herir con sus hachas las herradas puertas del castillo.

No bien habían descargado los primeros golpes, cuando un grito de horror resonó entre aquellos infelices, de los cuales una gran parte cayeron en el foso, y otros en el

mismo puente, lanzando espantosos ahullidos y revolcándose desesperadamente. Los que les seguían, empujados por la inmensa muchedumbre de atrás, aunque horrorizados porque apenas sabían á qué atribuir aquel repentino accidente, corrieron también contra la puerta. Entonces se vió claro lo que tales gritos arrancaba y tan grandes estragos hacía. Aquellos desdichados mal armados, morían abrasados bajo una lluvia de plomo derretido, aceite y pez hirviendo que venía de la plataforma, y de la cual salían también muchísimas flechas rodeadas de estopas alquitranadas y encendidas, que no podían desprenderse, ni arrancarse, sin quemarse las manos. Algunos quisieron retroceder, pero el extraordinario empuje que venía de afuera, no solo se lo estorbaba, sino que vomitaba sin cesar sobre el puente nuevas víctimas. Los que estaban debajo de la arcada de la puerta, conociendo su peligro y creyéndose á cubierto por algunos instantes, menudeaban los golpes deseosos de terminar aquella horrenda escena; pero cuando más descuidados estaban, por unos agujeros, sin duda practicados de intento en las piedras, comenzó á llover sobre ellos aquel rocío infernal, y al querer retirarse, las piedras que caían por los matacanes, acabaron de estropearlos. Entonces comenzó á sonar á rebato la campana del castillo, como si doblase por los que morían en los fosos y al pie de sus murallas; los muros y la plataforma se coronaron de caballeros que cubiertos de acero de pies á cabeza, y con el manto blanco á las espaldas y la cruz encarnada al lado, se mostraron como otras tantas visiones del otro mundo á los ojos de aquella espantada muchedumbre. Unos cuantos esclavos negros que desde la plataforma derramaban y esparcían aquel fuego voraz, asomaron entonces sus aplastados semblantes de azabache, animados por una diabólica sonrisa, y aquellas acobardadas gentes, creyendo que el infierno todo peleaba en su daño, comenzaron á arrojar sus armas consternados y tomando la huida.

El conde que, con tanto ahogo y apretura, se ha

bía visto embarazado en la barbacana, pudo desprenderse en aquel momento crítico, y arrojándose al puente para reanimar á los fugitivos, y pasando por encima de los muertos y heridos, sin hacer caso de las lluvias de piedras y aceite hirviendo que caían sobre su impenetrable armadura, llegó hasta la puerta con un cercano deudo suyo muy bien armado. Asieron allí las hachas de manos de dos muertos, y comenzaron á descargar tan recios golpes, que de arriba abajo se estremecía el portón á pesar de sus chapas de hierro. Entonces una enorme bola de granito, bajando por uno de los matacanes, cayó á plomo sobre la cabeza de su pariente, que al punto vino al suelo muerto, con el cuello y el cráneo rotos, viendo lo cual otros hidalgos de su casa que se habían quedado á la puerta de la barbacana, atravesaron el puente desalados, y á viva fuerza arrancaron de allí á su jefe.

La caballería entretanto, como hemos dicho, seguía con envidiosos ojos la pelea de sus compañeros, cuando oyó tocar á rebato la campana del castillo. Entonces creyeron que ya era el conde dueño de él, y con loca presunción comenzaban á darse el parabién de tan feliz jornada, cuando de repente les estremeció á sus espaldas una trompeta, que sonó en sus oídos como la del último día, y volviendo los asombrados ojos, vieron el corto pero lucido escuadrón de don Alvaro, que lanza en ristre y á todo escape les acometía. Muchos caballos espantados no menos que sus ginetes, rompieron la brida y dieron á correr por las cuestas, dejando á pie á sus dueños, que fueron los primeros que cayeron al hierro de las lanzas enemigas. Los restantes, que pudieron ocupar las sillas en medio del tumulto, arremolinados y envueltos en sí propios, solo hicieron una cortísima resistencia, durante la cual, mordieron muchos sin embargo la tierra, y al punto se dispersaron, bajando algunos á reunirse con el destacamento que tenían en el camino de Ponferrada, corriendo otros por la ladera del monte á reunirse con las bandas de peones, y echando los demás con desbocada carrera por el camino de las Médulas. Don

Alvaro, deseoso de dar alcance á los que iban á incorporarse con el grueso de la hueste del conde, picó en pos de ellos por la ladera, con el firme intento, no solo de ahuyentarlos, sino de coger á los enemigos por la espalda.

Saldaña, bien informado del éxito de esta arriesgada empresa, bajó entonces seguido de sus más escogidos caballeros, echando el puente levadizo, porque el otro estaba ya medio consumido por el fuego, embistió denodadamente la barbacana con un hacha de armas en las manos, cada golpe de la cual, cortaba un hilo de vida en aquella gente todavía apiñada y comprimida. En medio de aquel tumulto y matanza, acertó á ver al conde que forcejeaba con sus hidalgos y deudos, para volver al puente.

—¡Conde traidor! le gritó el comendador ¿cómo tan lejos del peligro?

—Allá voy, hechicero infernal, ligado con Satanás, le respondió él con la boca llena de espuma y rechinando los dientes; y dando un furioso empujón, se fué para el templario determinado y ciego. Llegó á él, y con el mayor coraje le tiró una soberbia estocada, que el comendador supo esquivar; y alzando el hacha con ambas manos, iba á descargarla sobre él, cuando uno de sus deudos se interpuso. Bajó el arma como un rayo, y dividiendo el escudo cual si fuera de cera y hendiendo el capacete, se entró en el cráneo de aquel malhadado mozo, que cayó al suelo con un profundísimo gemido. Trabóse entonces una reñidísima contienda, porque cuando los del conde vieron que se las habían con hombres como ellos y no con vestiglos ni espíritus infernales, cobraron ánimo; pero peor armados y menos diestros que sus enemigos, naturalmente llevaban lo peor. En esto un ginete con el caballo blanco de espuma y sin aliento, se presentó á la puerta de la barbacana y dijo en alta voz:

—¡Conde de Lemus! vuestra caballería ha sido desbaratada por un escuadrón de estos perros templarios, que no tardará seis minutos en llegar.

—¿Hay más desventuras, cielos despiadados? exclamó él

conde levantando al cielo su espada que apretaba convulsivamente.

—Sí, todavía hay más, le dijo Saldaña con voz de trueno, porque ese que con un puñado de caballeros ha destrozado tus numerosas lanzas, ese es el señor de Bembibre, tu enemigo.

Lanzó el conde un rugido como un tigre, y de nuevo quiso embestir al comendador; pero los suyos se lo impidieron arrancándole de aquel sitio, porque los gritos y galope de los caballeros que iban al mando de don Alvaro, se oían ya muy cerca. Saldaña no juzgó prudente acometer fuera de su castillo y con la poca gente que lo guarnecía á un enemigo todavía respetable por su número, y que acababa de dar tan repetidas muestras de valor. Los caballeros que le acompañaban habían cerrado la puerta con sus cuerpos, y dejado acorralados un gran número de montañeses que aunque no acometían, no parecían dispuestos á rendirse sin pelear de nuevo.

—Y vosotros, infelices, les dijo el comendador, ¿qué suerte creéis que va á ser la vuestra después de acometernos tan sin razón?

—Nos sacrificaréis á vuestro ídolo, contestó uno que parecía capitán, y le pondréis nuestras pieles, que es lo que dicen que hacéis; pero aun os ha de costar caro. En cuanto á venir á haceros guerra, el rey y el conde de Lemus, nuestros naturales señores, lo han dispuesto, y como es servicio á que estamos obligados, por eso hemos venido.

—¿Y quién eres tu que con ese desenfado me hablas, cuando tan cerca tienes tu última hora? ¿Cuál es tu nombre?

—Cosme Andrade, replicó el con firmeza.

—¡Ah! ¿con qué eres tú el arquero celebrado en toda Cabrera?

—Más celebrado hubiera sido hoy, respondió él, porque á no ser por el maleficio de vuestra armadura, os hubiera atravesado lo menos cinco veces.

—¿Y qué hubieras hecho conmigo si hubiese caído en tus manos?

—Yo no era el que mandaba, y de consiguiente, nada os hubiera hecho por mí; pero si el conde os hubiera quemado vivo, como se dice que han hecho allá muy lejos con los vuestros, yo hubiera atizado el fuego.

—¿Quiere decir que no te agraviarás si te mando ahorcar, porque aun es tratarte mucho mejor?

—De manera, señor, respondió el montañés, que á nadie le gusta morir, cuando como yo puede matar todavía muchos osos, rebezos y venados; pero cuando vine á la guerra, me eché la cuenta, de que con semejante oficio, no es fácil morir en la cama con el cura al lado y asistido por su mujer. Así pues, señor caballero, haced lo que gustéis de nosotros, pero no extrañéis que nos defendamos, porque eso lo hacen todos los animales cuando los acosan.

—No es necesario, contestó Saldaña, porque tu valor os libra á todos del cautiverio y del castigo. Caballero Carvajal, dijo á uno de los suyos; que se den cien doblas al valeroso Andrade para que aprenda á tratar á sus enemigos, y acompañadle vos hasta encontrar con don Alvaro, no sea que le suceda algún trabajo.

El montañés se quitó su gorro de pieles que había tenido encasquetado hasta entonces, y dijo:

—Agradezco el dinero y la vida, porque me los daréis, á lo que se me alcanza, sin perjuicio de la fidelidad que debo á mi rey y al conde mi señor.—El comendador le hizo una señal afirmativa con la cabeza.—Pues entonces, añadió el montañés, Dios os lo pague, y si algún día vos ó alguno de los vuestros os veis perseguidos, idos á Cabrera, que allí está Andrade, y al que intente dañaros, le quitará el modo de andar.

Con esto se salió muy contento seguido de los suyos, acompañado del caballero Carvajal y diciendo entre dientes:—No, pues ahora excusa el conde de venir con que son mágicos ó no lo son, porque por estrecho pacto que tengan con el diablo, ni el diablo ni él les quitarán de ser caballeros de toda ley. ¡Así quiera Dios darme ocasión de hacer algo por ellos!

La precaución de Saldaña no podía ser más cuerda, pues á los pocos pasos encontraron á los caballeros de don Alvaro, que al ver los rojizos coletos de los montañeses, al punto enristraron las lanzas. Carvajal se adelantó entonces, y los dejaron pasar sanos y salvos, sin más pesar que el recuerdo de los compañeros que dejaban sin vida, delante de aquel terrible castillo. Don Alvaro no solo cumplió el objeto de su salida, sino que antes de volver á Cornatel, quemó las empalizadas y chozas de los sitiadores, se apoderó de sus víveres y pertrechos, y trajo arrastrando la bandera enemiga. Todo esto pasaba á la vista del conde que trepando por la agria pendiente de los montes, y desesperado de vencer el terror pánico de los suyos, y llevarlos á las obras que había trazado, veía aquel rival aborrecido, talarlo y destruirlo todo, mientras él huía en medio de los suyos, que en aquel momento parecían una manada de corzos acosada de los cazadores.

Así pues, reunió su gente como pudo, y aquella misma noche volvió á las Médulas, de donde dos días antes había salido con tan diferentes pensamientos. Allí escogió una posición fuerte y aventajada, en la que se reparó con el mayor cuidado, y adonde poco á poco se le fueron allegando los dispersos. Aquella noche se pasó entre las voces de los que se llamaban unos á otros según iban llegando, entre los lamentos de los heridos y los llantos de las mujeres que habían perdido alguna persona querida; los más valientes habían perecido en la refriega, y cuando los respectivos jefes pronunciaban sus nombres, solo les respondía el silencio ó algún amargo gemido. El conde mismo había perdido dos deudos muy cercanos y veía retrasada por lo menos, durante mucho tiempo, una empresa de que tanta honra y mercedes pensaba sacar. Todas estas desdichas exacerbaron su orgullo ofendido, y avivaron su odio á los templarios, y en especial á don Alvaro, de manera que todo se propuso intentarlo á fin de vengarse.

Por lo que hace al señor de Bembibre que tantos laureles había cogido en aquella jornada, fué recibido con ta-

les muestras de estimación y con tanto aplauso, que su entrada en Cornatel fué un verdadero triunfo.

CAPÍTULO XXVII.

Después de la malograda empresa que acabamos de describir, el conde mandó á pedir refuerzos á sus estados de Galicia, firme en su propósito de lavar con la toma de Cornatel la afrenta recibida. Antes de que llegasen sin embargo, las mesnadas de Arganza y Carracedo cruzaron el Sil al mando de don Alonso Ossorio, y fueron á engrosar sus diezmadadas filas: socorro oportunísimo en aquellas circunstancias poco favorables, no solo por el número y calidad de sus guerreros sino por el prestigio que el señor de Arganza disfrutaba en el país, y sobre todo, por el sello de religión que parecía poner en la demanda la intervención del abad de Carracedo, justamente respetado por sus austeras virtudes. La confianza volvió á renacer con esto en su pequeño ejército, y como á pocos días comenzaron á venir de Cabrera nuevas bandas, otra vez florecieron en el conde sus antiguas y risueñas esperanzas.

La entrevista de suegro y yerno fué, como pueden figurarse nuestros lectores, muy ceremoniosa, porque delante de sus respectivos vasallos debían dar el ejemplo de unión y concierto de voluntades, que tanto provecho podría traer á la causa que defendían.

No era la menor de las contrariedades que sufría impaciente don Alonso, la de servir debajo del mando de un hombre que, unido á él por los lazos del parentesco más inmediato, distaba infinito de su corazón por las fealdades que le manchaban. El conde, conociendo hartó bien la dificultad de purgarse de sus culpas á los ojos de su suegro, y por otra parte, viendo bajo sus banderas los vasallos de Arganza, que era uno de los blancos á que se encaminaba desde muy atrás su calculada perfidia, se encastilló en su

altanería, y no quiso entrar con su suegro en ningún género de explicaciones. Este por su lado guardó una conducta en todo parecida, y aunque delante de los suyos y en todos los actos públicos le trataba con deferencia y aun con cordialidad, cuando la casualidad los juntaba á solas, acostumbraban á hablar únicamente de los asuntos militares propios de la empresa que habían acometido: situación para entrambos penosa, pero sobre todo para don Alonso, cuyo carácter franco y noble, se avenía mal con semejantes falsías y dobleces. Como quiera, el deseo de ocultar á los ojos del vulgo los pesares y desabrimientos de su familia, le obligaba á devorar en silencio su amargura, por desgracia demasiado tardía, y que hacía más insufrible todavía la comparación que á cada punto se le presentaba de la suerte de su hija, con la que otra elección más acertada pudiera haberle proporcionado.

Algo más tardaron en llegar los refuerzos de Galicia, tanto por la mayor distancia, cuanto porque el conde escarmentado con el pasado suceso, y convencido de que Cornatel, no era para ganado de una embestida, había hecho traer trabucos y otras máquinas de guerra, que embarazaron no poco la marcha de las tropas. Durante este tiempo sobrevinieron graves sucesos que aceleraron el desenlace de aquel drama enmarañado y terrible. Los templarios de Aragón, abandonados de todos sus aliados, y en lucha con un trono más afianzado y poderoso que el de Castilla, á duras penas podían resistir encerrados en Monzón y en algún otro de sus castillos, las armas de toda aquella tierra concitadas en contra suya, y andaban ya en tratos para rendirse. El rey de Portugal por su parte, apesar del apego con que miraba aquella noble orden, conociendo la dificultad de calmar la opinión general, y temeroso por otra parte, de los rayos del Vaticano, había cedido en su propósito más generoso que político, y aconsejado á don Rodrigo Yáñez y al lugarteniente de Aragón, que aceptando su mediación y confiándose á la justificación de los concilios provinciales, entregasen desde luego sus castillos y bienes,

en obediencia de las bulas pontificias. Tal había sido la opinión del maestro de Castilla en un principio, pero los ultrajes hechos á la orden por una parte, la conmoción difícil de calmar introducida entre sus caballeros por otra, y por último, la imprudencia del rey Fernando el IV, en elegir para capitán de aquella facción al enemigo más encarnizado del Temple en el reino de León, le habían retraído de ponerla en planta. De todos modos, ahora la inexorable mano del destino, parecía indicarle esta senda, y por lo mismo envió cartas á Saldaña, noticiándole lo que pasaba, y exhortándole á que atajando la efusión de sangre, entrase en capitulaciones honrosas con el conde. El anciano commendador dió por respuesta que el encono y rencor implacable del de Lemus, imposibilitaban todo término justo y decoroso de avenencia, pues solo soñaba y respiraba venganza del revés que había experimentado delante de sus murallas: que con semejante hombre, ajeno á toda hidalguía, no podía responder de las vidas de sus caballeros, y finalmente, que si el rey traspasaba á otro cualquiera de sus ricos-hombres el cargo y la autoridad, desde luego entablaría las pláticas necesarias.

De estas noticias las más esenciales se derramaron brevemente por el campo sitiador, y el conde no dejó de aprovecharlas para sus intentos de odio y de venganza. Don Alonso no pudo menos de recordarle cuán ajeno era de la ley de la caballería negar todo acomodo honroso á unas gentes que tan ilustre nombre dejaban, sobre todo cuando tantos daños podían venir á la desventurada Castilla de la prolongación de una lucha fratricida; pero el conde le respondió que sus órdenes eran terminantes y su único papel la obediencia. Separáronse, pues, más desabridos que nunca, y el señor de Arganza le amenazó con que pondría de manifiesto ante los ojos del rey la preferencia que daba á sus rencillas é intereses particulares sobre el procomún de la tierra y de la corona. El conde, que en el fondo no desconocía la justicia y prudencia de semejantes reclamaciones temió con razón que la corte accediese á ellas, y como

por otra parte sus tropas estaban ya provistas y reforzadas se decidió á dar la última embestida á Cornatel.

Poco tardó en averiguar que los ginetes que habían destrozado su caballería habían salido del castillo, y no venido de Ponferrada como en un principio se figuró. Así, pues, procuró conocer la misteriosa puerta que sin duda daba al precipicio, deseoso de herir á su contrario por los mismos filos. Mandó llamar para esto al intrépido Andrade que, gracias á su serenidad y á los hábitos de cazador, podía andar por sitios inaccesibles á la mayor parte de las gentes, y al mismo tiempo poseía gran astucia y sagacidad.

—Cosme, le dijo en cuanto le vió en su presencia, ¿te parece que podremos entrar en ese infernal castillo por el lado del derrumbadero?

—Por muy difícil lo tengo, señor, respondió el montañés dando vueltas entre las manos á su gorro de pieles, á menos que no nos den las alas de las perdices y milanos; ¿pero hay más que verlo, señor?

—Sí, pero en eso está el peligro, porque con una peña que echen á rodar de arriba pueden aplastaros en semejantes angosturas.

—De manera es que no hay atajo sin trabajo, respondió el animoso Andrade, y no estaré mucho peor que en aquel maldito puente que parecía el del infierno.

Frunció el conde el ceño con este importuno recuerdo de su derrota, pero conteniéndose como pudo, explicó sus deseos al montañés, que con la agudeza propia de aquellas gentes, los comprendió al momento.

—Así y con la ayuda de Dios, concluyó el caudillo, presto daremos cuenta de esos ruines hechiceros que solo con sus malas artes se defienden.

—En eso habéis de perdonar, señor, replicó el sincero montañés, porque si el diablo los asiste, no se ayudan ellos menos con sus brazos, que á fe que no son de pluma. Y sobre todo mágicos ó no, en sus manos me tuvieron con una porción de los míos, y pudiendo colgarnos al sol para que

nos comieran los cuervos, nos dejaron ir en paz y nos regalaban sobre esto.

Y en seguida contó al conde la escena de la poterna y la largueza del comendador. Mordióse el conde los labios de despecho al ver que en todo le vencían y sobrepujaban aquellos soberbios enemigos, y deseoso de borrar su libertad, dijo al cazador:

—Doscientas doblas te daré yo, si encuentras modo de que entremos en el castillo.

—Eso haré yo sin las doscientas doblas, respondió Andrade, porque las ciento que me dió Saldaña todas las he repartido entre los heridos, y las viudas de los pobres que murieron aquel día. A mí, Dios sea bendito, nada me hace falta, mientras tenga mi ballesta, y haya osos y jabalíes por Cabrera.

Con esto, y después de recibir las instrucciones del Conde, se salió de su tienda, y juntando una docena de los más esforzados de los suyos, bajó por detrás de Villavieja hasta el riachuelo y se acercó á la raíz misma de las asperezas que por allí defienden el castillo. Con sus ojos acostumbrados á los acechos nocturnos comenzaron á registrar las matas y peñascos, y entre una quiebra formada por dos de ellos y medio cubierta por los arbustos, tardaron poco en divisar los barrotes de hierro de la reja; pero no bien se habían acercado, cuando una flecha salió silvando de la oscuridad é hirió de soslayo á uno de ellos en un brazo. Apartáronse al punto conociendo que era imposible toda sorpresa con hombres tan vigilantes, y que una embestida á viva fuerza sería tan temeraria como inútil. Comenzaron por lo tanto á retirarse, pero al pasar por debajo del ángulo oriental del castillo, paróse Andrade y comenzó á mirar atentamente las grietas y matorrales de aquel escarpado declive. Por lo visto, hubo de satisfacerle su reconocimiento; pues comenzó á trepar por aquella escabrosidad asiéndose á cualquier arbusto, y asentando el pie en la menor prominencia del peñasco, hasta que llegó con asombro de los mismos suyos, á una especie de plata-

forma poco distante ya del torreón. Allí se puso á escuchar con gran ahinco por ver si sentía los pasos del centinela, y después de observar cuidadosamente durante otro rato todos los accidentes, formas y proyecciones del terreno, se volvió á bajar del mismo modo que había subido, aunque con mayor trabajo. En cuanto llegó á la margen del arroyo, recomendó el silencio á sus compañeros, y apretando el paso, poco tardaron en llegar á los barrancos de las Médulas. Dormía el conde á la sazón, pero en cuanto se presentó Andrade á la entrada de la tienda, al punto le despertó un paje y no tardó en introducir al montañés. Hízole sentar el conde, y después de ofrecerle una copa de vino que sin ceremonia trasegó á su estómago, le pidió cuenta de su expedición.

—Hemos dado con la puerta, contestó Andrade, pero está defendida, y por allí no hay que pensar en meterles el diente.

—Bien debí presumirlo, respondió el conde, pero la impaciencia me ciega y me consume.

—No os dé pena por eso, señor, respondió el montañés; porque he descubierto otro boquete algo mejor y más seguro.

—¿Y cuál? preguntó el conde con ansiedad.

—El torreón del lado del naciente, respondió el cazador muy ufano.

El conde le miró con ceño, y le dijo ásperamente.

—¿Estás loco, Andrade? ni los corzos y rebezos de tus montañas, son capaces de trepar por allí.

—Pero lo somos nosotros, replicó él con un poco de vanidad mal reprimida, ¿loco, eh? en verdad que para vos y los vuestros debe de ser locura llegar por aquel lado á pocas varas de la muralla.

—¿Pues no decías que eran menester las alas de las perdicas para eso?

—Es que si entonces dije eso, ahora digo otra cosa, que como decía mi abuela, de sabios es mudar de consejo y además no soy yo el río Sil para no poder volverme atrás

de mis juicios, cuando van descaminados. Os digo que de allí al castillo no hay más que una mediana escala ó unas brazas de cuerdas con un garfio á la punta.

—Pero ¿crees tú que no tendrán allí escuchas ni centinelas? Cuenta que con dos hombres solos podrían desbaratarnos desde aquel sitio.

—Más de una hora estuve escuchando, repuso el montañés que ya comenzaba á impacientarse con tantas objeciones, y no oí ni cantar, ni rezar, ni silbar, ni ruido de armas ó de pasos.

—¡Ah! respondió el conde, poniéndose en pie con júbilo feroz: míos son, y de esta vez no se me escapan. Pídemelo que más estimes de mi casa y de mis tierras, buen Andrade, que por quien soy, te lo daré al instante.

—No es eso lo que tengo que demandaros, señor, replicó el cabreirés, sino la vida del comendador en especial y de todos los demás caballeros que prendamos. A mí y á los míos nos conservaron la que nos sustenta, y como sabéis sin duda mejor que yo, el que no es agradecido, no es bien nacido.

Quedóse como turbado el conde con tan extraña petición, pero recobrando sus naturales é iracundas disposiciones, le dijo rechinando los dientes y apretando los puños:

—¡La vida de ese perro de Saldaña! Ni el cielo ni el infierno me lo arrancarían de entre las manos!

—Pues entonces, replicó resueltamente el montañés, ya veremos como vuestros gallegos, que tienen la misma agilidad que los sapos, se encaraman por aquellos caminos carreteros, porque yo y los míos mañana mismo nos volveremos á nuestros valles.

—Quizá no volváis, respondió el conde con una voz ahogada por la rabia, porque quizá yo os mande amarrar á un árbol y despedazaros las carnes á azotes hasta que muráis. Vuestra obligación es servirme, como vasallos míos que sois.

El montañés le respondió con templanza pero valientemente:

—Durante la temporada del invierno, que es la de nuestras batidas y cacerías, ya sabéis que según costumbre inmemorial y fuero de vuestros mayores, no estamos obligados á servirlos. Lo que ahora hacemos, es porque no se diga que el peligro nos arredra. En cuanto á eso que decís de atarme á un árbol y mandarme azotar, añadió mirándole de hito, os libraréis muy bien de hacerlo, porque es castigo de pecheros, y yo soy hidalgo como vos, y tengo una ejecutoria más antigua que la vuestra y un arco y un cuchillo de monte con que sostenerla.

El conde aunque trémulo de despecho, por uno de aquellos esfuerzos propios de la doblez y simulación de su alma, conociendo la necesidad que tenía de Andrade y de los suyos, cambió de tono al cabo de un rato, y le dijo amigablemente.

—Andrade, os otorgo la vida de esos hombres que caigan vivos en vuestro poder, pero no extrañéis mi cólera, porque me han agraviado mucho.

—Los rendidos nunca agravian, respondió Cosme; ahora nos tenéis á vuestra devoción hasta morir.

—Anda con Dios, le dijo el conde, y dispón todo lo necesario para pasado mañana al amanecer.

Salió el montañés en seguida, y el conde exclamó entonces con irónica sonrisa:

—¡Pobre nécio! ¿y cuando yo los tenga entre mis garras, serás tú quien me los arranque de ellas?

CAPÍTULO XXVIII.

De tan inminente peligro estaban amenazados los templarios de Cornatel, porque como no había memoria de que persona humana hubiese puesto la planta sobre el abismo que dominaba el ángulo oriental del castillo, ni parecía empresa asequible á la destreza humana, aquel lado no se guardaba. Lo más que solía hacerse en tiempos de peligro

era visitar de cuando en cuándo el torreón, más para registrar el campo desde allí que para precaver ningún ataque. Una vez dueños de él los enemigos, como ningún género de obstáculo interior habían de encontrar, claro estaba que la ventaja del número había de ser decisiva. Atacados á un tiempo por el frente y flanco, y desconcertados de aquella manera impensada y súbita, era segura la muerte ó la prisión de todos los caballeros. Solo una rara casualidad hizo abortar aquel plan tan ingenioso como naturalmente concebido.

Saldaña, como experimentado capitán, no se descuidaba en averiguar por todos los medios imaginables cuanto pasaba en el real enemigo; y sus espías bajo mil estudiados disfraces, sin cesar le estaban trayendo noticias muy preciosas. Aconteció, pues, que una noche se brindó á salir de descubridor nuestro antiguo conocido Millán, y disfrazándose con los atavíos de un montañés, muerto en el castillo de resultas de la pasada refriega, se dirigió por la noche á las Médulas, acompañado de otro criado del Temple, natural del país, que conocía todas las trochas y veredas como los rincones de su casa. La vista que ofrecía el campamento del conde en medio de aquellas profundísimas cárcavas, cuyo color rojizo resaltaba más y más con el trémulo resplandor de las hogueras, era sumamente pintoresca. La mayor parte de los soldados estaban resguardados del frío en las cuevas y restos que quedaban de las antiguas galerías subterráneas; pero los que velaban para impedir todo rebato, encaramados en aquellos últimos mogotes, visibles unas veces é invisibles otras, según las llamas de los fuegos lanzaban reflejos más vivos ó apagados, aunque siempre inciertos y confusos, parecían danzar como otras tantas sombras fantásticas en aquellas escarpadas eminencias. La forma misma de aquellos picachos, caprichosa y extraña y la oscuridad de los matorrales, imprimían en toda la escena un sello indefinible de vaguedad enigmática y misteriosa.

Para el que conoce todos los ramales de las antiguas

minas, fácil cosa es, aun ahora, sustraerse á las más exquisitas indagaciones por entre su revuelto laberinto. Así es que el compañero de Millán le guió por medio de la más tremenda oscuridad hasta un puesto de cabreireses en que se hablaba con mucho calor. Estaban juntos al rededor de una gran hoguera, y uno de ellos sentado en un tronco estaba diciendo en voz alta á sus compañeros:

—Pues, amigos, él se ha empeñado en venir por más que le he dicho que se va á desnucar por aquellos andurriales. Dios nos la depare buena, porque si tras de esto no llegamos á entrar en el castillo, medrados quedamos.

Como el montañés estaba de lado, no podía Millán distinguir sus facciones, pero en el metal de la voz conoció al punto al intrépido Andrade, y puso la mayor atención en escuchar aquel coloquio que tanto debía interesarle.

—Lo que es por falta de cuerdas y ganchos no quedará, contestó otro, porque tenemos un buen manajo; pero ¿el conde quiere ser de los primeros?

—El primero quiere ser, contestó Andrade, pero Dios mediante entraremos juntos.

—Al cabo, dijo otro, yo no sé bien por donde hemos de subir todavía.

Andrade se lo explicó claramente, mientras que Millán, sin atreverse á respirar, estaba hecho todo oídos.

—¿Y es mañana? preguntó uno.

—No; mañana nos acercamos todos al castillo por donde la otra vez, con todos los pertrechos y avíos como si fuéramos á poner cerco de veras, y pasado mañana, mientras del lado de acá levantan gran grito y alharaca, en guisa de asaltar las murallas, nosotros nos colamos por el lado de allí como zorros en un gallinero. Como vosotros sois los destinados á la empresa, lo mismo será que lo sepáis un poco antes ó después, pero cuenta con el pico.

Todos se pusieron el dedo en los labios haciendo gestos muy expresivos, y en seguida comenzaron á cenar sendos tasajos de cecina, acompañados de numerosos tragos. Millán entonces, dando gracias al cielo por el descubrimiento

que acababa de hacer, salió apresuradamente de su escondite, y se volvió á Cornatel con su compañero. Al salir de la mina echó una ojeada hacia las hondonadas de aquellos extraños valles y advirtió muchas gentes que iban y venían unos con hachones de paja encendidos y otros cargados con diferentes bultos. Veíanse también cruzar en la misma dirección muchas acémilas, y en todo el real se notaba gran movimiento, con lo cual acabó de persuadirse el buen Millán de la exactitud de las noticias que por tan raro modo había recibido. Volvióse, pues, al castillo con gran prisa y en cuanto entró, se fué á ver á su amo y á contarle muy menudamente cuanto sabía. Hizo Don Alvaro un movimiento tal de alegría al escucharle y de tal manera se barrió repentinamente de su semblante la nube de disgusto que casi siempre lo empañaba, que el escudero no pudo menos de maravillarse. Cogióle entonces del brazo y mirándole de hito en hito, le dijo:

—Millán, ¿quieres hacer lo que yo te mande?

—¿Eso dudáis, señor? respondió el escudero: ¿pues á mí qué me toca sino obedecer?

—Pues entonces, no digas nada al comendador, sino del ataque manifiesto.

—Pero ¿y si nos entran como intentan?

—Tú y yo solos bastamos para escarmentarlos: ¿no quieres acompañarme?

—Con el alma y la vida, contestó el ufano escudero, y ojalá que mi brazo fuese el de Bernardo del Carpio en Roncesvalles.

—Tal como es, le contestó Don Alvaro sonriéndose, nos será de mucho provecho. Anda y despierta al comendador, y dile todo menos el ataque del torreón.

—¡Ah! con que él mismo viene á caer bajo mi espada! dijo hablando entre sí, no bien salió Millán: ¡cielos divinos! ¡dejadle llegar sano y salvo hasta mí! Dadle si es menester las alas del águila y la ligereza del gamo.

A la mañana siguiente volvieron los enemigos á ocupar sus antiguas posiciones, y comenzaron los trabajos de sitio

que con tanta sangre habían regado, no hacía mucho tiempo. En esto pasaron todo el día con grande indiferencia de los templarios, que veían todavía lejano el momento decisivo. Al otro día, sin embargo, muy temprano comenzó á sentirse grande agitación en el campo sitiador, y á oirse el tañido de gaitas, trompetas y tamboriles. En todo el Bierzo son las nieblas bastante frecuentes por la proximidad de las montañas y la abundancia de los ríos; y la que aquel día envolvía los precipicios y laderas de Cornatel era densísima. Así, pues, hasta que los sitiadores se acercaron á los adarves, no pudo distinguir Saldaña el buen orden con que venían adelantándose contra el castillo, y que no dejó de inspirarle algunos temores. La misma nube de tiradores que en el anterior asalto poblaba el aire de flechas; pero al mismo tiempo buen número de soldados mejor armados, con una especie de muralla portátil de tablones, revestida de cueros mojados para evitar el fuego de la vez pasada, avanzaba lentamente hacia el foso. Detrás de aquel ingenioso resguardo venían, amén de los que lo conducían, otra porción de soldados con azadones y palas; y por encima de él se veían asomar las extremidades de una porción de escalas cargadas en hombros de otros. Saldaña comprendió al punto cual podía ser el intento de los enemigos, que sin duda al abrigo de aquella máquina imaginaban cegar el foso, y aplicando las escalas en seguida por varias partes á un tiempo, y prevaliéndose de su número, dar tantas embestidas á la vez que, dividiendo las fuerzas de los sitiados, hiciesen imposible una defensa simultánea y vigorosa. Contra una acometida imaginada con tanta habilidad, solo un recurso ocurrió al anciano comendador; una salida repentina y terrible, que pudiese desconcertar á los sitiadores.

—¿Dónde está Don Alvaro? preguntó mirando en derredor suyo.

—En la barbacana me parece haberle visto entrar, respondió el caballero Carvajal.

—Pues entonces id y decidle que tenga toda la gente á

punto para salir contra el enemigo, y que la señal se le daría como la otra vez, con la campana del castillo.

Carvajal salió á dar las órdenes del comendador; pero como pueden suponer nuestros lectores, Don Alvaro no estaba allí, sino como un águila encaramada en un risco, acechando la llegada de los enemigos, y muy especialmente la del conde.

La extraña configuración del terreno á que desde luego tuvo que sujetarse la fortificación imposibilitada de dominarla, prolonga extraordinariamente el castillo de ocaso á naciente. La niebla que tanto favorecía los pensamientos y propósitos del de Lemus, encubriendo su peligroso asalto, no favorecía menos á Don Alvaro, que en aquel ángulo tan apartado desaparecía bajo su velo de las miradas de los suyos. El torreón edificado en un peñasco saliente, forma una especie de rombo de pocos pies cuadrados, y comunica con el resto de la fortaleza por una estrecha garganta flanqueada por dos terribles despeñaderos. En este tan reducido espacio, sin embargo, iba á decidirse la suerte de dos personas igualmente ilustres por su prosapia, sus riquezas y su valor; pero de todo punto diferentes á más no poder, por prendas morales y sentimientos caballerescos.

Aunque lo opaco de la niebla robaba á don Alvaro y á su fiel escudero, de la vista de sus enemigos, con todo para mejor asegurar el golpe, ambos se tendieron en el suelo á raíz de las almenas. Reinaba gran calma en la atmósfera, y los pesados vapores que la llenaban, trasmitían fielmente todos los sonidos: de modo que Millán y su amo oían el ruido de los ganchos de hierro que los enemigos más delanteros iban fijando en las peñas para facilitar la subida de los demás con cuerdas, y las instrucciones que á media voz y con recato les iban dando á medida que trepaban. La voz sonora de Andrade, por mucho cuidado que en apagarla ponía, sobresalía entre todas, y como era el que abría aquella marcha singular y atrevida, por ella calculaba don Alvaro la distancia que todavía los separaba de los enemigos. Por fin la voz se oyó muy cerca, y como en

seguida calló y no se percibió más ruido que uno, como de gente que después de subir trabajosamente, llega á un terreno en que puede ponerse en pie; el señor de Bembibre conjeturó fundadamente, que el conde y Cosme Andrade con sus montañeses estaban ya en la pequeña explanada que forma la peña misma de la muralla, poco elevada en aquel sitio. El momento decisivo había llegado ya.

Al cabo de breves minutos, dos ganchos de hierro atados en el extremo de una escala de cuerda cada uno, cayeron dentro de la plataforma en que estaba don Alvaro, y se agarraron fuertemente á las almenas:

—¿Está seguro? preguntó desde abajo una voz que hizo estremecer á don Alvaro.

—Seguro como si fuera la escalera principal de vuestro castillo de Monforte, replicó Andrade; bien podéis subir sin cuidado.

No bien habían dejado de oirse estas palabras, cuando aparecieron sobre las almenas de un lado el determinado Andrade, y por el otro el conde. Millán entonces se levantó del suelo con un rápido salto, y dando un empujón al descuidado montañés, le derribo de las murallas.

—¡Virgen santísima válme! dijo el infeliz cayendo por aquel tremendo derrumbadero, mientras los suyos acompañaban su caída con un grito de horror. Millán, bien prevenido de antemano, desenganchó las cuerdas y las recogió en un abrir y cerrar de ojos. El conde, temeroso de sufrir la misma suerte que Andrade se apresuró á saltar dentro del torreón, y Millán entonces recogió su escala del mismo modo y con igual presteza. En seguida comenzó á tirar á plomo sobre los montañeses, poseídos de terror con la caída de su jefe, enormes piedras de que no podían defenderse apiñados en aquel reducido espacio y á raíz misma del muro, visto lo cual, todos tomaron la fuga dando espantosos alaridos, y despeñándose algunos con la precipitación.

Quedáronse por lo tanto solos aquellos dos hombres poseídos de un resentimiento mortal y recíproco. Por uno de aquellos accidentes atmosféricos frecuentes en los te-

rrenos montañosos, una ráfaga terrible de viento que se desgajó de las rocas negruzcas de Ferradillo, comenzó á barrer aceleradamente la niebla, y algunos rayos pálidos del sol empezaron á iluminar la esplanada del torreón. Como don Alvaro y su escudero tenían cubiertos los rostros con las viseras, el conde los miraba atentamente como queriendo descubrir sus facciones.

—Soy yo, conde de Lemus, le dijo don Alvaro sosegadamente descubriéndose.

La ira y el despecho de verse así cogido en su propio lazo, colorearon vivamente el semblante del conde, que mirando al señor de Bembibre con ojos encendidos le respondió:

El corazón me lo decía, y me alegro de que no se desmienta su voz. Sois dos contra mí solo, y probablemente otros acudirán á vuestra señal; la hazaña es digna de vos.

—¿Nunca acabaréis de medir la distancia que separa la ruindad de la hidalguía? le contestó don Alvaro con una sonrisa en que el desdén y desprecio eran tales, que rayaban en compasión. Millán vuélvete allá dentro.

El escudero comenzó á mirar al conde fieramente, y no mostraba gran prisa por obedecer.

—¡Cómo así, villano! le dijo don Alvaro encendido en cólera; parte de aquí al punto y cuenta con que te arrancaré la lengua si una sola palabra se te escapa.

El pobre Millán, aunque muy mohino y volviendo la cabeza hacia atrás, no tuvo más remedio que apartarse de allí. Este nuevo alarde de generosidad que tanto humillaba al conde, solo sirvió para escandecer más y más su altanería y soberbia. Sobrado claro veía que su vida había estado á merced de su caballeroso enemigo al poner el pie en aquel recinto fatal, y por de pronto en bizarría y nobleza ya estaba vencido. Corrido, pues, tanto como sañudo, dijo á don Alvaro, desenvainando la espada:

Tiempo es ya de que ventilemos nuestra querella, que solo con la muerte de uno de los dos podrá acallarse.

—No diréis que os he estorbado el paso, contestó él,

ahora que no soy sino soldado del Temple y he renunciado á mis derechos de señor independiente, no me abochorna el igualarme con vos en esta singular batalla.

El de Lemus sin aguardar á más y rugiendo como un león, arremetió á don Alvaró que le recibió con aquella serenidad y reposado valor que viene de un corazón hidalgo y de una conciencia satisfecha. Estaba el conde armado á la ligera como convenía á la expedición que acababa de emprender, pero esto mismo le daba sobre su contrario la ventaja de la prontitud y rapidez en los movimientos. Don Alvaro armado de punta en blanco no podía acosarle con el ahinco necesario, pero como el campo era tan estrecho, poco tardó en alcanzarle al conde un tajo en la cabeza, del cual no pudo defenderle el delgado aunque fino capacete de acero que la cubría, y que de consiguiente dió con él en tierra. Don Alvaro se arrojó sobre él al punto, y le dirigió la espada á la garganta.

—¡Ah traidor! dijo el conde con la voz ahogada por la rabia, peleas mejorado en las armas y por eso me vences.

Don Alvaro apartó al punto su espada, y desenlazando el yelmo, y arrojando el escudo, le dijo:

—Razón tenéis: ahora estamos iguales.

El conde más aturrido que herido, se levantó al punto y de nuevo comenzó la batalla encarnizadamente.

Todo esto sucedía mientras el grueso de las fuerzas sitiadoras se acercaban al castillo en los términos que dijimos, y el comendador enviaba sus órdenes á don Alvaro con el caballero Carvajal. Poco tardó el caballero en volver diciendo que don Alvaro no había parecido por la barbacana. El comendador estaba notando con extrañeza la flojedad con que los enemigos continuaban en su bien comenzado ataque, cuando recibió esta inesperada respuesta.

—¿Dónde está, pues? exclamó con ansiedad.

Entonces se presentó como un relámpago á su imaginación la idea de que la arremetida conocidamente falsa de los enemigos, podría tener relación con la impensada ausencia de su ahijado. La última ráfaga de viento arrebató en

aquel instante los vapores que todavía quedaban hacia la parte oriental del castillo, y la plataforma quedó iluminada con la rayos resplandecientes y purísimos del sol. Apenas la divisó el cuerpo sitiador, cuando un grito de consternación se levantó de sus filas, porque en lugar de verla coronada con sus montañeses, solo alcanzaron á ver á su caudillo en poder de los enemigos y peleando con uno de ellos. Al grito volvió el comendador la cabeza y lo primero que hirió sus ojos fué el resplandor movible y continuo que despedían las armas heridas por el sol. Comprendió al punto lo que podía ser, y dijo en voz alta:

—Síguenme doce caballeros y los demás quédense en la muralla. Y con una celeridad increíble en sus años, corrió al sitio del combate acompañado de los doce.

—Don Alvaro, le gritó desde la estrecha garganta que separaba el torreón del castillo; detenéos en nombre de la obediencia que me debéis.

El joven volvió la cabeza como un tigre á quién arrebatan su presa, pero sin embargo se detuvo.

—Don Alvaro, le dijo de nuevo Saldaña en cuanto llegó: este asunto no es vuestro, sino de la orden, y yo que la represento aquí, lo tomo á mi cargo. Conde de Lemus, defendeos.

—Yo también soy templario; repuso Don Alvaro, que apenas acertaba á reprimir la cólera. Yo he comenzado esta batalla y yo la acabaré á despecho del mundo entero.

El comendador, conociendo que la cólera le sacaba de quicio, hizo una seña, y echándose sobre él seis caballeros, le sujetaron, y le apartaron de allí en medio de sus esfuerzos, amenazas y denuestos.

—Por fin sois nuestro, mal caballero, dijo al conde, veremos si ahora os valen vuestras cábalas y calumnias.

—Todavía no lo soy, respondió él desdeñosamente. Cara os ha de costar mi vida porque no quiero rendirme.

—De nada os serviría, replicó el comendador con torcido rostro. Sin embargo, conmigo solo habéis de pelear y si

la victoria os corona, estos caballeros respetarán vuestra persona.

Algunos de ellos quisieron interrumpirle, pero el anciano los acalló al punto.

—Nada quiero de vosotros, replicó el conde con arrogancia: mientras me dure el aliento no cesará mi brazo de moverse en vuestro daño. Solo me duele pelear con un viejo cuitado.

—No hace mucho que huisteis de él, le dijo el comendador.

—Mentís, contestó el conde con una voz ronca y conojos como ascuas, y sin más palabra comenzó de nuevo el combate.

Los sitiadores llenos de ansiedad por la suerte del conde, se habían corrido por su derecha, y divididos del lugar de la pelea por el despeñadero, asistían como espectadores ociosos al desenlace de aquel terrible drama. Don Alonso, que en la ausencia de su yerno mandaba aquellas fuerzas, encaramado sobre una roca, parecía tener el alma pendiente de un hilo.

Por grande que fuese el poder del brazo de Saldaña, como el conde le sobrepujaba en agilidad y soltura, apenas le alcanzaban sus golpes. Encontrando, sin embargo, una vez al anciano mal reparado, le tiró un furioso revés, que á no haberlo evitado rápidamente, hubiera dado fin al encuentro: pero así, la espada del conde fué á dar en la muralla y allí saltó hecha pedazos, dejándole completamente desarmado. En tan apurado trance, no le quedó más recurso que arrojarle al comendador antes de que se recobrase, y trabar con él una lucha brazo á brazo, para ver de arrojarle al suelo y allí rematarle con su puñal. Este expediente, sin embargo, tenía más de desesperado que de otra cosa, porque el viejo era mucho más robusto y fornido. Así fué, que sin desconcertarse por la súbita acometida, aferró al conde de tal modo que casi le quitó el aliento, y alzándole en seguida entre sus brazos, dió con él en tierra tan tremendo golpe, que tropezando la cabeza en una piedra

perdió totalmente el sentido. Asíóle entonces por el cinto el inexorable viejo, y subiéndose sobre una almena y levantando su voz que parecía el eco de un torrente en medio del terrífico silencio que reinaba, dijo á los sitiadores:

—Ahí tenéis á vuestro noble y honrado señor!

Y diciendo esto le lanzó como pudiera un pequeño canto en el abismo que debajo de sus pies se extendía. El desgraciado se detuvo un poco en su caída, porque su ropilla se prendió momentáneamente en un matorral de encina, pero doblado este, continuó rodando cada vez con más celeridad, hasta que por fin, ensangrentado, horriblemente mutilado y casi sin figura humana, fué á parar en el riachuelo del fondo.

Un alarido espantoso se levantó entre sus vasallos helados de terror á vista de tan trágico suceso. Todos siguieron con los cabellos erizados y desencajados los ojos el cuerpo de su señor en sus horribles tumbos, hasta que le vieron parar en lo más profundo del derrumbadero. Entonces los que más obligados tenía con sus beneficios y larguezas, rompieron unos en lamentos y otros profiriendo imprecaciones y amenazas quisieron ir contra el castillo y embestirlo á viva fuerza. Don Alonso que, á despecho de todas sus quejas y sinsabores, había visto con grandísimo dolor el fin de aquel poderoso de la tierra, no por eso olvidó sus deberes de capitán. Recogiendo, pues, su gente con buen orden y levantando el sitio con todos sus aprestos bélicos, volvió al campo atrincherado de las Médulas resuelto á entablar medios puramente pacíficos y templados con aquellos guerreros altivos y valerosos, que no se hubieran avenido en tiempo alguno á las injustas pretensiones del conde. Por violenta que le pareciese la conducta del comendador, no dejaba de conocer los atroces agravios que la orden había sufrido del difunto, y los ruines medios de que había echado mano para dañarla y socavar su crédito. Así, pues, envió un mensaje al comendador comedido y caballeroso, manifestándole su deseo de que amigablemente se arreglasen aquellas lastimosas diferencias, y al punto

recibió una respuesta cortés y cordial, en que Saldaña le encarecía el gran consuelo que era para ellos tenerle por mediador en la desgracia que les amenazaba. Concluía rogándole que pasase á habitar el castillo, donde sería recibido con todo el respeto debido á sus años, carácter y nobleza.

Comenzados los tratos que podían dar una solución honrosa á tan inútil contienda, don Alonso envió los restos mortales de su yerno al panteón de sus mayores en Galicia. Los cabreireses que habían bajado de su peligrosa expedición, recogieron su cadáver á la orilla del riachuelo, y en unas andas hechas de ramas, le subieron con gran llanto al real. Desde allí se volvieron á Cabrera con el valiente Cosme Andrade que no había muerto en su caída, porque unas matas protectoras le tuvieron colgado sobre el abismo de donde á sus gritos le echaron unas cuerdas los del castillo, con las que se ató y pudieron subirle. Así y todo no salió sin señales, porque se rompió un brazo y sacó bastantes contusiones y araños. Hecha, pues, la primera cura, se partió con los suyos más agradecido que nunca de los temporarios, y deseoso de probárselo en la primera ocasión.

El pecho del buen cabreirés era terreno excelente para quien quisiera sembrar en él beneficios y finezas.

Por lo que hace al conde, poco tardó también en partir su cadáver depositado en un ataúd cubierto con paños de tartarí negro con franjas de oro. Sus deudos y vasallos le acompañaban con las picas vueltas y los pendoncillos arras-trando. Así atravesaron parte de sus estados, donde lejos de ser sentida su muerte, solo el temor detenía la alegría que generalmente se asomaba á los semblantes.

Tal fué el fin de aquel hombre notable por su ingenio, su valor y su grandeza, pero que por desgracia convirtió todos estos dones en daño de su fama, y solo usó de su poder para hacerlo aborrecible, contrariando así su más noble y natural destino.

CAPÍTULO XXIX.

El estruendo y trances diversos de esta guerra, han apartado de nuestros ojos una persona, en cuya suerte tomarán nuestros lectores tal vez el mismo interés que entonces inspiraba á cuantos la conocían. Claro está que hablamos de doña Beatriz, á quien dejamos á la sombra del claustro de Villabuena, sola con sus pesares y dolores, porque la compañía de su fiel Martina poco podía contribuir á sanar un corazón tan profundamente ulcerado. Los gérmenes de una enfermedad larga y temible, habían comenzado, según dejamos dicho, á desenvolverse fuerte y rápidamente en aquel cuerpo, que si bien hermoso y robusto, mal podía sufrir los continuos embates de las pasiones que, como otras tantas ráfagas tempestuosas en el mar, sin cesar azotaban aquel espíritu á quien servía de morada. Las últimas amarguísimas escenas que habían precedido á su segunda entrada en aquel puerto sosegado, habían rasgado el velo con que la religión por un lado, y por el otro el contento de su padre y la noble satisfacción que siempre resulta de un sacrificio, habían encubierto á sus ojos el desolado y yermo campo de la realidad. Llorar á don Alvaro y prepararse, por medio del dolor y de la virtud, á las místicas bodas que sin duda le disponía en la celestial morada, llevaba consigo aquella especie de melancólico placer, que siempre dejan en el alma las creencias de otro mundo mejor, más cercano á la fuente de la justicia y bondad divina; pero recobrarle solo para perderle tan horriblemente; y verle caminar á orillas del abismo, que amenazaba tragar á la orden del Temple, sin más báculo ni apoyo que su lanza ya cascada, era un manantial continuo de zozobras, dudas y vaivenes. Por otra parte, ¡cuánta humillación no encontraba su alma generosa y elevada en pertenecer á un

hombre en quien las cualidades y prendas del carácter, solo servían para poner más de manifiesto su degradación lastimosa! Hasta entonces la máscara de la cortesanía, había bastado á cubrir aquella sima de corrupción y bajeza, y como doña Beatriz no podía dar amor, tampoco lo pedía; de manera, que la natural delicadeza de su alma, ninguna herida recibía; pero deshecho el encanto y apartados los disfraces, la ignominia que sobre ella derramaba la ruindad de su esposo, se convirtió en un torcedor fiero y penoso que alteraba sus naturales sentimientos de honor y rectitud, y echaba una fea mancha en el escudo hasta allí limpio y resplandeciente de su casa. ¡Desdicha tremenda que no aciertan á sobrellevar las almas bien nacidas, y que uno de nuestros antiguos poetas expresó con imponderable felicidad, cuando dijo:

¡Oh honor! fiero basilisco,
Que si á ti mismo te miras,
Te das la muerte á ti mismo.

Por tan raros modos el soplo del infortunio, había disipado en el cielo de sus pensamientos los postreros y tornasolados celajes que en él quedaban después de puesto el sol de su ventura, y para colmo de tristeza, todos los sitios que recorrían sus ojos, estaban llenos de recuerdos mejores y poblados de voces que continuamente traían á sus oídos palabras desnudas ya de sentido, como está desnudo de lozanía el árbol que ha tendido en el suelo el hacha del leñador. De esta suerte, perdida su alma y errante por el vacío inconmensurable del mundo, levantaba su vuelo con más ansia hacia las celestes regiones; pero tantos combates y tan incesante anhelo acababan con las pocas fuerzas que quedaban en aquella lastimada señora. El aire puro y oloroso de la primavera, tal vez, hubiera reanimado aquel pecho que comenzaba á oprimirse, y devuelto á su cuerpo algo de su perdida lozanía; pero el invierno reinaba desapiadada-

mente en aquellos campos yertos y desnudos, y el sol mismo escaseaba sus vivificantes resplandores.

Desde las ventanas y celosías del monasterio, veía correr el Cua turbio y atropellado, arrastrando en su creciente troncos de árboles y sin número de plantas silvestres: los viñedos plantados al pie de la colina, donde todavía se divisaban las ruinas de la romana *Belgidum*, despojados de sus verdes pámpanos, dejaban descubierta del todo la tierra rojiza y ensangrentada que los alimenta, y en las montañas lejanas una triste corona de vapores y nublados oscilaba en giros vagos y caprichosos al son del viento, cruzando unas veces rápidamente la atmósfera en masas apiñadas y descargando recios aguaceros, y entreabriéndose otras á los rayos del sol, para envolverle prontamente en su pálida y húmeda mortaja. No faltaban accidentes pintorescos en aquel cuadro, pero todos participaban abundantemente de la tristeza de la estación, del mismo modo que los pensamientos de doña Beatriz, bien que varios en sus formas, todos tenían el mismo fondo de pesar.

Como frecuentemente acontece, en el estado á que la habían conducido la profunda ágitación de espíritu unida á la debilidad de su cuerpo, al paso que esta iba poco á poco aumentándose, cada día iba también en aumento su exaltación moral.

El arpa en sus manos tenía vibraciones y armonías inefables, y las religiosas que muchas veces la oían, se deshacían en lágrimas de que no acertaban á darse cuenta. Su voz había adquirido un metal profundo y lleno de sentimiento, y en sus canciones parecía que las palabras adquirían nueva significación, como si viniesen de una región misteriosa y desconocida, y saliesen de los labios de seres de distinta naturaleza. A veces tomaba la pluma y de ella fluía un raudal de poesía apasionada y dolorida, pero benéfica y suave como su carácter, ora en versos llenos de candor y de gracia, ora en trozos de prosa armoniosa también y delicada. Todos estos destellos de su fantasía, todos estos ayes de su corazón, los recogía en una especie de libro

de memoria, forrado de seda verde que cuidadosamente guardaba, sin duda porque algún rasgo de amargura vecino á la desesperación, se había deslizado alguna vez entre aquellas páginas llenas de angélica resignación. A vueltas de sus propios pensamientos había pasajes y versículos de la Sagrada Escritura que, desde que volvió al monasterio, era su libro más apreciado y que de continuo leía; y aquellas memorias suyas, comenzaban con un versículo en que hasta allí parecía encerrarse su vida, y que tal vez era una profecía para lo venidero: *Vigilavi et factus sum sicut passer solitarius in tecto.*

Tal era el estado de doña Beatriz, cuando una mañana le pasaron recado de que el abad de Carracedo deseaba verla. Desde su aciago desposorio no había parecido en Arganza, y luego sus mediaciones pacíficas, y más tarde los preparativos que, como señor de vasallos había tenido que hacer, bien á pesar suyo, le habían traído algún tiempo fuera de la tierra, y constantemente apartado de los ojos de doña Beatriz. Duraba el sitio de Cornatel, y ya las noticias de la primera derrota del conde de Lemus, la gloriosa defensa de los templarios y las proezas de don Alvaro, habían llegado á aquel pacífico asilo. Unos y otros, sin embargo, llevaban adelante su empeño con vigor y no era la menor de las zozobras de doña Beatriz ver comprometidas en semejante demanda, personas que tan de cerca le tocaban.

—¡Válgame Dios! ¿qué será? dijo para sí, después que salieron á avisar al religioso. ¡Cuánto hace que no veo á este santo hombre, que tal vez solo á mí ha dañado en el mundo con su virtud! ¡Cómo se han mudado los tiempos desde entonces! Dios me dé fuerzas para resistir su vista sin turbarme.

Razón tenía doña Beatriz para recelar que con esta entrevista se renovasen sus memorias, pero, sin embargo, al ver abrirse la puerta y aparecer el anciano, se disipó su turbación y con su señorío acostumbrado, le salió al encuentro para besarle la mano. No fué tan dueño de sí el abad, pues la sorpresa de ver tanta hermosura y lozanía

reducidas á tal estado, influyó tanto en él, que, sin poderlo remediar, dió dos pasos atrás sobrecogido como si la sombra de la heredera de Arganza fuese la que delante tenía.

—¿Sois vos doña Beatriz? exclamó con el acento de la sorpresa.

—¡Tan mudada estoy! respondió ella con melancólica sonrisa y besándole la mano. No os maraville, pues ya sabéis que el hombre es un compendio de miserias que nace y muere como la flor, y nunca persevera en el mismo estado. Pero decidme, añadió clavando en él su mirada intensa y brillante ¿qué noticias traéis de Cornatel? ¿Qué es de mi noble padre y de..... del conde quise decir?

—Vuestro padre disfruta salud, respondió el abad; pero vuestro noble esposo ha muerto ayer.

—¿Ha muerto? contestó doña Beatriz asombrada; pero, decidme, ¿ha muerto en los brazos de la religión y reconciliado con el cielo?

—Ha muerto como había vivido, exclamó el abad sin poder enfrenar su natural adustez, lleno de cólera y rencor, y apartado de toda idea de caridad y de templanza.

—¡Oh desgraciado, infeliz de él! exclamó doña Beatriz juntando las manos y con doloroso acento, ¿y cuál habrá sido su acogida en el tribunal de la justicia eterna?

Al escuchar el tono de verdadera aflicción con que fueron pronunciadas estas palabras, el abad no fué dueño de su sorpresa. El conde había traído males sin cuento sobre aquella bondadosa criatura; su porvenir se había disipado como humo en manos de aquel hombre; sus negras tramas habían robado la libertad y hasta la esperanza de la dicha al desventurado don Alvaro, y sin embargo, á la idea de su infortunio perdurable, su corazón se estremecía. Doña Beatriz no le amaba, porque no cabía en su altivez poner su afecto en quien así se olvidaba de sí propio y de su nacimiento; ni menos renunciar á la única ilusión que de tiempos mejores le quedaba, bien que enlutada y marchita; pero los ímpetus del resentimiento y del odio no podían avenirse largo tiempo con la irresistible propensión á perdonar,

que dormía en el fondo de su pecho; y delante de las tinieblas de la eternidad, que más de una vez se habían ofrecido á sus ojos, bien conocía la pequeñez de las pasiones humanas.

—Hija mía, respondió el abad conmovido á vista de tan noble desprendimiento, y tomándole la mano; ¿cómo desconfiáis así de la misericordia de Dios? Sus crímenes eran grandes, y la paz y la justicia han huído siempre al ruido de sus pasos; pero su juez está en el cielo, y á su clemencia sin límites nada hay vedado. Pensad que el buen ladrón se convirtió en la hora postrimera y que la fe es la más santa de las virtudes.

—Válgale, pues, esa adorable clemencia; contestó doña Beatriz sosegándose, y el Señor le perdone.

—¿Como vos le perdonáis?

—Sí, como yo le perdono, respondió ella con acento firme, levantando los ojos al cielo y poniendo la mano sobre el corazón. ¡Ojalá que todas las palabras que arranque la noticia de su desastroso fin no sean más duras que las mías!

Quedáronse entrambos por un rato ¡en un profundo silencio, durante el cual, el abad mirándola de hito en hito, parecía observar con asombro y alarma las huellas, que la enfermedad y las pasiones habían dejado en aquel cuerpo y semblante, cifra no mucho había de perfecciones y lozanía. El pensamiento que semejante espectáculo suscitó en su alma llegó á ser tan doloroso, que sin alcanzar á contenerse, le dijo:

—Doña Beatriz, sabe el cielo que en mi vida entera, vuestro bien y contento han sido blanco constante de mis deseos. Yo he visto vuestra alma desnuda y sin disfraces en el tribunal de la penitencia..... ¿cómo no amaros cuanto se puede amar á la virtud y á la pureza? Y sin embargo, la austeridad de mis deberes se ha convertido contra vos, y nadie en el mundo os ha hecho tanto daño como este anciano, que siempre hubiera dado gustoso por vos la última gota de su sangre. ¿No es verdad?

Doña Beatriz solo dió por respuesta un largo suspiro arrancado de lo más íntimo de su corazón.

—Harto me decís con eso, continuó el religioso con un tono de voz apesarado, pero escuchadme y veréis que aun puedo tal vez enmendar mi obra. Vuestra dicha sería la gloria de mis postreros años, y aunque nada me echa en cara mi conciencia, ella descargaría mi corazón del peso con que vuestra desdicha le abrumba. Yo no sé si los usos del mundo me permiten hablaros de una esperanza que tal vez me sea más halagüeña que á vos misma, pero vuestro infortunio y mi carácter, poco tienen que ver con las hipócritas formas y exterioridades de los hombres. Doña Beatriz, en la actualidad sois libre.

—¿Y qué me importa la libertad? contestó ella con más presteza de la que podía esperarse de su abatido acento. Alguna vez he oído decir á caballeros que han padecido cautividad en tierra de moros, que los príncipes y señores de aquella tierra conceden la libertad á las mancebas de sus serrallos, cuando la vejez les ha robado fuerza, vigor y hermosura. Ahí tenéis una libertad semejante á la mía.

—No, hija mía, respondió el religioso: no es tan menudado el don que el cielo te concede: escúchame. Cuando don Alvaro entró en el Temple aconsejado más de su dolor que de su prudencia, la orden estaba ya suspensa de todas sus prerrogativas y derechos, emplazada ante el concilio de los obispos, secuestrados sus bienes, y sin poder admitir en su milicia un solo soldado, ligado con sus solemnes y terribles votos. Si don Alvaro hizo su profesión, si su tío el maestre le vistió el hábito de Hugo de Paganis y de Guillén de Mouredón, fué porque los caballeros todos querían tener por suya una lanza tan afamada, y porque su sobrino le amenazó con pasarse á Rodas y tomar el hábito de San Juan de Jerusalén. El recelo de perderle por un lado, y el miedo de introducir la desunión entre los suyos, cuando la presencia del riesgo hacía más necesaria la concordia y concierto de voluntades, le obligaron á atropellar por sus propios escrúpulos. Mal pudo don Alvaro de consiguiente

renunciar á su libertad, y su profesión no dudo que será dada por nula en el concilio que dentro de poco se juntará en Salamanca, y al cual se espera que se presentarán los templarios de Castilla, sin alargar una lucha en que la cristiandad los abandona. Yo me presentaré también ante los padres, y espero que mi voz sea escuchada y que el Señor os traiga á entrambos horas más felices.

Doña Beatriz que, desde que escuchó el nombre de su amante, había estado colgada de las palabras del abad, fijos en él sus ojos que, de suyo hermosos y animados, recibían nuevo brillo de la enfermedad, le dijo con ansiedad:

—¿Con que según eso aún puede amanecer para nosotros un día de claridad y de consuelo?

—Sí, hija mía, contestó el monje, y por la misericordia de Dios así confío que sucederá.

—¡Ah! ya es tarde, ya es tarde! exclamó ella con un acento que partía el corazón.

—Nunca es tarde para la misericordia divina, contestó el anciano que ya sobresaltado por su aspecto, se sentía espantado con esta súbita exclamación.

—Sí, ya es tarde, os digo, replicó ella con la mayor amargura, yo veré amanecer ese día, pero mis ojos se cerrarán, en cuanto su sol me alumbre con sus rayos.—Sí, sí, no os asombréis; el sueño ha huído de mis párpados, mi corazón se ahoga dentro del pecho, mi pulso y mis sienes no dejan de latir un instante. Cuando llego á descansar un momento en brazos del sueño, oigo una voz que me llama y veo mi sombra que cruza los aires con un ramo de azucenas en la mano y una corona de rosas blancas en la cabeza; y luego otra sombra, vestida de una túnica rutilante como el hábito del Temple y con un casco guerrero en la cabeza, me sale al encuentro, y alzándose la visera como en la tarde del soto, me dice de nuevo pero con un acento dulcísimo: «Soy yo, doña Beatriz.» Y ¡esta sombra es la suya! Entonces despierto bañada en sudor, palpitando mi corazón como si quisiera salirse del pecho, y un diluvio de lágrimas corre por mis mejillas. Mi antiguo valor me ha abandonado; mis

días de gloria se han desvanecido: las flores de mi juventud se han marchitado: y la única almohada en que pretendo reclinar ya mi cabeza, es la tierra de mi sepultura.—¡Ah! exclamó retorciéndose las manos desesperadamente, ¡ya es tarde, ya es tarde!

Quedóse el abad como de hielo al escuchar aquella terrible declaración que, ahogada hasta entonces y comprimida, reventaba al fin con inaudita violencia. El semblante de doña Beatriz, la flacura de su cuerpo, la brillantez de su mirada, el metal de su voz habían llenado su imaginación de zozobra y de recelo; pero ahora se había trocado en una fatal certidumbre de que apenas sería dado á la ciencia y al poder humano lavar aquella alma de las heces que el dolor había dejado en su fondo, y curar aquel cuerpo de su terrible dolencia. Sin embargo, cobrando fuerzas y saliendo de su estupor, le dijo con acento suave y persuasivo:

—Doña Beatriz, para Dios nunca es tarde, ni en su poder puede poner tasa el orgullo ó la desesperación humana. Acordaos de que sacó vivo del sepulcro á Lázaro, y no arrojéis de vuestro seno la esperanza, que como vos misma decíais en una solemne ocasión, es una virtud divina.

—Tenéis razón, padre mío, repuso ella como avergonzada de aquel ímpetu que no había podido sojuzgar, y secándose las lágrimas; hágase su voluntad y mírenos con ojos de misericordia, porque en él solo espero.

—¿Porqué así, hija mía? replicó el monje, todavía sois joven, y quizás contaréis muchos días de felicidad.

—¡Ay, no! contestó ella; mi prueba ha sido muy dura y yo me he quebrado en ella como frágil vasija de barro, pero nunca me levantaré contra el alfarero que me formó.

—Doña Beatriz, dadme vuestro permiso para retirarme, dijo el religioso poniéndose en pie: advierto que con este coloquio os habéis agitado en demasía, pero os dejo muy encomendada la memoria de mis consejos. Probablemente no tardaré en ausentarme, porque los caballeros del Temple al cabo se sujetarán de grado al concilio de Salamanca,

y á mi que he sido el causador de vuestros males, aunque inocente, me toca repararlos.

La señora le besó la mano y le despidió, pero no pudo honrarle hasta la puerta por la debilidad que sentía después de tan agitada escena. Desde allí le acompañaron la abadesa, y las más ancianas de la comunidad hasta la portería del monasterio, en tanto que doña Beatriz quedaba entregada al nuevo tumulto, que con aquella imprevista esperanza se había despertado en su corazón. ¡Lástima grande que sus ojos anublados por las lágrimas y acostumbrados á las tinieblas del dolor, se sintiesen más ofendidos que ahagados, con aquella luz tan viva y resplandeciente!

CAPÍTULO XXX.

En tanto que esto pasaba en Villabuena, seguían los tratos en Cornatel entre Saldaña y el señor de Arganza, con esperanzas cada día mayores de un amigable y caballeroso arreglo. Las noticias que desde antes de la muerte del conde de Lemus sin interrupción se sucedían, iban dando en tierra poco á poco con el aéreo castillo de las esperanzas de aquel viejo entusiasta y valeroso. Al cabo de tantos sueños de gloria y de grandeza, la mano de la realidad le mostraba en perspectiva no muy lejana la ruina inevitable de su Orden, que el cielo abandonaba en sus altos juicios, después de haberla adornado como á un rápido meteoro de rayos y resplandores semejantes á los del sol.

No bien se habían retirado los enemigos después de la muerte de su capitán, pasó Saldaña al aposento donde por orden suya habían cerrado á don Alvaro. Conociendo su carácter impetuoso y violento, entró decidido á sufrir todas las injusticias de su cólera, exacerbada entonces hasta el último grado por la injuria que creía recibida. Estaba sentado en un rincón con los codos en las rodillas y la cara entre las manos, y aunque oyó descorrer los cerrojos y abrir

la puerta, no salió de sus sombrías cavilaciones, pero no bien escuchó la voz del comendador, saltó como un tigre de su asiento, y plantándose delante de él, comenzó á mirarle de hito en hito. El comendador le miraba también, pero con gran sosiego y con toda la dulzura que cabía en su carácter violento; con lo cual se doblaba la cólera del agraviado caballero. Por fin, enfrenando su ira como pudo, le dijo con voz cortada y ronca:

—En verdad que si los enemigos de nuestra orden logran sus ruines deseos, y quedamos ambos sueltos de los lazos que nos atan, os tengo de arrancar la vida ó dejar la mía en vuestras manos.

—Aquí la tenéis, contestó el comendador con tono templado, poco me arancan con ella, cuando ya no puedo emplearla en servicio de nuestra santa orden. Harto mejor fuera morir á vuestras manos que en la soledad y el destierro, pero como quiera que sea, el haber arrancado al conde de vuestras manos, es la única merced y prueba de cariño que habéis recibido de mí en vuestra vida.

Don Alvaro se quedó estático con esta respuesta, pues conociendo el respetable carácter de Saldaña, no podía figurarse que en su mayor baldón se cifrara un servicio tan eminente. Embrollada su mente en tan opuestas ideas permaneció callado por un buen rato.

—Don Alvaro, le dijo de nuevo el anciano, ¿creéis que doña Beatriz pudiera dar su mano á quien estuviese manchado con la sangre de quien al cabo era su esposo?

—Tal vez no: contestó don Alvaro, en quien aquel nombre había producido un estremecimiento involuntario.

—Pues ahí tenéis el servicio que me debéis. A un mismo tiempo he vengado á mi orden y os he acercado á doña Beatriz.

—¿Qué estáis ahí diciendo? repuso don Alvaro cada vez más confuso y aturdido: ¿qué puede haber de común entre doña Beatriz y yo, sino es la igualdad de la desventura?

—Dentro de poco probablemente recobraréis vuestra libertad, y entonces.....

—¿Cómo echáis en el olvido que mis votos solo se rompen con la muerte? le replicó el joven amargamente.

—Ni vos pudisteis pronunciarlos, ni nosotros recibirlos. Nuestra orden estaba ya emplazada delante del concilio, y cuando en él comparezcamos, yo me acusaré de que el maestre vuestro tío solo os recibió por nuestra violencia.

—Pero yo diré lo que mi corazón sentía, y por mi parte fueron y son de todas veras sinceros. Mi suerte además será la vuestra, porque nuestro crimen es el mismo. Pero decidme, añadió olvidando su resentimiento y acercándose al comendador con interés ¿cómo vamos á presentarnos al concilio?

—Como reos y á la merced de nuestros enemigos, respondió Saldaña, procurando reprimir algunas lágrimas de coraje que se asomaban á sus ojos. La Europa entera se levanta contra nosotros, y Dios nos ha dejado en medio del mar que atravesábamos á pie enjuto como al ejército de Faraón. De hoy más, Jerusalén, continuó volviéndose al oriente con las manos extendidas y soltando la rienda al llanto y á los sollozos, de hoy más, compra tu pan y granjeáte tu agua con dinero, como en los tiempos del profeta, porque el Señor ha tendido sus redes, y no aparta su mano de tu perdición. Todos tus amados te han desamparado, y la esterilidad y la viudez vendrán juntas sobre ti.

Entonces y después de dar vado á su intenso dolor, contó á don Alvaro el desaliento que cundía entre los templarios de Aragón y de Castilla, que ya habían entregado algunas de sus fortalezas, y finalmente, el desamparo y aislamiento total á que la calumnia y la codicia por un lado, y la superstición por otro, los habían reducido. Ultimamente le mostró una carta que había recibido de don Rodrigo, poco antes de la embestida en que acabó tan miserablemente el conde de Lemus, en que le mandaba tan funestas nuevas, insistiendo en la necesidad de dar pronto término á tan aciaga lucha, sin menoscabo del honor en todo caso. Advertíale asimismo de lo conveniente que sería á su fama, acudir prontamente al concilio de Salamaca, sobre to-

do, después que algunos de los obispos que debían componerle, le habían asegurado por escrito, contestando á sus cartas, que en aquel importante juicio entraban limpios de toda prevención y ojeriza, y que jamás consentirían en que se atropellasen sus fueros de caballeros y miembros de la Iglesia. El comendador no había querido dar á conocer estas cartas á ninguno de los suyos, porque la enemiga del de Lemus, cerraba la puerta á todo trato honroso, y por otra parte, semejantes nuevas podían enfriar una resolución que de ningún modo sobraba delante de contrario tan sañudo. Apartado por fin este obstáculo, y entabladas las negociaciones bajo distinto pie por el señor de Arganza, manifestó á don Alvaro que pronto asentarían sus capitulaciones y pondrían la fortaleza de Cornatel, y aun la de Ponferrada quizá, en poder de don Alonso.

—Hijo mío, le dijo por último, la venda ha caído de mis ojos, y mis sueños de gloria y de conquista se han desvanecido, porque el Balza no volverá á desafiar al viento en nuestras torres.

Como quiera, tu eres joven y la felicidad aun puede mostrarte su rostro en los albores de tu primavera. El único obstáculo invencible que había, lo he quebrantado yo en pedazos contra las rocas y precipicios de este castillo. Por lo que hace á mí, si Dios conserva á pesar de tan fieros golpes esta vida ya cascada, no residiré más en esta Europa ruín y cobarde que así abandona el sepulcro del Salvador, y solo guerrea contra los que han dado su vida y su sangre por él. ¿Todavía me guardas ahora rencor por lo pasado? preguntó á don Alvaro asiéndole de la mano y trayéndolo hacia sí?

—¡Oh noble Saldaña! exclamó el joven, precipitándose en sus brazos y estrechándole fuertemente; ¿Qué habéis encontrado en mí para tanta bondad y cariño como me prodigáis á manos llenas? ¿Quién puede tachar de seco vuestro noble corazón?

—Así es la verdad, don Alvaro, contestó el anciano, y con eso no me ultrajan. Mis pensamientos me han servido,

como las alas al águila, para levantarme de la morada de los hombres; pero como ella he tenido que vivir en las quiebras de los peñascos donde silban los vientos. ¿Que por qué te he querido? porque solo tú eras digno de morar conmigo en la altura, como mi polluelo, para mirar al sol y acechar el llano. Ahora la montaña se ha hundido, y cuando mis alas ya no me sostengan, iré á caer en un arenal apartado para morir en él. ¡Ojalá que entonces pueda verte posado con tu compañera á la orilla de una fuente en el valle florido, de donde solo te han apartado la iniquidad y la desdicha!

Con tan melancólicas palabras se acabó aquella conversación que interrumpió la llegada del señor de Arganza. La entrevista con entrambos caballeros, testigos de la terrible escena del cercado de Arganza, no pudo menos de traer un sin fin de memorias tristes á don Alonso, que en la cortés acogida que hizo á don Alvaro, y en los grandes y delicados elogios que tributó á sus recientes hazañas, le dió claramente á entender cuán mudado estaba su espíritu y cuántos pesares le había acarreado su anterior conducta.

Las bases y condiciones de aquel tratado se ajustaron prontamente á gusto de los templarios, y á los pocos días desocuparon aquel castillo, que con tanto valor habían guardado. Saldaña antes de salir indicó al señor de Arganza el mismo pensamiento que á don Alvaro, y por la alegre sorpresa con que fué recibido, pudo conocer que sus deseos se cumplirían. Don Alvaro acompañó á los templarios á Ponferrada, y para colmo de cortesía, el pendón de la orden no dejó de ondear, por mandado suyo, en la torre de Cornatel, en tanto que sus moradores pudieran divisar, al volverse, aquellas enriscadas almenas que ya no volverían á defender.

En la hermosa bailia de Ponferrada se fueron juntando todos los templarios del país, dejando las fortalezas de Corullón, Valcarce y Bembibre en poder de las tropas del señor de Arganza y de algún tercio que había mandado el

marqués de Astorga. Todos iban llegando silenciosos y sombríos, montados en sus soberbios caballos de guerra, y seguidos de sus pajes y esclavos africanos que traían otros palafrenes del diestro. El espectáculo de aquellos guerreros indomables y jurados enemigos de los infieles, que entonces se rendían sin pelear y por sola la fuerza de las circunstancias, era tan doloroso, que el abad de Carracedo y don Alonso que lo presenciaban, apenas podían disimular sus lágrimas. El mismo tesón con que aquellos altivos soldados encubrían sus propios sentimientos, y la igualdad de ánimo que aparentaban, no hacían sino encapotar más y más aquel cuadro de suyo lóbrego y negro.

Cualidad de las almas bien nacidas es trocar el odio en afición y respeto, cuando llega la hora de la desgracia para sus enemigos, y esto cabalmente fué lo que sucedió con el abad y el señor de Arganza, que entonces renovaron los vínculos de antigua amistad con el maestro don Rodrigo. El monje determinó desde luego acompañarlos al solemne juicio que iba á abrirse en Salamanca, para dar personal testimonio de la virtud del maestro y de algunos caballeros, y especialmente para cumplir á doña Beatriz la palabra que le había empeñado de volverle la felicidad, que en su juventud se había imaginado. Don Alonso que no podía salir del país, cuya custodia le estaba encomendada por su rey, apuró todos los recursos de su hidalguía, para hacer menos dura su suerte á aquellos desgraciados.

Por grande que fuese el deseo de los templarios de salir de aquel trance incierto y penoso á que se veían expuestos, los preparativos de su marcha y las formalidades necesarias para la entrega de sus bienes, se llevaron algún tiempo. Una mañana, pues, que Saldaña se paseaba por los adarves que miran al Poniente y veía correr el Sil á sus pies con sordo murmullo, vino un aspirante á decirle que un montañés solicitaba hablarle. Mandóle al punto que lo condujese á su presencia, y á los pocos minutos se encontró delante á un conocido nuestro, que quitándose la gorra de pieles con tanto respeto como llaneza, le dijo:

—Dios os guarde, señor comendador. Acá estamos todos.

—¿Eres tú, Andrade? respondió el comendador sorprendido. ¿Pues qué te trae por esta tierra?

—Yo os lo diré, señor, en dos palabras. El otro día vino mi primo Damián á Ponferrada, á vender unas pellejas de corzo y de rebezo, y llevó allá una porción de noticias, diciendo que ya no teníais más castillo que éste, que os iban á llevar á Salamanca, y allí qué sé yo qué cosas dijo que iban á hacer con vosotros. En fin, ellas no son para contarlas, ni importa un caracol que las sepáis.—Pues señor, como iba diciendo, yo siempre me he echado la cuenta de mi padre, de que el que no es agradecido no es bien nacido, y como allá en Cornatel me disteis la vida dos veces y además aquel puñado de doblas, que en mi vida ví más juntas, vengo á deciros que si el diablo lo enreda, os venís allá á mi casa y Cristo con todos. Ello no estaréis muy bien, porque allá aun los ricos somos pobres, pero lo que es á buena voluntad no nos gana ningún rey; y mi mujer en cuanto se lo dije, se puso más contenta que unas castañuelas, y al punto comenzó á pensar en las gallinas, pichones y cabritos que estaban más gordos para regalaros con ellos. Conque ya lo sabéis, si os venís conmigo, lo que es allí no han de ir á buscaros.

¡Ah! se me olvidaba deciros que os llevaseis también al señor de Bembibre, porque sé que le queréis tanto como su tío, y bien me acuerdo de lo cortés que estuvo connosotros en Cornatel.

El comendador que no esperaba semejante visita, ni mucho ménos que tuviese semejante objeto, cuando el universo entero abandonaba á los templarios, se vió tan dulcemente sorprendido, que la emoción le atajó la palabra por un rato. Por fin, dominándola con su acostumbrada energía, se llegó al montañés, y apretándole la mano vivamente le contestó:

—Andrade, lo que contigo hice, lo mismo lo hubiera hecho con cualquiera; pero tú eres el primero que tales muestras de afición me dá. Anda con Dios, buen Cosme, y que su

bondad te prospere á ti y á los tuyos, como yo se lo pediré siempre. Ningún riesgo nos amenaza, porque ya sabes que son obispos los que nos van á juzgar, y en cuanto al rey y sus ricos hombres, añadió con amargura, cuando se hayan hartado con nuestra abundancia, se cansarán de ladrar y de morder.

—No, pues lo que es con eso no me sosiego yo, repuso Andrade, porque, según me dijo el cura el otro día, los jueces de Francia también eran sacerdotes, y así y todo...

—Nada hay que temer, buen Andrade, vuélvete á tu montaña, y cree que me dejas muy obligado.

—¿Conque, á lo que veo, insistió el montañés, estáis en ir á Salamanca y sufrir el juicio?

El comendador le hizo señal de que así era.

—Pues entonces, yo quiero ir allá para servir de testigo.—Señor comendador, á la paz de Dios, que dentro de tres días ó cuatro aquí estoy.—Y sin atender á las razones del anciano, tomó el camino de Cabrera, de donde volvió al tiempo señalado.

Llegó por fin la hora de que los templarios reunidos en Ponferrada abandonasen aquel último baluarte de su poder y grandeza. Por inevitable que sea la desgracia, la hora en que llega siempre es dolorosa, sin duda porque con ella se rompe el último hilo de la esperanza invisible á los ojos, mas no por eso desprendido del corazón. Aquellos guerreros que sucesivamente habían dejado los demás castillos del país, mientras se vieron al abrigo de aquellas murallas todavía respiraban el aire de su grandeza, pero al desampararlas con la imaginación llena de funestos presentimientos, los ánimos más fuertes flaqueaban.

El día señalado muy de madrugada, juntáronse en la anchurosa plaza de armas del castillo, caballeros, aspirantes, pajes y esclavos.

Reinaba un silencio funeral y todos tendían los ojos por aquel hermoso paisaje, que aunque desnudo de hojas y azotado por el soplo del invierno, todavía parecía agraciado y pintoresco á causa de los variados términos de su perspec-

tiva, y de la suave degradación de sus montañas. Por fin se presentó el maestro, y después de dichas las oraciones de la mañana, montaron á caballo y al son de una marcha guerrera comenzaron á moverse hacia el puente levadizo.

Antes de llegar á éste, y encima del arco del rastrillo, existe todavía un gran escudo de armas, cuyos cuarteles están de todo punto carcomidos menos la cruz que se conserva entera y distinta, y las tres primeras palabras de un versículo de los salmos que todavía se leen. Estas eran las armas del Temple, que desde entonces iban á quedar sin dueño y abandonadas por lo tanto y sin honra, después de haber sido símbolo de tanta gloria y cifra de tanto poder.

Este pensamiento ocupaba sin duda la mente de don Rodrigo que por su clase caminaba el delantero, pues al llegar al puente levadizo volvió de repente su caballo, y mirando el escudo al través de las lágrimas que empañaban sus cansados ojos, exclamó con una voz que parecía salir de un sepulcro, y leyendo la sagrada inscripción: *Nisi dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam*. Los caballeros volvieron igualmente sus ojos, y en medio del desamparo á que se veían reducidos, repitieron en voz baja las palabras de su maestro, después de lo cual espolcando sus corceles salieron con gran prisa de aquella fortaleza á donde no debían volver.

Don Alonso los acompañó hasta que cruzaron el Boeza, y allí los dejó con el abad de Carracedo que los seguía á Salamanca, llevado de su noble y santo propósito. El buen Andrade caminaba entre don Alvaro y el comendador, y de todos recibía infinitas muestras de cortesía y bondad que no acertaba á explicarse, porque su rectitud natural y sencilla, desnudaba de todo mérito aquella acción generosa y desinteresada. De esta suerte hicieron su viaje á Salamanca, donde ya estaban juntos los obispos, que bajo la presidencia del arzobispo de Santiago, componían aquel concilio provincial.

CAPÍTULO XXXI.

Las muchas seguridades que doña Beatriz recibió del abad y de su buen padre, acerca de la suerte que aguardaba á los templarios españoles, no fueron poderosas á calmar los recelos y zozobras que se agolpaban en su ánimo: ¡tan hondas raíces había echado en su corazón el pesar y tan negra tinta derramaba su imaginación aun sobre los objetos más risueños! Si había de juzgar de las disposiciones de los obispos por las que durante mucho tiempo había abrigado el prelado de Carracedo, no tenía á la verdad gran motivo para tranquilizarse, y por otra parte el embravecimiento de la opinión contra los templarios, había llegado á tal punto que todo podía temerse con razón. Añádase á esto que su enfermedad teñía habitualmente de un color opaco aun los más brillantes objetos, y fácil será de presumir los muchos y turbios celajes que empañaban aquel rápido vislumbre de felicidad que el abad le había mostrado. No desconocía por otra parte que don Alvaro era un objeto de enemistad especial para el infante don Juan, desde los sucesos de Tordehumos, y su discreción natural le daba á entender que en medio de la inquietud que inspiraban los templarios aun después de su caída, no dejaría de haber dificultades para restituir su libertad, su poder y sus bienes á quien tan decidido apoyo les había prestado, hasta el punto de aceptar sus votos y compromisos.

Contra tan sólidas razones poco valían todos los argumentos de su padre y de su tía, de manera que la misma esperanza venía á ser para ella una luz sin cesar combatida por el viento, y que esparcía al rededor sombras y dudas antes que seguridad y resplandores. El incesante anhelar y zozobra que tan poderosamente habían contribuído á la ruina de su salud, continuaron por lo tanto minándola á

gran prisa, y como en la postración de su cuerpo toda clase de emociones venían á ser por igual dañosas, cada día sus fuerzas se disminuían y se aumentaba el cuidado de los que andaban á su alrededor. Don Alonso que achacaba á sus pesares y desvelos los estragos que se veían en su rostro, comenzó á inquietarse seriamente cuando llegó á advertir que aquella dolencia derivada sin duda del alma en un principio, existía ya de por sí y como cosa aparte. Al cariño de padre, al aguijón del remordimiento vinieron á mezclarse entonces los temores del caballero, que temblaba por la suerte y el porvenir de su linaje depositados en tan frágil vaso, cabalmente cuando el destino parecía que iba á convertir en bronce su vidrio delicado.

Posesionado ya de los castillos del Bierzo y sosegados todos los rumores de guerra, pensó en sacar á doña Beatriz del monasterio, y en restituirse con ella á su casa de Arganza. Poco se alegró la joven con la resolución de su padre, porque mientras su suerte se fallaba, ningún lugar había más acomodado á la solemnidad religiosa de sus pensamientos y á la tranquilidad que tanto había menester su espíritu, que el retiro de Villabuena. Los recuerdos de la infancia y adolescencia tan dulces de suyo al corazón, más de una vez se acibaran con las imágenes que los acompañan, y entonces su consuelo y blandura son más que dudosos. Así doña Beatriz, que en los muros de la casa paterna había visto en brevísimo espacio de tiempo, nacer y agostarse la flor de su ventura, desaparecer su madre, perderse su libertad, y aparecer impensadamente un sol que juzgaba para siempre puesto, solo para cegar sus ojos y dejar un rastro de desolada luz en su memoria, temblaba volver á aquel recinto, cuando tan enigmático se presentaba todavía lo futuro. Sin embargo, el atractivo que para su alma pura y piadosa tenían las cenizas de su madre, el deseo de acompañar á su padre anciano, y la seguridad de que los objetos exteriores, solo podían atenuar muy levemente las ideas, que como con un buril de fuego estaban impresas en su alma, la decidieron á abandonar por segunda vez aque-

lla casa, de donde había salido antes para tantos pesares y sinsabores, y de la cual entonces se apartaba sin más patrimonio que una lejana y débil esperanza, igualmente privada de salud y de alegría. Despidióse, pues, de su tía y de las buenas religiosas sus amigas y compañeras, sin extremos ni sollozos, pero profundamente conmovida y echando miradas tan vagarosas á aquellos sitios, como si hubiesen de ser las postreras. Aunque sus males y tristezas, eran como una sombra para aquellas santas mujeres, su dulzura, su discreción, su bondad y hasta el particular atractivo de su figura, las aficionaban extraordinariamente á su trato y compañía: así fué que por su parte hicieron gran llanto en su partida.

Por fin salió acompañada de su Martina y de sus antiguos criados. ¿Dónde estaban los días en que sobre un ágil y revuelto palafrén corría los bosques de Arganza y Herbededo con un azor en el puño, acechando las garzas del aire, como una ninfa cazadora? Ahora ni aun el sosegado y cómodo paso de su hacanea podía sufrir, y más de una vez hubo de pararse la cabalgata en el camino, para reclinarla al pie de un árbol solitario, donde cobrase aliento. La agitación de la despedida la había debilitado en gran manera, así es que llegó á Arganza más desencajada que de ordinario y llena de fatiga. Las imágenes que aquellos sitios le presentaron animadas con todo el ardor de la calentura, produjeron gran trastorno en su ánimo, y aguaron el contento de aquellos pacíficos aldeanos, para quienes su venida era como la visita de los ángeles para los patriarcas.

A la mañana siguiente quiso bajar á la capilla donde estaba enterrada doña Blanca, y por la tarde apoyada en Martina y en su padre que apenas se atrevía á contrariarla, se encaminó lentamente al nogal de la orilla del arroyo debajo de cuyas ramas se despidió de don Alvaro para siempre. Si sus lágrimas hubieran corrido en abundancia, sin duda se hubiera descargado de un gran peso; pero el deseo de esconderlas de su padre, las cuajó en sus ojos y el esfuerzo que hubo de hacer, se convirtió como era natu-

ral en daño suyo. Aquella noche la lenta calentura que la consumía, se avivó en tales términos, que entró en un delirio terrible en que sin cesar hablaba del conde, de su madre y de don Alvaro, quejándose dolorosamente de cuándo en cuándo. El señor de Arganza desolado y fuera de sí, mandó inmediatamente por el anciano monje de Carracedo que ya la había asistido en Villabuena, cuando su anterior enfermedad. El buen religioso vino al amanecer con toda diligencia y encontró ya á doña Beatriz casi de todo punto sosegada, porque en aquella complexión ya destruída, no tenían gran duración los accesos del mal. Informóse sin embargo, de todo lo sucedido, y como don Alonso descubriese á sus ojos hasta el último velo, le dijo:

—Noble don Alonso, fuerza será que vuestra hija no vea durante algún tiempo estos sitios, que tan dolorosas memorias renuevan en ella. Trasladadla sin perder tiempo á la quinta que poseían los templarios sobre el lago de Carucedo, porque allí es el aire más templado y el país más plácido y halagüeño. Pronto vendrá la primavera con sus flores, y entonces se decidirá la suerte de doña Beatriz, que de continuar aquí, no puede menos de ser desastrosa.

—Pero decidme, le preguntó con ansiedad el señor de Arganza; ¿y vos me respondéis de su vida?

—Su vida, le contestó el religioso, está en las manos de Dios que nos manda confiar y esperar en El. Sin embargo, vuestra hija es joven todavía, y por profunda raíz que haya echado el mal en ella, bien podrá ser que un suceso feliz y precursor de una época nueva, la curase harto mejor que todos los humanos remedios. No nos descuidemos: de nuevo os lo encargo; aprovechad el respiro que va á darnos un calmante que tomará hoy, y lleváosla al punto.

Con efecto, el calmante proporcionó tan grande alivio á la enferma, que don Alonso devorado de celos y de inquietudes, después de acelerar todos los preparativos de viaje, partió á los dos días con su hija. Algo mejor preparada esta, y atenta más que á su quietud y bienestar pro-

pio, al sosiego de su padre, emprendió sin repugnancia su nueva peregrinación, despidiéndose de aquellos sitios, teatro de sus juegos infantiles, con un mal disimulado acento, en que no podía traslucirse la esperanza de volverlos á ver. Tal vez nadie mejor que ella, podía juzgar de su estado, pues solo á sus ojos era dado ver los estragos de su alma; pero ¿quién podía adivinar lo que el porvenir guardaba en los pliegues oscuros de su manto? y por otra parte la imagen de don Alvaro libre de sus votos, más rendido, más noble y más hermoso que nunca, era como un ave de buen agüero, cuyos cantos se quedan alhagando el oído por rápido que sea su vuelo.

La comitiva cruzó el Sil por la misma barca de Villadepalos, que en otros tiempos más felices debió conducirla en brazos de su amante á un puerto de seguridad y de ventura. Fatalidad y no pequeña era, encontrar por todas partes memorias tan aciagas, pero aquel reducido país había servido de campo á tantos sucesos que más ó menos de cerca la tocaban, que bien podía decirse que sus pensamientos y recuerdos lo poblaban, y de donde quiera salían al encuentro de sus miradas.

Pasado el río, hay una cuesta muy empinada, desde la cual á un tiempo se divisan entrambas orillas del Sil, todo el llano que forma su cuenca, el convento de Carracedo con su gran mole blanca en medio de una fresquísima alfombra de prados, y los diversos términos y accidentes de las cordilleras, que por donde quiera cierran y amojonan aquel país.

Comenzaba á desprenderse la vegetación de los grillos del invierno, el Sil un poco crecido, pero cristalino y claro, corría majestuosamente entre los sotos todavía desnudos, que adornaban sus márgenes; el cielo estaba surcado de nubes blanquecinas en forma de bandas, por entre las cuales se descubría un azul purísimo, y una porción de mirlos y jilgueros revoloteando por entre los arbustos y matas, anunciaban con sus trinos y piadas, la venida del buen tiempo.

Del otro lado descollaban las sierras de la Aguiana con sus crestas coronadas de nubes á la sazón, y los agudos y encendidos picachos de las Médulas remataban su cadena con una gradación muy vistosa. Casi al pie se extendía el lago de Carucedo rodeado de pueblos, cuyos tejados de pizarras azules, vislumbraban al sol siempre que se descubría, y terminado por dos montes, de los cuales, el que mira á mediodía, estaba cubierto de árboles, mientras el que da al norte formaba extraño contraste por su desnudez y peladas rocas. Doña Beatriz se sentó á descansar un rato en el alto de la cuesta, y desde allí tendía la vista por entrambas perspectivas, levantando de vez en cuando sus ojos al cielo, como si le rogase que los recuerdos de amargura y las pruebas de su juventud quedasen á su espalda como la tierra de Egipto detrás de su pueblo escogido, y á orillas de aquel lago apacible y sereno, comenzase una nueva era de salud, de esperanza y de alegría que apenas se atrevía á fingir en su imaginación. Después de descansar un rato, subió la comitiva en sus caballos, y se encaminó silenciosamente á la hermosa quinta, en que doña Beatriz debía aguardar el fallo de su vida y de su suerte.

Era esta un edificio con algunas fortificaciones á la usanza de la época, pero sobrado primoroso para fortaleza, porque todos los frágiles adornos y labores del gusto árabe, se juntaban en sus afilegranadas puertas y ventanas y en los capiteles que coronaban sus almenas. Habíanla labrado los templarios en tiempos de su mayor esplendor, y para su asiento escogieron una colina poco elevada y de suavísimo declive, que está debajo del pueblo de *Lago* y domina la líquida llanura en cuyos cristales moja sus pies. Forma el lago junto á ella un lindo seno, y allí se abrigan algunos esquifes ligeros en que los caballeros acostumbraban á solazarse con la pesca de las anguilas de que hay gran abundancia, y cazando con ballesta algunas de las infinitas aves acuáticas que surcan la resplandeciente superficie. Como las áridas cuestas del monte del norte que los naturales apellidan de los *Caballos* hacían espaldas á la quinta, resul-

taba que de aquel paisaje agraciado y lleno de suavidad, únicamente se ocultaban los términos áridos y yermos. Lo restante era, y es todavía, un panorama de variedad y amenidad grandísima, que repetido por el espejo del lago, figura á veces, cuando le agita blandamente la brisa, un mar confuso de rocas, árboles, viñedos y colinas sin cesar divididos y juntados por una mano invisible. Tiene el lago más de una ensenada, y la que se prolonga entre oriente y norte, perdida entre las sinuosidades de un valle, parece dilatar su extensión, y los juncos y espadañas que la pueblan, sirven de abrigo á infinitas gallinetas de agua y lavancos de cuello tornasolado. No lejos de esta ensenada está el pueblo de Carucedo, sentado en una fresca encañada y á su extremo una porción de encinas viejísimas y corpulentas, cuyas pendientes ramas se asemejan á las de los árboles del desmayo, y sirven de límite á las aguas, mientras en la opuesta orilla occidental, un soto de castaños enormes señala también su término á los caudales del lago.

Doña Beatriz que tenía un alma abierta, por desgracia suya en demasía, á todas las emociones puras y nobles, no pudo menos de admirar la belleza del paisaje, cuando las laderas de los montes que descienden al lago, y su hermosa tabla comenzaron á desplegarse á sus ojos desde las alturas de San Juan de Paluezas. A medida que se acercaba, íbase descogiendo un nuevo pliegue del terreno, y ora un grupo de árboles, ora un arroyo que serpenteaba en alguna quiebra, ora una manada de cabras que parecían colgadas de una roca, á cada paso derramaban nuevas gracias sobre aquel cuadro. Cuando por fin llegó á la quinta y se asomó al mirador, desde el cual todos los contornos se registraban, subieron de punto á sus ojos todas aquellas bellezas.

El sol se ponía detrás de los montes dejando un vivo rastro de luz que se extendía por el lago, y á un mismo tiempo iluminaba los diversos terrenos, esparciendo aquí sombras y allí claridades. Numerosos rebaños de ganado vacuno bajaban mugiendo á beber, moviendo sus esquilas, y otros hatos de ovejas y cabras, y tal cual piara de yeguas

con sus potros jugueteros, venían también á templar su sed, triscando y botando, mezclando relinchos y balidos. Los lavancos y gallinetas tan pronto en escuadrones ordenados, como desparramados y solitarios, nadaban por aquella reluciente llanura. Una pastora que en su saya clara y dengue encarnado, mostraba ser joven y soltera, y en sus movimientos gran soltura y garbo, conducía sus ovejas cantando una tonada sentida y armoniosa, y como si fuera un eco, de una barca que cruzaba silenciosa, costeando la orilla opuesta, salía una canción guerrera entonada por la voz robusta de un hombre, pero que apagada por la distancia perdía toda su dureza, no de otra suerte que si se uniese al coro armonioso, templado y suave que al declinar el sol, se levantaba de aquellas riberas.

Por risueños puntos de vista que ofrezcan las orillas del Cua y del Sil, fuerza es confesar que la calma, bonanza y plácido sosiego del lago de Carucedo, no tiene igual tal vez en el antiguo reino de León. Doña Beatriz casi arrobada en la contemplación de aquel hermoso y rutilante espejo guarnecido de su silvestre marco de peñascos, montañas, praderas y arbolados, parecía engolfada en sus pensamientos. Para un corazón poseído de amor como el suyo, la creación entera no parece sino el teatro de sus penas ó su felicidad, de sus esperanzas ó sus dudas, y esto cabalmente sucedía á aquella interesante y desgraciada señora. La imagen de don Alvaro era el centro adonde iban á parar todos los hilos misteriosos del sentimiento, que en su alma despertaban aquellos lugares, y entretejiéndolos con los que de tiempos más dichosos quedaban todavía enmarañados en su memoria, formaba en su imaginación la tela inacabable de una vida dichosa, llena de correspondencia dulcísima, y de aquel noble orgullo que en todos los pechos bien nacidos, excita la posesión de un bien legítimamente adquirido. ¡Engañosas visiones que al menor soplo de la razón se despojaban de sus fantásticos atavíos y caían en polvo menudo en medio de las puntas y abrojos que erizaban el camino de doña Beatriz! Al cabo de una larga me-

ditación, en la cual, como otras tantas ráfagas luminosas había visto pasar todas aquellas representaciones doradas y suaves de un bien ya disipado, y de otro bien incierto, y apenas bosquejado, la desdichada exhaló un largo suspiro y dijo:—¡Dios no lo ha querido!

—Dios ha querido probarte y castigarme, ángel del cielo, contestó su padre abrazándola; nuestras penas acabaron ya, y los nuevos tiempos se acercan á más andar. Dios se apiadará de tu juventud y de estas canas vecinas ya al sepulcro, y no querrá borrar mi nombre de la haz de la tierra.

Doña Beatriz le besó la mano sin contestar, porque no se atrevía á entregarse á tan risueñas ideas, ni alcanzaba á acallar los presentimientos que de tiempos atrás habían llegado á posesionarse de su espíritu, pues para colmo de amargura, la muerte, que por tanto tiempo había invocado como término y descanso de sus penas, sin verla aparecer jamás, ahora cruzaba á lo lejos como un lúgubre relámpago cuando la vida cobraba á sus ojos todas las galas de la esperanza, y sembraba de flores funerarias el camino que guiaba á su templo. Sin embargo, doña Beatriz, como todas las almas fuertes, pasado el primer estremecimiento, hijo del barro, aceptaba sin miedo ni repugnancia esta idea, y solo le dolía la contingencia de su fin prematuro por el luto de su padre, y de aquel amante arrebatado de sus brazos por una desecha borrasca, y que otra no menos deshecha podía volver á ellos. Así pues, sin decir palabra, se apoyó en el brazo del anciano, y lentamente bajó la escalera con barandilla prolijamente calada, hasta que en la cámara para ella aderezada, la dejó en compañía de Martina. Dejémosla también nosotros entregada á las dulzuras del sueño, que aquella noche bajaba sobre sus párpados más suave y bienhechor que en muchos días, y trasportémonos á Salamanca, donde se iba á fallar el ruidoso proceso que traía alborotada á la cristiandad entera.

CAPÍTULO XXXII.

En medio de la tremenda tormenta que la envidia por un lado, la codicia por otro y la superstición é ignorancia por casi todos, habían levantado contra el Temple, la península puede gloriarse de que su santuario se conservó exento del contagio de aquellos torpes y groseros errores y de aquellas pasiones ruines y bastardas. Sobrado se les alcanzaba á sus obispos la fuente de males que tal vez hubiera podido abrirse en Europa de la conservación y crecimiento de aquella orden decaída de su antigua pureza y virtud, y convertida á los ojos del vulgo en piedra de reprobación y de escándalo; pero como cristianos y caballeros, respetaban mucho á sus individuos, y no desmintieron la noble confianza que en ellos había puesto don Rodrigo Yáñez. Vanas fueron las prevenciones con que Aymerico, inquisidor apostólico y comisionado del papa para acompañar á los arzobispos de Toledo y Santiago, entró en aquel juicio que intentaba llevar por el mismo sendero de los de Francia; vanos todos los esfuerzos de la corte de Castilla, y en especial del infante don Juan, y vano por fin el extravío de la opinión, para torcer la rectitud de sus intenciones. Las iniquidades de Felipe el Hermoso, eran justamente el escudo más fuerte de los caballeros en el ánimo de aquellos piadosos varones, que en el fondo de su corazón, deploraban amargamente las debilidades de Clemente V, origen de tanta sangre y de tan feos borrones para la cristiandad,

Juntos, pues, en Salamanca bajo la presidencia del inquisidor apostólico y del arzobispo de Santiago, Rodrigo; Juan, obispo de Lisboa; Vasco, obispo de la Guardia; Gonzalo, de Zamora; Pedro, de Avila; Alonso, de Ciudad-Rodrigo; Domingo, de Plasencia; Rodrigo, de Mondoñedo;

Alonso, de Astorga; Juan, de Tuy; y Juan, de Lugo, se abrió el concilio con las ceremonias y solemnidades de costumbre. Cada uno de los padres, con arreglo á las bulas pontificias y á las órdenes de sus respectivos monarcas, había formado en su diócesis respectiva un proceso de información, en el cual constaban las declaraciones de infinitos testigos, sacerdotes y seglares, de cuya confrontación debía deducirse la culpabilidad de los caballeros ó su inocencia. Sin embargo, en vísperas de un fallo tan solemne fuerza era ampliar aquel sumario, oír á los encausados, recibir nuevas deposiciones y justificar finalmente una sentencia que iba á dar remate á un suceso, con razón calificado por un historiador moderno de gran mérito de «el más importante de los siglos medios después de las cruzadas.»

Poco tardó en averiguar el infante don Juan las intenciones con que acudía al concilio el abad de Carracedo, y con ellas recibió sobresalto no pequeño, pues estando todavía en balanza la suerte de la Orden por los reinos de España, muy de temer era que en el de León, al abrigo de una familia tan poderosa, moviese nuevos disturbios y mudanzas, y pusiese en duda la posesión de aquellos bienes, que con tanta ansia codiciaba para consolarse de la pérdida de su soñada corona. Así, pues, echó mano como de costumbre de sus cábalas y maquinaciones, y comenzó á sembrar la cizaña de su encono en el ánimo de los obispos, infundiendo recelos de discordias con el Sumo Pontífice en algunos, y amenazando á otros con los alborotos que pudiera ocasionar en la mal sosegada Castilla la resolución de dar por libre de sus votos á don Alvaro.

El anciano monje, á quien no se le ocultaba el estado de doña Beatriz, y que por otra parte sabía cuán agudo cuchillo era para su vida el continuo vaivén de la incertidumbre, presentó el caso como separado del juicio general, alegando la nulidad de la profesión del señor de Bembibre, y manifestando la injusticia que podría haber en complicarle en el proceso y responsabilidad de una corporación, que mal podía contarle entre sus miembros. Por valederas que fue-

sen semejantes razones, no hallaron en el ánimo de los jueces todo el eco que reclamaban, así la solicitud del abogado, como la ventura de doña Beatriz. Por una parte era urgentísimo sustanciar y decidir aquel gran pleito, harto más importante que la suerte de un individuo, y por otra, penetrados los prelados en su interior del poco peso de las acusaciones contra los templarios, no tenían reparo en envolver á don Alvaro en los procedimientos generales, que en todo caso siempre había lugar de enmendar con la debida excepción.

Infructuosos fueron, por lo tanto los esfuerzos que de concierto hicieron, el buen religioso, el maestre don Rodrigo, el comendador Saldaña, su deudo Hernán Ruiz Saldaña, y sobre todo don Juan Núñez de Lara, que tanto por mostrar la nobleza de su sangre, cuanto por el deseo de remediar en lo posible el gran mal que había hecho á don Alvaro en Tordehumos, había venido á Salamanca con diligencia grandísima. Las almas elevadas suelen pagar muy caros los sueños de la ambición, y buena prueba de ello era don Juan de Lara, para quien la noticia de los pesares de don Alvaro y su violenta resolución de entrar en el Temple habían sido y eran todavía un doloroso torcedor. Sin la culpable trama de que también él había sido víctima, libre estaría don Alvaro de los pasados sinsabores y de las presentes angustias, y cualesquiera que hubieran sido las pruebas y amarguras de su amor, en último resultado, pendiendo su suerte de la constancia y elevado carácter de doña Beatriz, sin duda sus hermosas esperanzas se hubieran visto logradas como merecían. Todo esto que en voces altas y muy claras decía á don Juan su conciencia, le afligía por extremo y de buena gana hubiera redimido con la mitad de los años de vida que le quedaban, y con lo mejor de su hacienda tales quebrantos. Otra cosa había además de por medio que aquejaba vivamente su voluntad, y eran los amaños y arterías que en sentido opuesto empleaba el infante don Juan, su jurado enemigo desde lo de Tordehumos. Razones de gran peso, y entre ellas el bien y el sosiego de

Castilla, le habían impedido hacer campo cerrado con él, según en un principio imaginó, pero la idea de contrariar en aquella ocasión sus esfuerzos y dar en tierra con sus artificios, ponía espuelas á su voluntad, ya muy decidida de suyo.

Como quiera todos estos buenos oficios carecían de base, pues estando presente don Alvaro, natural parecía que de por sí reclamase contra el agravio que al parecer se le hacía; pero la autoridad de sus ancianos amigos y de su tío, las instancias de todos los caballeros de la Orden que se hallaban en Salamanca, la importuna solicitud de don Juan de Lara, y hasta la voz misma de aquella pasión, que mal acallada en su pecho se despertaba violentamente á la voz de la esperanza, no fueron poderosas á determinarle á semejante paso. La idea de separar su causa de la de sus hermanos de elección, de tal manera alborotaba su altivo pundonor, que al poco tiempo todos sus allegados cesaron por entero en sus persecuciones. Así, pues, víctima de aquella ilusión generosa de desprendimiento y de hidalguía, tras de la cual había corrido toda su vida, dilataba sin término el suceso feliz del que pendía ya la dicha que en el mundo pudiera tocarle.

Abrióse por fin el juicio, y el maestro don Rodrigo, Saldaña y los más ancianos caballeros comparecieron delante de los obispos á oír los cargos que se les hacían, cargos que en nuestros días moverían á risa, pero que en aquella época de tinieblas encontraban en la muchedumbre un eco tremendo, tanto mayor cuanto más se acercaban á lo maravilloso.

Compulsáronse las informaciones que cada prelado había hecho antes de congregado el concilio, y comenzaron á oírse nuevos testigos. No faltaron muchos que se presentasen en contra del Temple, achacándole los mismos crímenes que perdieron á la orden en Francia, y sobre todo y como cosa más visible, avaricia en las limosnas, y escaseces y falta de decoro en el culto. Cohechados la mayor parte de ellos por los enemigos de aquella gloriosa institución, arre-

batados otros de un celo ignorante y fanático, parecía que unos á otros se alentaban en aquella obra de iniquidad, natural consecuencia de las pérdidas calumnias que deslumbraban los ojos del vulgo sediento siempre de novedades, y tan sobrado de imaginaciones extrañas y maliciosas, como falto de juicio y compostura.

Los caballeros solos en medio de aquel vendabal que sin cesar arreciaba, se defendían sin embargo, con templanza y valeroso sosiego, atentos á conservar su altiva dignidad aun en medio de tamañas falsías y bajezas.

Don Rodrigo, como cabeza de la orden, era el blanco de todos los tiros, no por odio á su persona, pues su prudencia, su urbanidad y sus austeras virtudes andaban en boca de todos; sino porque, humillando la orden en lo que tenía de más sabio y elevado, se minaban sus cimientos y se imposibilitaba su restauración. Como quiera, el maestre infundía tal respeto por sus años y por aquel resto de imperio y de poder que todavía quedaba en su frente, que más de una vez sucedió que los testigos se retiraron corridos y amedrentados delante de la severidad de sus miradas.

El comendador Saldaña hizo harto más en defenderse de otros ataques, que si bien menos concertados, al cabo eran más enconados y violentos.

Recordarán sin duda nuestros lectores, que en el asalto de Cornatel, un deudo muy cercano del conde murió al golpe de una piedra que le deshizo el cráneo, y otro poco después, en la barbacana bajo el hacha del anciano guerrero. Asimismo recordarán que la bandera de los Castros entró arrastrando en el castillo, arrancada por mano de don Alvaro de la tienda en que ondeaba al soplo del viento.

Heridas y ultrajes eran ya estos que difícilmente pudiera olvidar aquel orgulloso linaje, pero el desastrado fin de su caudillo había encendido en sus pechos un odio implacable contra los templarios, y sobre todo, contra Saldaña, como autor de su deshonor y duelo.

Apenas, pues, los vieron emplazados y llamados á jui-

cio, acudieron prontamente á Salamanca, donde añadieron al peso de la acusación general, el de su encono y recriminaciones.

Cuando llegó su día, presentaron su queja ante los padres, acusando al anciano de haber usado malas artes en la defensa de su castillo, con notorio menosprecio de las órdenes de su rey y señor natural. Echáronle en cara la altanería con que deshechó las intimaciones del difunto conde, y sobre todo la muerte atroz de este, contraria á las leyes de la guerra. Beltrán de Castro, uno de los más cercanos deudos y que aun no había podido acomodarse al baldón del vencimiento, presentó todos estos cargos con gran discreción y energía, disfrazando á su modo los incidentes de aquella desastrosa jornada.

—Comendador Saldaña, le dijo el arzobispo de Santiago, confesáis todos los cargos que os hace Beltrán de Castro?

—Padres venerables, contestó el anciano, no por rebeldía ni deslealtad nos negamos á obedecer las cédulas de nuestro monarca, sino por justa y legítima defensa. Caballeros de nuestra prez, no eran para tratados como quería el conde de Lemus á quien respeto, pues que ya el Supremo Juez le habrá juzgado. El quería la guerra, porque anhelaba vengar agravios recibidos con causa, por desgracia sobrado justa, de mí y de uno de nuestros más nobles caballeros. Amaba el peligro y pereció en él..... la paz sea con su alma.—Por lo que hace á la nigromancia que nos reprocháis, señor hidalgo, continuó volviéndose á Beltrán, y sonriéndose irónicamente, el miedo sin duda os turbaba la vista y el entendimiento á la par, pues que así confundíais con los demonios nuestros esclavos africanos, y tomabais por llamas del infierno la pez, alquitrán y aceite hirviendo con que os rociábamos la mollera.

El gallego perdió el color al oír semejante ultraje, y rechinando los dientes, clavó sus ojos encendidos como brasas en el anciano caballero. Su mano se encaminó maquinalmente á la guarnición de la espada, pero acordándose

del sitio en que estaba, mantuvo á raya los ímpetus de su ira.

—No os enojéis, señor hidalgo, que así venís á hacer leña del árbol caído, replicó el comendador en el mismo tono acre y mordaz, no os enojéis ahora, ya que entonces de tan poco sirvió vuestro coraje á aquellos infelices montañeses, que tan sin piedad llevabais al matadero, ya que entonces el señor de Bembibre con solo un puñado de caballeros desbarató toda vuestra caballería, saqueó vuestros reales y trajo arrastrando vuestro pendón, sin que á pesar de vuestras fuerzas superiores tuvieseis ánimo para estorbarlo. ¿En qué opinión teniais á los soldados del Temple y á un viejo caballero que peleó por la cruz en Acre, hasta que los villanos la echaron por el suelo para alfombra de los caballos del soldán? Andad, que vuestro valor es como el de los buitres y cuervos, solo bueno para emplearse en los cadáveres.

—Señor caballero, le dijo gravemente el arzobispo de Santiago, no habéis respondido todavía á la principal cabeza de la acusación; la muerte del noble conde de Lemus..... ¿Es cierto este capítulo?

—Y tan cierto, respondió Saldaña con una voz que retumbó en el salón como un trueno, que si mil veces lo cogiera entre mis manos, otras tantas vidas le arrancaría. Sí, yo le así por el cinto cuando cayó á mis pies sin conocimiento; con él me subí á una almena, y desde allí se lo arrojé á sus gentes diciéndoles: «Ahí tenéis vuestro valiente y generoso caudillo!»

—¡Lo ha confesado! ¡lo ha confesado! exclamaron llenos de júbilo los parientes del difunto.—Comendador Saldaña, continuó Beltrán, yo os acuso de traición, pues solo cohechando al cabreirés Cosme Andrade, pudisteis tener noticia de la expedición del desgraciado conde.

—¡Mentís, Beltrán de Castro! contestó una voz de entre la apiñada multitud, que entonces comenzó á arremolinarse como para abrir paso á alguno. Efectivamente, después de un corto alboroto y de algún oleaje y vaivenes entre la

gente, un montañés con su colete largo de destazado, sus abarcas y su cuchillo de monte al lado, saltó como un gamo en el recinto destinado á los acusados, acusadores y testigos.

—¿Sois vos, Andrade? exclamó Castro sorprendido con esta aparición para él inesperada.

—Yo soy, yo, el cohechado, como vos decís ruin y villano! contestó el encolerizado montañés. ¡Parece que os pasma el verme! bien se conoce que me creíais muy lejos, cuando así me ultrajabais. Algún ángel me tocó sin duda en el corazón, cuando viéndoos llegar á Salamanca me oculté de vuestra vista para confundiros ahora, ahora que conozco la ruindad de los Castros! ¡Oh pobres paisanos y compañeros míos, que dejasteis vuestros huesos en el foso de Cornatel! venid ahora á recibir el premio que os dan estos malsines! ¡Yo cohechado! Y ¿con qué me cohecharíais vos, mal nacido? ¿O tenéis por cohecho el rodar por los precipicios y arriesgar la vida hartas más veces que vos?

—Vos recibisteis cien doblas del comendador, replicó Beltrán un poco recobrado, aunque confuso con las embestidas del montañés, que le acosaba como un jabalí herido.

—Cierto que las recibí, contestó Andrade candorosamente, porque se me ofrecieron con buena voluntad; pero ¿guardé una siquiera, embustero sin alma? ¿No las distribuí todas y aun bastante de mis dineros á las viudas de los que murieron allí por los antojos de vuestro conde? ¿O piensas tú que es Andrade como tu amo maldecido, que vendía por un lugar más su fe de caballero y la sangre de los suyos? Agradece á que estamos delante de estos varones de Dios, que si no ya mi cuchillo de monte te hubiera registrado los escondites del corazón.

—Sosegaos, Andrade, le dijo el obispo de Astorga, y contadnos lo que sepáis, porque vuestra presencia no puede ser más oportuna.

—Yo, reverendos padres, contestó él con su sencillez habitual, no soy más que un pobre hidalgo montañés á quien se le alcanza algo más de cazar corzos y pelear con los osos

que no de estas cosas de justicia; pero con la verdad por delante, nunca he tenido miedo de hablar, aunque fuese en presencia del soberano Pontífice. Allá va, pues, lo que ví y pasó, bien seguro de que nadie le quite ni ponga.

Dijimos que cuando el honrado Andrade cayó despeñado del torreón por mano de Millán, le detuvieron unas ramas protectoras. Afortunadamente no estaban muy lejos de la muralla, y de consiguiente pudo oír casi todas las palabras que mediaron entre don Alvaro y el conde al principio, y luego lo que pasó con el comendador hasta que el magnate gallego bajó descoyuntado y hecho pedazos hasta la orilla del arroyo. Así, pues, su declaración, en que tanto resaltaba la generosidad de don Alvaro, y la efusión con que contó los pronto socorros que había recibido de Saldaña y de todos los caballeros, hicieron una impresión tan favorable en el ánimo de los padres, que los acusadores de Saldaña no solo enmudecieron, sino que corridos y avergonzados no sabían cómo dejar el tribunal.

—En suma, santos padres, concluyó el montañés; si las buenas obras cohechan, yo me doy por cohechado aquí y para delante de Dios, porque á decir verdad, tan cogida dejaron mi voluntad con ellas estos buenos caballeros, que cuando oí decir que al cabo los llevaban presos, acordándome de las mentiras del conde de Lemus, y temiendo no les sucediese lo que en Francia, me fuí corriendo á Ponferrada, y allí dije al comendador que yo le ocultaría en Cabrera, y aun le defendería de todo el mundo. Yo no sé si hice bien ó mal, pero es seguro que volvería á hacerlo siempre, porque él me salvó la vida dos veces, y como decía mi padre, que de Dios goce, «el que no es agradecido no es bien nacido.»

—Señor de Bembibre, dijo entonces el inquisidor general, volviéndose á don Alvaro, aunque nuevo en esta tierra, no me es desconocida la fama de hidalguía y valor que en ella gozáis. Decid, pues, bajo vuestra fe y palabra, si es verdadera la declaración de Andrade.

—Por mi honor juro que la verdad ha hablado por su bo-

ca, contestó el joven poniendo la mano sobre su corazón. Solo una cosa se le ha olvidado al buen Cosme, y es que también se entendía conmigo sin haberme conocido, la noble hospitalidad que ofreció al comendador Saldaña.

—Ya, ya, repuso el montañés, casi avergonzado: bueno sería que lo poco bueno que uno hace lo fuese á pregonar á son de trompeta. Y luego, que cuando disteis aquel repelón á nuestro campo de Cornatel, ni siquiera hicisteis un rasguño á ninguno de los míos, y después á los que curaron de sus heridas, los regalasteis con tanta largueza como si fuerais un emperador.—Para acabar de una vez, padres santos, continuó dirigiéndose al concilio con tanto respeto como desembarazo, si dudáis de cuanto llevo dicho, venga aquí la Cabrera entera, y ella lo confirmará.

—No es necesario, dijo entonces el obispo de Astorga, porque las secretas informaciones, que por mi mandato han hecho los curas párrocos de aquel país, corroboran los mismos extremos. Este proceso, último que queda por ver de cuantos se han traído á esta junta sagrada, deberá decidir el fallo, salvo el mejor parecer de mis hermanos.

—Deudos del conde de Lemus, dijo en alta voz el arzobispo de Santiago, ¿queréis proseguir en la acusación, presentar nuevas pruebas y estar á las resultas del juicio?

—En mi nombre y en el de los míos, me aparto de la acusación, contestó Beltrán de Castro con despecho, sin perjuicio de volver á ella delante de todos los tribunales, cuando pueda presentar pruebas más valederas.

—Debíais pedir la del combate, le dijo Saldaña, siempre con la misma amargura, siquiera no fuese más que por renovar las hazañas de que fuimos testigos encima de Río-Ferreiros.

Capitaneaba Beltrán la caballería del conde en aquella ocasión, y envuelto en el torrente de los fugitivos nada pudo hacer á pesar de sus esfuerzos, de manera, que sin estar desnudo de valor, su opinión había quedado en dudas. Ninguna herida, por lo tanto, más profunda y dolorosa pudiera haber recibido que la venenosa alusión del comenda-

dor. Tartamudeando, pues, de furor, y con una cara como de azufre, le dijo:

—En cuanto os dieren por libres la pediré, y entonces veremos lo que va del valor á la fortuna.

—Mío es el duelo, contestó don Alvaro, pues que tomáis sobre vos las ofensas del conde de Lemus. A mí me encontraréis en la demanda.

—No sino á mí, replicó Andrade, que he sido agraviado delante de tanta gente.

—Con los tres haré campo, exclamó Beltrán en el mismo tono.

—Caballeros todos, dijo el inquisidor apostólico, no debe escondérseos, sin duda, que delante de la justicia no hay agravio ni ofensa. Así, pues, dad lo hecho por de ningún valor y efecto, y vos, Beltrán, ya que tan cuerdamente desamparáis la acusación, pensad en volveros á vuestro país, que los altos juicios de Dios no se enmiendan con venganzas ni rencores, siempre ruines cuando se ejecutan en vencidos.

Estas graves palabras, dichas con un acento que llegaba al alma, si no mudaron las malévolas intenciones de los Castros, les probaron por lo menos su impotencia; así fué que despechados tanto como corridos, se salieron del tribunal y en seguida de Salamanca, donde habían encontrado el premio que suelen encontrar los sentimientos bastardos: la aversión y el desprecio.

Otro fruto produjeron también sus ciegas persecuciones y fué el poner tan de bulto la inocencia de los templarios, que aun sus más encarnizados enemigos hubieron de contentarse con sordos manejos y asechanzas.

Vistos, pues, todos los procesos y pensado el asunto maduramente, el concilio declaró por unanimidad, inocentes á los templarios de todos los cargos que se les imputaban, reservando, sin embargo, la final determinación al Sumo Pontífice.

Con esta sentencia salvaron los templarios el honor de su nombre, única cosa, á que podían aspirar en la deshe-

cha borrasca que corrían; pero harto más importante para ellos que sus bienes y su poder. Privados de uno y otros, su posición quedaba incierta y precaria hasta el concilio general, convocado para Viena del Delfinado, donde debía fallarse definitivamente el proceso de toda la orden, dado que bien pocas esperanzas pudieran guardar, cuando la estrella de su poder, como el Lucifer del profeta, se había caído del cielo.

CAPÍTULO XXXIII.

Mientras esto pasaba en Salamanca, doña Beatriz, pendiente entre la esperanza y el temor, veía correr uno y otro día fijos los ojos en el camino de Ponferrada, creyendo descubrir en cada aldeano un mensajero, portador de la suerte de su amante y de la orden. La elevación natural de su espíritu le hacía mirar siempre el honor como el primero de los bienes, y bien puede decirse que entonces en el de don Alvaro pensaba, y no en su felicidad. Poco podía influir en su ánimo la sentencia más infamatoria que contra él llegase á fulminarse, porque el amor puro y lleno de fe que se había abrigado en aquel corazón, y que todavía le encendía, era incompatible con toda duda ni sospecha; pero la idea de ver á un joven tan noble y pundonoroso sujeto á infamantes penas, á la misma muerte quizá, la estremecía en sueños y despierta.

A pesar de todos los consuelos y seguridades de su padre, la entrada de la benéfica estación y la influencia, que aquellos lugares apacibles y pintorescos ejercían en su espíritu, producían poco á poco alguna mejoría en su salud, y parecían disminuir su ansiedad y sus temores. El lago había recobrado la verdura de sus contornos y la serenidad de sus aguas; los arbolados de la orilla, de nuevo cubiertos de hoja, servían de amparo á infinidad de ruiseñores, palomas torcaces y tórtolas que poblaban el aire de cantares y

arrullos: los turbios torrentes del invierno se habían convertido en limpios y parleros arroyos; los vientos templados ya y benignos traían de los montes los aromas de las jaras y retamas en flor: los lavancos y gallinetas revoloteaban sobre los juncales y espadañales en donde hacían sus nidos, y el cielo mismo hasta entonces encapotado y ceñudo comenzaba á sembrar su azul con aquellos celajes levemente coloreados que por la primavera adornan el horizonte al salir y ponerse el sol. La Aguiana había perdido su resplandeciente tocado de nieve y solo algunas manchas quedaban en los resquicios más oscuros de las rocas, formando una especie de mosaico vistoso. La naturaleza entera, finalmente, se mostraba tan hermosa y galana, como si del sueño de la muerte despertase á una vida perdurable de verdor y lozanía.

A la manera que el agua de los ríos se tiñe de los diversos colores del cielo, así el espectáculo del mundo exterior recibe las tintas que el alma le comunica en su alegría ó dolor. Los acerbos golpes que doña Beatriz había recibido y su retraimiento en el monasterio, habían trocado la natural serenidad de su alma en una melancolía profunda, que estimulada por el mal tendía sobre la creación un velo opaco. Antes eran sus pensamientos un cristal rutilante que esmaltaba y daba vida y matices á todos los objetos al parecer más despreciables, porque el amor derramaba en su imaginación el tesoro de sus esperanzas más risueñas, y ella á su vez las vertía á torrentes sobre las escenas que á sus ojos se ofrecían; pero, deshecho el encanto y deshojadas las flores del alma, todo se había oscurecido. El mundo, mirado desde las playas de la soledad y al través del prisma de las lágrimas, solo tiene resplandores empañados y frondosidad marchita.

Una tarde que estaba entregada á semejantes pensamientos en el mirador de la quinta, paseando por el cristal de las aguas distraídas miradas, llegóse su padre á ella, á tiempo que sus ojos se fijaban en el castillo de Cornatel plantado á manera de atalaya en la cresta de sus derrum-

baderos. No advirtió ella la aproximación de don Alonso, y siguió engolfada en sus meditaciones.

—¿Qué piensas, Beatriz, le preguntó con su acostumbrado cariño, que no has reparado en mí?

—Pensaba, señor, le respondió ella, llevando su mano á los labios, que mi vida no es de diez y ocho años, sino tan larga como la vuestra. Yo tenía un amante y le he perdido, tenía una madre y la he perdido; tuve un esposo y allí le he perdido también, añadió señalando el castillo con el dedo. Dos veces me he visto desterrada del techo paterno: don Alvaro, desposeído de sus esperanzas, se acogió al claustro guerrero de una orden poderosa, y helo ahí por el suelo. ¿Cómo en el breve espacio de un año se han amontonado tantos sucesos sobre la endeble tela de mi vida? ¿Qué es la gloria del hombre que así se la lleva el viento de una noche? Mi ventura se fué con las hojas de los árboles el año pasado ¡ahí están los árboles otra vez llenos de hojas! yo les pregunto ¿qué hicisteis de mi salud y de mi alegría? pero ellos se mecen alegremente al son del viento, y si alguna respuesta percibo en su confuso murmullo es un acento que me dice: «El árbol del corazón no tiene más que unas hojas y cuando llegan á caerse queda desnudo y yerto, como la columna de un sepulcro.

—Hija mía, respondió el anciano, ¿te acuerdas de que el Señor hizo brotar una fuente de las entrañas de una peña para que bebiese su pueblo? ¿Cómo dudas, pues, de su poder y su bondad? ¿Te sientes peor?..... Esta mañana no te he visto pasear por los jardines como otras veces.....

—Sin embargo, contestó ella, ya puedo andar un buen trecho sin el apoyo de Martina, y suelo dormir alguna que otra hora de la noche. Espero en Dios que mi mejoría será mayor cada día, y que pronto sanaré de los males del alma y del cuerpo.

La cuitada se acordó de que su padre la escuchaba, y volvió á su sistema de generoso fingimiento: pero tan lejos estaba de decir lo que sentía, que sin poderlo remediar terminó con un suspiro aquellas consoladoras palabras. El

anciano le dirigió una mirada tan triste como penetrante, y al cabo de un corto rato en que guardó silencio, le dijo con acento sentido:

—Beatriz, hace tiempo que estoy viendo tus esfuerzos; pero tú no sabes que cada uno es un dardo agudísimo que me traspasa el corazón. ¿De qué me sirven esas apariencias vanas?... ¡Tu sí que te empeñas en deshojar la planta de mi arrepentimiento y en quitarme hasta la esperanza de sus frutos! Vuelve en ti, hija mía, y piensa que tú eres la única corona de mi vejez, para deshechar esos pensamientos, que son una reconvención continua para mí.

—¡Oh padre mío! respondió la joven, echándole los brazos al cuello: no se hable más de mis locos desvaríos, que no siempre están en mi mano.—¿No queréis que demos un paseo por el lago?

—Oyeme todavía un poco más, respondió el anciano, y dime todas tus dudas y recelos. ¿Qué te suspende y embebece tan dolorosamente, cuando las cartas que recibimos del abad de Carracedo nos aseguran de la justificación del tribunal de Salamanca? ¿Cómo dudas de que suelten á don Alvaro de sus votos, cuando los más sabios los dan por de ningún valor ni obligación?

—Dudo de mi dicha por ser mía, contestó doña Beatriz, y porque es don Alvaro demasiado poderoso y de altas prendas para no infundir recelo á sus enemigos.

—¿No sabéis también cuánto se afana el infante don Juan porque los templarios sufran aquí la misma suerte que en Francia? Harto justos son mis temores. Este pleito ruidoso me trae sin mí, y aun las escasas horas de sueño que disfruto, me las puebla de imágenes funestas. El otro día soñé que don Alvaro estaba en medio de una plaza, atado á un palo y cercado de leña, y el pueblo que le miraba, en vez de darse á su ordinaria grito, le contemplaba mudo de asombro. Tenía vestido el hábito blanco de su orden, y en su semblante había una expresión que no era de este mundo. De repente la leña se encendió y el inmenso concurso soltó un grito, pero yo le veía por entre las

llamas, y estaba con su ropa cada vez más blanca y su semblante cada vez más hermoso. Por fin empezaron á tiznarse sus vestidos y á alterarse sus facciones con el dolor, y clavando en mí los ojos me dijo con una voz muy alta y dolorosa. ¡Ay Beatriz, estas habían de ser las luminarias de nuestras bodas!—Yo, que había estado como de piedra, me encontré ágil de repente y corrí á él para desatarle, pasando por en medio de las llamas, pero apenas lo hube logrado, cuando los dos caímos en la hoguera. Entonces me desperté temblando como una hoja, bañada en sudor frío y con un aliento tan ahogado, que pensé que iba á morir. Por eso me notáis algo más de tristeza y abatimiento hoy que otras veces, pero la suerte me hallará para todo prevenida.

Don Alonso conoció que todas sus razones servirían de poco en aquella ocasión; así pues, al cabo de un rato de silencio dijo presentando la mano á su hija:

—La tarde está muy hermosa y bien decías antes que era preciso aprovecharla.

La joven se levantó prontamente, y apoyándose en el brazo de su padre bajó con él hasta el embarcadero, donde los aguardaba una ligera falúa con jarcias y banderolas de seda con las armas del Temple. Entraron en ella, y tres mozos del país empuñando los remos comenzaron á bogar reciamente, mientras la airosa embarcación se deslizaba rápida y majestuosa dejando tras sí un largo rastro, en el cual los rayos del sol parecían quebrarse en mil menudas chispas y centelleos.

Martina se había quedado en la quinta, y meneando la cabeza, y con ojos no muy alegres seguía la falúa en que su señora cubierta con una especie de almalafa blanca muy sutil que se mecía al son del viento, y con los cabellos sueltos parecía una nereida del lago. La pobre muchacha que con tanto amor y discreción la había servido y acompañado, no acertaba á verse libre de zozobra y ansiedad, pues como la más cercana á doña Beatriz, mejor que nadie conocía su estado. En realidad antes se había mejo-

rado que decaído su salud, pero bien sabía las mortales congojas que le costaba la incertidumbre en que vivía por la suerte de don Alvaro, y que los vislumbres todos de su esperanza de ella pendían principalmente. Por otra parte, como la tristeza es harto más contagiosa que la alegría, la buena de Martina había perdido no poco de su belleza y donaire, y hasta el brillo de sus ojos azules se había amortiguado algo.

Sucedió, pues, que cuando más embelesada estaba en sus ideas, unos pasos muy pesados que sintió detrás le hicieron volver la cabeza, y se encontró nada menos que con nuestro antiguo conocido Mendo el caballero, que venía muy apurado y con la misma cara que en otro tiempo le vieron poner nuestros lectores, cuando fué á noticiar á su ama en el soto de Arganza la llegada del templario y de su compañero. Martina, que desde aquella ocasión le había mirado con algo de ojeriza y mala voluntad, le recibió con impaciencia y ceño.

—Martina, Martina, le dijo con gran prisa, algo debe haber de nuevo, porque desde la torre he visto asomar gente por lo alto de la cuesta de Río-Ferreiros.

—Vamos allá; respondió ella con despego; siempre será una embajada como la de antaño. ¿Qué tenemos con la gente que venga? ¿No vienen todos los días del mercado aldeanos de Ponferrada?

—¡Qué aldeanos ni qué ocho cuartos, mujer! respondió él con su acostumbrada pachorra, si he visto yo los pendoncillos de las lanzas y el sol que les daba en los cascos, y no se podía sufrir? Dígote que son hombres de armas, y que algo de nuevo traen.

—Pues harto mejor harías en haber ido á esperarlos, y volver corriendo con la noticia, replicó Martina, que no gustando de la compañía, se hubiera deshecho de ella con gran satisfacción.

—De buena gana me hubiera ido, dijo él, pero el vejete de Nuño se empeñó hoy en salir en el *Gitano* que es el caballo que á mí me gusta, y me quedé. Vedlo, allí vá, aña-

dió, señalando el lugar de la orilla por donde el cazador iba con su caballo, ¡y qué aires tan altos y sostenidos! y qué maestría en el portante. ¡Calla! ¿pues qué le ha dado al viejo que así le pone al galope sin necesidad, como si fuera su jaca gallega?....

Quedóse entonces el palafrenero con la boca abierta y siguiendo con los ojos la carrera de su palafrén predilecto, hasta que soltando un grito, exclamó con una impetuosidad, que le era totalmente extraña:

—¡Ahora sí! ahora sí que son ellos; míralos allá, Martina..... Allá bajo las encinas á la entrada del pueblo..... ¿no los ves?

—Sí, sí, ya los veo; respondió la muchacha, que era toda ojos en aquel momento. Pero ¿qué traerán?

—¿Qué sé yo? respondió Mendo. ¡Toma, toma! pues si casi todo el pueblo de Carucedo está allí. Oye, oye, cómo gritan y cómo brincan los rapaces y aun los mozos..... Pues señor, algo alegre tiene que ser por fuerza.

—Pero válgame Dios, y ¿qué podrá ser? volvió á preguntar la muchacha, poseída de curiosidad.

—Ahora llega Nuño y habla con ellos..... Por Santiago que el viejo se ha vuelto loco. ¿No has visto como ha tirado el gorro al alto..... ahora todos hacen señas á la falúa de los amos..... allá va..... cuerpo de Cristo; y qué gallardamente reman!.... pues no tienen poca prisa los que aguardan..... ¿has visto tal grita y tal manotear?

La embarcación iba acercándose en efecto rápidamente á las señas y voces de aquel animadísimo grupo de gentes de todas edades y sexos, sobre las cuales se veían descollar algunos hombres de armas á caballo; sin embargo, la velocidad de la falúa no correspondía á la impaciencia de Nuño, que picando de ambos lados su generoso corcel se metió á galope por el lago adelante, levantando una gran columna de agua con la que debía de mojarse hasta los huesos, y excitando la furia de Mendo que, echando un voto, y amenazando con el puño cerrado dijo con una gran voz:

—¡Ah bárbaro silvestre y bellacón! ¿así tratas tú la alhaja mejor de la caballeriza? ¡Por quien soy que no tienes tú la culpa, sino quien pone burros á guardar portillos! Para mi alma que si otra vez te vuelves á ver encima de él que me vuelva yo moro!

—Mal año para ti y para todos tus rocines, exclamó enojada Martina: calla á ver si podemos oír algo, y déjame ver de todas maneras lo que pasa.

El generoso corcel obediente y voluntario como suelen ser todos los de buena raza, llegó nadando gallardamente con su ginete hasta el borde de la falúa, y allí Nuño gesticulando con vehemencia dió su mensaje que tanta prisa le corría. Doña Beatriz que se había puesto en pie para escucharle, y cuya forma esbelta y agraciada con su vestido blanco se dibujaba como la de un cisne sobre la superficie azulada del lago, levantó los brazos al cielo y en seguida se hincó de rodillas con las manos juntas, como si diese gracias al Todopoderoso. Su padre, fuera de sí de alborozo, corrió á abrazarla estrechamente; en seguida metiendo la mano en una especie de bolsa que traía pendiente de la cinta, sacó una cosa que entregó á Nuño, y éste volviendo á la orilla con gran prisa, comenzó á distribuir entre los aldeanos el bolsillo de su señor, que como presumirán nuestros lectores, era lo que acababa de recibir. Con esto crecieron las aclamaciones y vítores, mientras la falúa ligeramente se dirigía á las encinas, donde el señor de Arganza, saltando en tierra y abrazando á uno de los recién venidos, le hizo embarcar con él y su hija que también se adelantó á darle la mano. Los demás, precedidos de Nuño, se dirigieron á galope á la quinta, seguidos durante un rato de toda la chiquillería de Carucedo que gritaba á más y mejor.

Martina, que con los ojos arrasados en lágrimas había visto aquella escena, cuyo sentido no tardó mucho en comprender exclamó entonces:

—Gracias mil sean dadas á Dios, porque los templarios han sido absueltos, y ya nada tenemos que temer por el

generoso don Alvaro.—Pero, ¿qué haces ahí, posma? le gritó á Mendo que se había quedado como lelo; ¿no ves que ya están llegando? Anda á habilitar las caballerizas.

No le pesaba al rollizo palafrenero de la absolución de don Alvaro, porque desvanecidos como el humo sus proyectos de servir á un conde con la muerte del de Lemus, creía que ninguno podía haber más honrado para reemplazarle que el señor de Bembibre, pero no estaba en esto la dificultad, sino en que como amo y criado venían á ser á sus ojos una misma persona, y él no había cedido en sus amorosos propósitos respecto á Martina, veía dar en el suelo toda la fábrica de sus pensamientos con semejante desenlace. Así fué que, aguijoneado tan vivamente por la muchacha, bajó la escalera diciendo entre dientes:

—Pues señor, con que el zascandil de Millán vuelva, y con que el Gitano coja un muermo con la mojadura que no se le quite en medio año de encima, medrados hemos quedado.

Martina por su parte bajó también aceleradamente al embarcadero, donde á poco saltó en tierra su señora en compañía de su padre y de aquel portador de buenas nuevas, que no era otro sino nuestro buen amigo Cosme Andrade.

CAPÍTULO XXXIV.

El honrado montañés que vió tan bien terminada la causa de los templarios, á despecho del encono que los Castros abiertamente, y el infante don Juan y otros señores con sordos manejos habían manifestado contra aquella esclarecida orden, determinó de volverse á su Cabrera, de donde faltaba hacía ya más tiempo del que hubiera deseado. Como la situación de los caballeros después de la ocupación de sus bienes era tan precaria, volvió á las instancias y ofertas, que ya en Ponferrada había hecho al comen-

dador, pero con más ardor que nunca, ponderándole con sencilla efusión el gran contento que recibiría su mujer con su vista, el favor que le haría en enseñar á sus hijos los ejercicios de los guerreros, lo mucho que se divertiría con sus cazas, y sobre todo la paz y veneración que le rodearían por todas partes. El anciano se mantuvo inflexible, como quien ha formado una resolución que todo el poder del mundo no bastaría á destruir, y así el buen hidalgo hubo de hacer sus preparativos de viaje, sin que se le lograra aquel vivo deseo.

Cuando llegó el día de la separación, los caballeros todos salieron á despedir á Cosme á las afueras de Salamanca para darle un público testimonio de lo agradecidos que quedaban á su noble comportamiento. Paga escasa en verdad, sino la realzara y diera tan subido precio la sincera voluntad que la dictaba, porque nadie se había arrojado á la defensa del Temple con tanto valor como aquel sencillo montañés, ni hubo testimonio que tanto peso tuviese como el suyo en el ánimo de aquellos santos varones.

La nobleza de su alma se descubrió bien á las claras, cuando casi solo se arrestó á sostener el choque de la opinión embravecida en aquel siglo supersticioso, y sin vacilación se puso á luchar cuerpo á cuerpo con el poderoso linaje de los Castros.

Cualquiera que fuese la prevención y odio con que miraban á aquella caballería, como los rasgos generosos tienen un no sé qué de eléctrico, poco tardó en ganar la mayor parte de los corazones: así fué que salió de Salamanca colmado de elogios y favores de todas clases.

Llegó por fin el instante de la partida, y entonces el maestro, después de haberle dado las gracias en unos términos, que el buen montañés no parecía sino que estaba á la vergüenza, según el vivo color que á cada momento le encendía las mejillas, le regaló un caballo de casta árabe y de hermosísima estampa, ricamente enjaezado. Bien hubiera querido él excusar el regalo, pero no fué posible, atendida la fina y delicada muestra de gratitud de aquellos gue-

rros. Antes de montar á caballo, sin embargo, todavía llamó aparte á Saldaña, y con las lágrimas en los ojos le volvió á rogar que se fuese con él á Cabrera, cosa que aquel rehusó, pero no sin cierto enternecimiento que no estaba en su mano sofocar. Por fin, después de muchos abrazos y aun lágrimas, subió el montañés en su nueva cabalgadura y se alejó de la noble Salamanca, acompañado de unas cuantas lanzas del abad de Carracedo, que volvían al Bierzo.

Como quiera, las alegres nuevas, de que era portador, casi disiparon del todo el disgusto de la separación, porque las cartas que llevaba para el señor de Arganza del venerable religioso, y los sucesos que como testigo presencial podía contar, era cosa averiguada que derramarían la alegría en las pintorescas orillas del lago de Carucedo.

Y no se engañaba, según acabamos de ver, porque como aquellos pacíficos aldeanos solo bienes y limosnas debían á los templarios, recibieron como la mejor fiesta del mundo la noticia de su absolución. Así fué que cuando puso el pie en tierra, después de haberle acogido con los brazos abiertos el señor de Arganza y de haber visto entre las suyas la mano delicada de aquella dama, á quien sus pesares y dolencias no habían podido despojar de su singular atractivo y hermosura, no sabía el buen cazador lo que le pasaba, ni cabía en sí de puro ancho.

Como ya declinaba el sol cuando tenían lugar el encuentro y sucesos que de referir acabamos, don Alonso no rompió la nema de los pliegos hasta llegar á la quinta.

El virtuoso abad le daba cuenta en ellos de varios pormenores del juicio y de la sentencia, le recomendaba eficazmente á Andrade y concluía diciéndole que, atendido el espíritu de los padres del concilio, estaba casi cierto de que darían por libre á don Alvaro de todos sus votos. La carta concluía con algunas reflexiones llenas de unción y de consuelo, vivo traslado de la caridad que se abrigaba en aquella alma, á pesar de la notable adustez de su carácter.

Encargar festejos y toda clase de finezas para el portador de semejantes nuevas, era trabajo de todo punto excu-

sado; además que don Alonso estimaba cordialmente á aquel hombre, dechado de honradez y de virtudes antiguas.

Así fué, que en los días que permaneció en la quinta no cesaron las funciones de caza y pesca, los banquetes y las danzas. Sin embargo de todo, el montañés que nunca había hecho ausencia tan larga de su casa, anhelaba extraordinariamente volver á ver la cara de su mujer y los enredos de sus hijos; por lo cual, al cabo de una semana se despidió de su noble huésped y de su interesante hija, para volverse á sus nativas montañas. Doña Beatriz le regaló unas preciosas ajorcas de oro y pedrería para su esposa, y don Alonso le hizo presente de un hermoso tren de caza, con una corneta primorosamente embutida en plata. Además para mayor honra le acompañó un buen trecho de camino, al cabo del cual se separaron haciéndose las más cordiales protestas de amistad y buena correspondencia.

En su alma era donde encontraba Andrade el mejor galardón de sus acciones, pero no dejaba de ser uno y bien halagüeño la afición que con ellas había logrado despertar en todas las almas bien nacidas.

Mezclábase también á estos sentimientos un poco de vanidad por haber venido á ser el héroe de aquellos sucesos, por manera que el respeto antiguo, con que entre los suyos era mirado, subió de punto y aun llegó á pasmo y admiración.

Después de esta peripecia pasó doña Beatriz del estrecho de la ansiedad y del dolor, al de la esperanza y alegría. No solo veía á su amante honrado y absuelto, sino libre de sus votos, volviendo á sus pies más rendido y enamorado que nunca, y abriendo como la aurora las puertas de la luz al día resplandeciente y eterno de su amor. Desde entonces parecía que un nuevo germen de vida discurría por aquel cuerpo debilitado y lánguido, y que sus ojos recobraban poco á poco la serenidad de su mirada. Sus mejillas comenzaron á colorearse suavemente, y en todos sus discursos se notaba que la confianza había vuelto á introducirse en su alma. Locos extremos sin duda, en que más par-

te tenía el deseo de su corazón, que la realidad de las cosas, puesto que la suerte de don Alvaro estaba todavía pendiente del fallo de un tribunal, y que ni la razón ni la religión aconsejan que se ponga tanta fe en la inestabilidad de los negocios humanos.

Los que contaban con la condena y castigo de los templarios, que eran la corte de Castilla y la mayor parte de sus ricos hombres, aunque estaban apoderados de sus bienes y aun de sus personas, volvieron á sus recelos y temores, no bien los vieron absueltos y dados por libres de los cargos que se les imputaban. Por lo mismo renovaron su diligencia y esfuerzos, para que los tristes pedazos de aquel ilustre cuerpo, como los de la serpiente fabulosa, no pudieran volver á juntarse y soldarse para tornar á la vida. Desconcertada su acción y secuestrados sus bienes, el medio más eficaz de reducirlos al último abatimiento, era privarles de aquellas alianzas, escasas en número á la verdad, pero por lo mismo sinceras, á cuya sombra pudieran intentar su restauración; y cuando á tanto no alcanzaran, debilitar por lo menos todo lo posible á los señores que les quedaban amigos para hacerlos menos temibles.

En tan fatal coyuntura se ofrecía á la resolución del tribunal el asunto de don Alvaro. Aunque todos sabían que la amargura del desengaño era la que le había llevado á la soledad del claustro, no por eso dejaban de conocer, que habiendo pronunciado sus votos voluntariamente, cualesquiera que fuesen las cualidades de que en su origen adolecían, nunca faltaría á la fe jurada á sus hermanos. Claro estaba por consiguiente, que si quedaba suelto de las ligaduras religiosas, y volvía á ser señor de sus bienes en un país donde el Temple había echado tan hondas raíces, podían amagar grandes peligros, y mucho más, si al cabo llegaba á entroncarse con la poderosa casa de Arganza.

Como don Alvaro, por otra parte, no había querido apartar su causa de la de su orden, ni aun á trueque de la felicidad con que le brindaba, más que el abad de Carracedo y sus amigos, su propio corazón; de imaginar era, que

no bien se le deparase la ocasión, trataría de volver por el honor de los suyos y de reparar la injusticia cometida con ellos.

Muy común es aborrecer á quien sin causa se agravia, porque su presencia es un vivo y continuo reproche y sano despertador de la conciencia, y por esta razón, sin duda, miraba el infante don Juan á don Alvaro con sangriento rencor. ¡Cuánto pues no debieron crecer sus inquietudes, cuando vió la posibilidad de que de nuevo se anudase aquel lazo que ya antes había roto con el enlace del conde de Lemus, y que entonces parecía traído por una mano invisible! Desde el día mismo de la sentencia volvió á sus cábalas y maquinaciones, procurando torcer el ánimo de los obispos para que declarasen templario á don Alvaro, y como tal, sin absolverle de ninguno de sus votos, le sujetasen á la final determinación del sumo pontífice. Con esto se lograba que continuando sus bienes en secuestro, perdiese aquella insigne milicia la esperanza de mejorar su causa al abrigo de un señor poderoso y valiente, mientras el tiempo y el decaecimiento á que había venido acababan de todo punto con su lustre y prestigio. Solo de esta suerte podía descansar su codicia del fruto, que pensaba sacar de aquel rico botín.

Con grandes obstáculos tenía que luchar, sin embargo, y no era el menor de todos ciertamente ser él quien tan solícito se mostraba en semejante fallo, porque su reputación no podía andar más despreciada y abatida, aunque se abrigase de la majestad y pompa del rey su sobrino. Por otra parte las candorosas declaraciones de don Alvaro, que viendo ya en salvo el honor y aun la vida de sus hermanos, había acallado por fin los generosos escrúpulos de su honor; las cartas del infante á don Juan Núñez en que se revelaba la negra trama de Tordehumos, los esfuerzos de este buen caballero sinceramente arrepentido y deseoso de enmendar su anterior conducta, y el noble desprendimiento de Saldaña que, á trueque de favorecer al señor de Bembibre, no vaciló en acusarse de haber ejercido coacción en el

maestre para su admisión en la orden, eran contrapeso más que suficiente á las intrigas y maquinaciones de aquel mal caballero. No era la cuestión de gobierno y buena política la sometida á la sensatez de los prelados de Castilla y Portugal, sino de justicia estricta y rigurosa, y así desde luego manifestaron su resolución de favorecer á don Alvaro. En tan robusto fundamento descansaban las esperanzas del abad de Carracedo y las seguridades, temerarias sin duda, de doña Beatriz.

Desgraciadamente no estaba del mismo modo de pensar el inquisidor delegado del Papa, y sin su ayuda mal podía ponerse el sello á la ventura de aquellos desdichados amantes. Arrastrado por el rey de Francia, según ya dijimos, entró Clemente en la persecución de los templarios: la política más que el encono le mantuvo en aquella senda indigna de la majestad pontificia, y atendiendo á ella más que á otra cosa, sus legados salieron bien penetrados de sus instrucciones y decididos á llevar á cabo sus intentos. Viendo, pues, Aymerico que los Padres de Salamanca, puesta la mira únicamente en la justicia, se inclinaban á pronunciar la nulidad de los votos de don Alvaro, y ocupado de los mismos temores que el infante don Juan, comenzó á suscitar estorbos á la decisión del concilio. No le valieron, sin embargo, sus astucias; así es que, pasado poco tiempo, hubo de recaer fallo sobre este incidente del gran proceso del Temple.

La sentencia declaró á don Alvaro libre de los votos de obediencia y pobreza, únicos que le ligaban á la orden, y le restituyó todos sus bienes y derechos, pero no pudo coronar la obra de virtud de aquellos piadosos prelados. El voto de castidad y pureza, atadura la más fuerte de todas, quedaba sujeto á la jurisdicción especial del legado pontificio; pues cualquiera que fuese la nulidad de los otros, al cabo todos se referían á un orden de cosas ya finado ó suspenso por lo menos, al paso que este como de obligación absoluta y puramente individual, no estaba sujeto á tiempo, ni circunstancias, habiendo sido pronunciado voluntariamente.

Semejante explicación, como otras muchas que se fundan en una mezquina y farisaica explicación de las leyes, tenía mucho más de escolástica y teológica que de caritativa y benéfica, porque el ningún valor esencial de la profesión de don Alvaró mal podía fortalecer ninguna de las obligaciones con ella contraídas, y por otra parte, ningún empleo más noble podía buscarse al poder de la religión que remediar los daños de la iniquidad y de la perfidia. Por dado que fuese el siglo aquel á sutilezas de escuela, de tanto bulto eran estas razones, y tan acomodada por otra parte la solicitud al espíritu del Evangelio, que los obispos todos con el mayor encarecimiento rogaron al inquisidor que, en uso de sus facultades extraordinarias, rompiese la última valla que se oponía á la felicidad de dos personas tan dignas de estimación y de respeto por sus desventuras y por su elevado carácter, agradeciendo así las hazañas de don Alvaro en Andalucía y Tordehumos, y librando á un tiempo de su final ruina á dos linajes esclarecidos y antiguos.

Cabalmente estas razones eran las que más desviaban al inquisidor de otorgar la demanda, pues no habiendo sido poderosa su influencia á estorbar la declaración que restituía á don Alvaro á la clase de señor independiente, el único medio que tenía de disminuir su poderío, era impedir aquel enlace deseado. Tan cierto es que la mano de la política y la razón de estado, sin escrúpulo, trastornan las esperanzas más legítimas, y se burlan de todos los sufrimientos del alma.

Perseverante, pues, en su propósito, desoyó Aymerico no solo las reclamaciones del abad y de los prelados, sino los ruegos de una gran porción de señores, que guiados por don Juan Núñez de Lara, y llenos de afición á don Alvaro, emplearon todos sus esfuerzos en allanarle el camino de su felicidad. Recayó pues brevemente la sentencia, dando por válido y obligatorio el voto de que se trataba, hasta que el Sumo Pontífice en el concilio general que debía celebrarse en Viena del Delfinado, determinase lo más justo.

El inquisidor por su parte, para dulcificar algún tanto la amargura de este fallo, ofreció interponer sus buenos oficios con la corte romana para la resolución definitiva de este asunto, que en conciencia no había podido zanjar favorablemente, según decía. Ninguno se dejó engañar, sin embargo, porque acudiendo al concilio de Viena casi todos los obispos de la cristiandad, y habiendo de verse en él las piezas innumerables del inmenso proceso del Temple, no había imaginación que le viese el término, ni esperanza que hasta su fin pudiese llegar.

Muy general fué la pesadumbre que ocasionó semejante desenlace, pero la del abad, del maestro, de Saldaña y don Juan Núñez de Lara, fué grandísima y sobremanera amarga, aunque dictada por distintos motivos. Mucho le pesaba al buen religioso de ver así malogrados sus afanes, y á los ancianos caballeros de asistir á los funerales de la última esperanza de don Alvaro, pero en Lara se mezclaba al dolor el más vivo remordimiento, y de todos ellos era quizá el más digno de compasión.

Por lo que hace al desventurado joven no se le oyó más que una queja; la de ver definitivamente separada su suerte de la de los templarios, cuando acababan de romper el último talismán que podía hacerle agradable el poder y los honores. Desde entonces hasta el día en que hubo de dar la vuelta al Bierzo en compañía del abad, no volvió á pronunciar una sola palabra sobre su suerte, pero en aquella ocasión, y sobre todo, al despedirse de Saldaña, soltó la compresa á su dolor, y maldijo mil veces del sino que había traído al mundo. El anciano le consoló como pudo, exhortándole á la fortaleza, y poniéndole delante la inmensidad del porvenir con que le brindaba su juventud. Tanto él, como el maestro y casi todos los caballeros quedaban en calidad de reclusos esparcidos en monasterios y conventos apartados, hasta la resolución del Papa; así pues, don Alvaro, después de haber recibido la bendición de su tío y los abrazos de Saldaña y de sus compañeros, salió de Salamanca con el abad de Carracedo, desamparado y triste co-

mo nunca. Después de tantos desengaños y severas lecciones, al cabo de tantos vaivenes dentro de su propio corazón y en los revueltos caminos del mundo, la luz de la esperanza solo podía iluminar dudosa y turbiamente las tinieblas de su alma. No se le ocultaba el estado de doña Beatriz y el terrible golpe que con el último suceso iba á recibir, y contra aquel presentimiento, contra aquella voz interna se estrellaban todos los consuelos y reflexiones del abad; bien es verdad que los mismos temores y zozobras asaltaban el alma del anciano, y privaban á su voz de aquel acento de seguridad tan necesario para comunicar el valor y la confianza. El viaje, por consiguiente, fué muy desabrido y silencioso.

Había pensado el monje presentarse desde luego en la quinta de Carucedo y preparar por sí mismo á doña Beatriz para la dura prueba á que volvía á sujetarla ia suerte, pero, mejor mirado todo, juzgó más prudente detenerse á descansar en Bembibre, y desde allí escribir á don Alonso todo lo ocurrido.

Habíase adelantado Millán á la impensada nueva del regreso de su amo, y todo Bembibre salió á su encuentro, pues ni un solo día habían dejado de rezar por su feliz y pronta vuelta, ni echar de menos su autoridad paternal. Don Alvaro procuró corresponder como siempre á aquellas sencillas muestras de aprecio, pero nadie dejó de observar con disgusto, cuán mudado estaba con los pesares el semblante de su señor. La guarnición que en nombre del rey ocupaba el castillo, le dejó al punto en manos de su legítimo dueño, y un buen número de los soldados, que habían acompañado á don Alvaro á la expedición de Tordehumos, se apresuraron á guarnecerle. En una palabra, el día entero, y aun alguno de los posteriores, se pasaron en danzas y regocijos de todas clases, pues todo había vuelto en Bembibre á su antigua alegría.—¡Todo, menos el corazón de su señor!

CAPÍTULO XXXV.

Las esperanzas de doña Beatriz venían á ser con tan raros sucesos como las flores del almendro que, apresurándose á romper su capullo á las brisas de la primavera, y abriendo su seno á los rayos del sol, desaparecen en una sola noche al soplo mortífero de la helada. Su alma cansada de sufrir, y su salud postrada á los embates del dolor, no bien sintieron flojas las rigurosas ataduras, cuando se abalanzaron ardientemente á la fuente del bien y la alegría, para templar su hidrópica sed, bien ajenas de encontrar el acíbar de nuevas tribulaciones, donde tan regalada frescura y suavidad se imaginaban.

No era muy del agrado del cuerdo don Alonso aquella imprudente seguridad en que se adormecía su hija, pero gracias á ella, sus fuerzas se restauraban tan visiblemente y hasta su memoria parecía purificarse de los pasados trágicos recuerdos de tal modo, que no tenía valor para destruir aquel hermoso sueño que le libraba de su más terrible recelo.

El anciano médico de Carracedo se manifestaba sumamente satisfecho del sesgo que la enfermedad iba tomando, y como las noticias que de Salamanca llegaban, solo traían anuncios de un porvenir próspero, nada había que detuviese la naturaleza en su benéfico movimiento.

Había entrado de lleno la primavera, y su influjo contribuía también poderosamente al alivio de la enferma, pintando en su imaginación las risueñas escenas de aquellos contornos, y regalando su pecho con su aromoso ambiente. Aquel cuadro ganaba cada día en belleza y amenidad, y en él encontraba el alma tierna y apasionada de doña Beatriz, un manantial inagotable de dulcísimas sensaciones.

Una mañana que, unas veces á pie y otras embarcada, había recorrido con su padre y su doncella gran parte de las orillas del lago, se recostó por último al pie de un castaño para descansar un poco de su fatiga. Arrullaba tristemente una tórtola en las ramas de aquel árbol; un leñador, descargando recios golpes con su hacha en el tronco de un acebuche no muy distante, acompañaba su trabajo con una tonada muy dulce, y en el medio del lago, menudamente rizado por un vientecillo ligero, se balanceaba una barquilla con un solo aldeano. El cielo estaba puro; el sol recién salido alumbraba con una luz purísima el paisaje, y únicamente, en un recodo algo más sombrío de aquella líquida llanura, una neblina azul y delgada parecía esconderse de sus rayos.

Los tres guardaban silencio, como si temiesen interrumpir con sus palabras la calma de aquel hermoso espectáculo, cuando un resplandor que venía del lado de Carracedo dió en los ojos de don Alonso, y fijándolos con más cuidado en aquel paraje, vió un hombre de armas que al trote largo se encaminaba hacia ellos, y cuyo almete y coraza heridos por el sol despedían vivos fulgores. Hacía días que no recibía noticias de Salamanca el noble señor, y al punto juzgó que aquel hombre vendría enviado del abad.

El forastero, que vió la falúa atracada á corta distancia y el traje y apostura del grupo que estaba al pie del castaño, se encaminó hacia ellos en derechura, y apeándose ligeramente, presentó á don Alonso un pliego con las armas de Carracedo. Abriólo rápidamente y á los pocos renglones que hubo leído, se le robó el color de la cara, comenzaron á temblarle las rodillas, y como si fuese á perder el conocimiento, se apoyó contra el tronco del árbol y dejó caer el papel de las manos. Doña Beatriz entonces, veloz como el pensamiento se arrojó al suelo y recogiendo la carta se puso á leerla con ojos desencajados, pero su padre, que al ver su acción pareció recobrase enteramente, se arrojó á ella para arrancársela de las manos, diciéndole á gritos:

—¡No lo leas! ¡no lo leas, porque te matará!

Pero ella desviándose á un lado, sin separar sus ojos del fatal pliego, y cebada en sus renglones, llegó á un punto en que lanzando un tremendo gemido, cayó sin sentido en brazos de su fiel doncella. El mensajero acudió al punto á su socorro, y los remeros hicieron lo mismo saltando en tierra, pero ya don Alonso y Martina la habían reclinado de nuevo al pie del árbol sentándose ésta en el suelo y teniendo en su regazo la cabeza de su señora. Entonces comenzaron á rociarle el rostro con agua que traían del lago en un búcaro, y á administrarle cuantos remedios consentía lo impensado del lance; pero inútilmente porque no volvía en sí, ni cesaba una especie de respiración sonora y anhelosa que parecía hervir en lo más profundo de su pecho. De cuándo en cuándo exhalaba un ¡ay! profundísimo y llevaba las manos al lado del corazón, como si quisiese apartar un peso que la abrumaba, mientras un copioso sudor corría de su frente y humedecía todo su cuerpo.

En semejante estado se pasó un largo rato, hasta que viendo don Alonso que el accidente ofrecía serio cuidado, determinó ponerla en la falúa y volver á la quinta inmediatamente. Transportáronla, pues, entre todos con el mayor cuidado, y bogando aceleradamente, poco tardaron en desembarcar en el muelle, desde donde con las mismas precauciones la llevaron á su cama. Afortunadamente estaba allí á la sazón el anciano físico de Carracedo que acudió al punto, y observando con gran cuidado su respiración y pulso, le abrió sin perder tiempo una vena. Con el remedio comenzó á mitigarse su tremenda fatiga, y á poco abrió los ojos, aunque sin fijarlos en objeto alguno determinado y rodeando su cámara con una mirada incierta y vagarosa. Por último recobró totalmente sus sentidos, pero presa todavía de su tremendo ataque, las primeras palabras que pronunció fueron:

—¡Aire! ¡aire! ¡yo me ahogo!

El religioso acudió aceleradamente á las ventanas y las abrió de par en par.

—¡Ah! ¡todavía! ¡todavía! tengo aquí un peso como el de

una montaña! exclamó pugnando por incorporarse y señalando el lado izquierdo del pecho.

Entonces Martina, el monje y su padre la incorporaron en el lecho, amontonando detrás una porción de almohadas. En esta postura recobró poco á poco algún sosiego, y el aire templado y apacible que entraba por las ventanas empezó á serenar su respiración. Entonces fué cuando el recuerdo de la escena que acababa de pasar se despertó en su memoria, y clavando en su padre sus ojos alterados y brillantes con el fuego de la calentura, le dijo:

—¿Qué se hicieron la carta y el mensajero?..... ¡Dadme el papel que todavía no le he acabado de leer!..... ¿Dónde le guardáis que no le veo?

—¡Hija mía! ¡hija mía! le respondió el anciano, no me destozes el corazón. ¿Qué vas á buscar en ese malvado escrito?

—¡La carta! ¡la carta! repuso ella con ciega y obstinada porfía, y sin hacer caso de las razones de su padre.

—Dádsela y no la contradigáis, añadió el físico en voz baja, porque ya no le podrá hacer más daño del que le ha hecho.

Entregósele entonces don Alonso, y ella con extraordinaria avidez se puso á devorarla. Esta carta, como presumirán nuestros lectores, no contenía sino lo que ya saben, pero por una fatal circunstancia distaba de la imaginación de doña Beatriz como el cielo de la tierra. Acabó por fin de leerla, y dejando caer entrambas manos sobre el lecho, como postrada de debilidad, dirigió una larga y melancólica mirada al paisaje que por las abiertas ventanas se descubría. Un breve espacio estuvo sumida en esta triste distracción, hasta que al cabo lanzando un profundo suspiro exclamó:

—Y sin embargo, mi ensueño era bien puro y bien hermoso: puro y hermoso como ese lago en que se mira el cielo como en un espejo, y como esos bosques y laderas llenas de frescura y de murmullos. No seré yo quien sobreviva á las pompas de este año. ¡Necia de mí que pensaba que la

naturaleza se vestía de gala como mi alma de juventud para recibir á mi esposo, cuando solo se ataviaba para mi eterna despedida!

—¡Y necio de mí mil veces! repuso don Alonso, que te dejé adormecer en esa vana esperanza que podía desvanecerse con un soplo!

—¿Qué queríais, padre mío? repuso ella con dulzura: mis ojos se habían cansado de llorar en la noche de mis pesares, y cuando el cielo me mostró un vislumbre de felicidad, creí que duraría, porque le había comprado á precio de infinitas amarguras. Poco siento la muerte por mí, pero ¿quién os consolará á vos, quién le consolará á él, á él que me ha amado tanto?

—Doña Beatriz, dijo gravemente el religioso, no hace mucho tiempo que la misericordia divina os sacó de las tinieblas mismas de la muerte, y no sé cómo en vuestra piedad lo echáis en olvido tan pronto, y así desconfiáis de su poder. Por otra parte, yo he leído también lo que dice mi reverendo prelado, y no veo motivo para ese desaliento, cuando el inquisidor Aymerico ha prometido su ayuda para con el soberano pontífice á fin de que la consulta se decida favorablemente. Así debéis esperarle.

—¡Ah, padre! contestó ella, ¿cómo pensáis que en el laberinto de este inmenso negocio tropiecen en la hoja de papel, de que penden mi sosiego y felicidad? ¿Qué les importa á los potentados de la tierra la suerte de una joven infeliz que se muere de amor y de pesar? ¿Quién pone los ojos en el nido del ruiseñor, cuando el huracán tala y descuaja los árboles del bosque?

Don Alonso que se había sentado á los pies de la cama con la cabeza entre las manos, sumido en una profunda aflicción, se levantó al oír estas palabras como herido de una idea súbita, y poniéndose delante de su hija con ademán resuelto, respondió:

—Yo, yo que te he perdido, yo te traeré la libertad de don Alvaro y la ventura de los dos! yo pasaré á Francia, yo iré al cabo del mundo, aunque sea á pie y descalzo, y con el

bordón del peregrino en la mano, y me arrojaré á los pies de Clemente V. Yo le hablaré de la sangre que ha vertido mi casa por la fe de Cristo, y le pediré la vida de mi hija única. Mañana mismo partiré para Viena.

—¡Vos, señor! contestó ella como asustada, ¿y pensáis que yo consentiré en veros expuesto á las penalidades de un viaje tan largo y en mirar vuestras canas deslucidas con inútiles ruegos solo por esta pasión insensata, que ni la oración, ni las lágrimas, ni la enfermedad han podido arrancar de mi pecho? Y luego, padre mío, considerad que ya es tarde y que á vuestra vuelta solo encontraréis el césped que florezca sobre el cuerpo de vuestra hija. ¡No os apartéis de mí en ese instante!

—¡Beatriz, Beatriz! contestó el anciano con un acento terrible; no me desesperes, ni me quites las fuerzas que necesito para tu bien y el mío. Mañana partiré, porque el corazón me dice que el cariño y el arrepentimiento de tu padre han de poder más que la fatal estrella de mi casa.

Doña Beatriz quiso responder, pero Martina juntando las manos, le dijo con el mayor encarecimiento:

—Por Dios santo, noble señora, que le dejéis hacer cuanto dice, porque me parece que es una voz del cielo la que habla por su boca, y además con eso le quitaréis de encima del corazón, un peso que le agovia.

—Doña Beatriz, le dijo gravemente el religioso, en nombre de vuestro padre, de vuestro linaje y de cuanto podéis amar en el mundo, os encargo que recojáis todo vuestro antiguo valor y que os soseguéis, pues semejante agitación puede dañaros infinito.

—Y al acabar estas palabras, se salió del aposento, llevándose consigo al señor de Arganza. Separóse de él un instante para disponer una bebida con que pensaba templar la calentura de la enferma aquella noche, y en seguida volvió al lado del acongojado viejo.

—¿Cuál es vuestro pensamiento? le preguntó.

—El de emprender la marcha al instante, le respondió don Alonso, pero quisiera que vuestro prelado viniese á

hacer el oficio de padre con mi desdichada hija, que va á quedar por algún tiempo en la mayor orfandad y desamparo. ¿Creéis que su vista no empeore su estado, trayéndole á la memoria imágenes dolorosas?

—Todo lo contrario, respondió el monje, antes es preciso amortiguar el rudo golpe que ha recibido hoy, borrándolo en lo posible de su imaginación. Así que, no solo debe venir el abad, sino don Alvaro también, y muy en breve, porque tal vez su presencia valga harto más que todos mis remedios.

—Sí, sí, sin perder tiempo, respondió don Alonso llamando con una especie de silbato de plata.

Al punto se presentó el cazador Nuño.

—¿Se ha ido ya el mensajero de Bembibre? le preguntó su amo?

—No, señor, respondió el viejo con aire de taco, sin duda aguardará por las albricias de las buenas nuevas que ha traído.

—No importa, respondió don Alonso, tráele inmediatamente á mi presencia.

El criado salió murmurando entre dientes, y su señor, sentándose aceleradamente á un bufete, escribió una carta muy encarecida al abad, encargándole la pronta venida en compañía de don Alvaro. Justamente acababa de cerrarla, cuando se presentó el mensajero.

—Malas nuevas has traído, amigo, le dijo el señor de Arganza.

—¡Ah señor! respondió el hombre con el acento de la sinceridad, harto me pesa, y si yo hubiera sabido cuáles eran, otro hubiera tenido que ser el portador.

—No importa, repuso don Alonso, ahí tienes esas monedas por tu viaje, pero dí ¿vienes bien montado?

—Una yegüa traigo más ligera que el pensamiento, respondió el correo muy alegre de verse tan generosamente recompensado.

—Pues es preciso que pongas á prueba su ligereza para llegar á Bembibre al punto, y entregar esta carta al abad

de Carracedo, que si la yegüa revienta, yo te dejaré escoger entre las mías la que quieras.

Sin aguardar á más salió el soldado, y desatando su cabalgadura y montando en ella de un salto, salió como un torbellino por el camino de Ponferrada, en donde se perdió muy en breve de vista.

A medida que fué entrando el día, fué creciendo la calentura de doña Beatriz, y turbándose su conocimiento. Quejábase de dolor y opresión en el lado izquierdo, y de una sed devoradora: de cuándo en cuándo se quedaba dormida, y entonces un sudor extraordinario venía por fin á despertarla. En estas alternativas pasó la tarde, hasta que entrando la noche, su respiración comenzó á ser más fatigosa y á tener ciertos intervalos de delirio, bebiendo con ansia indecible grandes porciones del cordial que la habían dispuesto.

Ni su padre, ni el anciano religioso se apartaron sino muy contados instantes del aposento de la enferma, silenciosos ambos, aunque igualmente atentos, y haciendo, sin duda, las más tristes reflexiones sobre aquella vida marchitada en flor por el gusano roedor de la desdicha. A cada frase de las varias incoherentes que se escapaban de sus labios, don Alonso se acercaba como si oyese pronunciar su nombre, pero ó callaba en seguida, ó después de echarle una mirada errante y distraída se volvía del lado opuesto, unas veces lanzando un suspiro, y otras sonriéndose de una manera particular. El desventurado padre se apartaba entonces meneando tristemente la cabeza, y sentándose á un extremo de la estancia volvía á sus penosas reflexiones.

Como el insomnio y la aflicción acaloraban á un tiempo su cabeza, salió en una ocasión un momento al mirador de la quinta á respirar el aire exterior. Estaba muy entrada la noche, y la luna en la mitad del cielo parecía al mismo tiempo adormecida en el fondo del lago. Con su luz vaga y descolorida, los contornos de los montes y peñascos se aparecían extrañamente suavizados, y como vestidos de

un ligero vapor. No se movía ni un soplo de aire; los acen-
tos de un risueño, que cantaba á lo lejos, se perdían entre
los ecos con una música de extremada armonía.

El señor de Arganza no pudo menos de sentir el pro-
fundo contraste, que con los tormentos de su hija única
formaba la calma de la naturaleza. Acordóse entonces de
la predicción del abad de Carracedo, y de tal manera se
perturbó su imaginación, que se sentó trémulo y acongo-
jado en un asiento, cuando de pronto le pareció oír como
á la salida del pueblo de Carucedo un ruido, que instan-
táneamente iba aumentándose. Un rápido vislumbre, que
salió por acaso de debajo de las encinas, excitó más su
curiosidad, y observando con cuidado, vió que eran tres gi-
netes, dos de ellos con atavíos militares, que venían cos-
teando el lago con galope rápido y acompasado á un tiem-
po, y se encaminaban á la quinta. La luz de la luna, que
no servía para distinguir más que los bultos, alumbró lo
bastante, cuando ya se acercaron, para descubrir que el uno
de ellos vestía el hábito blanco y negro de la orden de San
Bernardo. Don Alonso no pudo contener un grito de ale-
gría y de sorpresa, y bajando la escalera precipitadamente,
fué á abrir por su misma mano la puerta al abad de Carra-
cedo, que era el que llegaba acompañado de don Alvaro y
de su escudero Millán.

—¡Ah padre mío! le dijo el apesadumbrado señor arro-
jándose en sus brazos; no hace un instante que estaba pen-
sando en vos. Vuestra predicción ha empezado á cumplirse
de un modo espantoso, y mucho temo que no salga cierta
del todo.

—No déis crédito á palabras, hijas de un ímpetu de có-
lera, le dijo el abad bondadosamente. Más alta que la va-
nidad de nuestra sabiduría está la bondad de Dios.

—¿Y vos también, noble don Alvaro? añadió don Alon-
so, yéndose para el joven con los brazos abiertos. ¿De esta
manera debíamos encontrarnos al cabo de tan alegres ima-
ginaciones?

Entonces se le anudaron las palabras en la garganta,

y don Alvaro sin despegar los labios se apartó violentamente de él, volviendo las espaldas y metiéndose en la oscuridad para enjugarse las lágrimas de que estaban preñados sus párpados, y sofocar sus sollozos. Todo quedó silencioso por un rato, si no es el caballo árabe de don Alvaro, que á pesar de la fatigosa jornada, hería la tierra con el casco. Por fin el noble huésped sosegándose un poco, dijo á los recién venidos:

—No os esperaba hasta mañana, mis buenos amigos; pero en verdad que nunca pudo haber llegada más á tiempo.

—¿Eso creáis de nosotros? respondió el abad; ¡no permita el cielo que con esa tibieza acuda nunca á los menesterosos y afligidos! Desde que recibimos vuestra carta, no hemos cesado de caminar con la mayor diligencia, y aquí nos tenéis. ¿Pero nada nos decís de vuestra hija?

—Hace un momento que dormía, respondió don Alonso, si sueño puede llamarse el que en medio de tanta perturbación se disfruta. Venid, acerquémonos á su aposento para que la veáis, si puede ser.

Al ruido de los caballos habían acudido algunos criados, y uno de ellos cogiendo una luz, guió á los señores á la cámara de la enferma. Quedáronse los forasteros al dintel, mientras don Alonso se informaba, pero al punto volvió por ellos y los hizo entrar.

Estaba doña Bearriz tendida en su lecho como sumergida en un angustioso letargo, y las largas pestañas que guarnecían sus párpados, daban á sus ojos cerrados una expresión extraordinaria. Aquella animación que la esperanza y alegría disipadas hacía tan pocas horas habían comenzado á derramar en su rostro, todavía no estaba borrada. En su frente pura y bien delineada se notaba una cierta contracción, indicio de su padecimiento, y la calentura había esmaltado sus mejillas con una especie de mancha encendida. Sus rizos largos y deshechos le caían por el cuello blanco como el de un cisne, y velaban su seno, de manera que á no ser por su resuello anheloso y por el vivo

matiz de su rostro, cualquiera la hubiera tenido por una de aquellas figuras de mármol, que vemos acostadas en los sepulcros antiguos de nuestras catedrales. Todavía no habían desaparecido las huellas de los antiguos males y las del nuevo comenzaban á marcarse profundamente, pero sin embargo, estaba maravillosamente hermosa, no de otra suerte que si un reflejo celestial iluminase aquel semblante.

El abad, después de haberla mirado un instante, se puso á hablar en voz baja, pero con un gesto y expresión vehemente, con el religioso que la asistía, y don Alvaro se quedó contemplándola con los ojos fijos. De repente exhaló un suspiro, y luego con una entonación fresca y purísima que participaba á un tiempo de la melancolía de la tórtola y de la brillantez del ruiseñor, cantó sobre un aire del país el estribillo de una canción popular que decía:

Corazón, corazón mío,
Lleno de melancolía,
¿Cómo no estás tan alegre,
Como estabas algún día?

Los ecos de aquella voz tan llena de sentimiento y de ternura, quedaron vibrando en las bóvedas de la estancia, y como más de una vez sucede en los sueños, doña Beatriz se despertó al son de su propio canto. Don Alvaro que vió abrirse sus hermosos ojos, como dos luceros hermanos que saliesen al mismo tiempo del seno de una nube, tuvo la bastante presencia de ánimo para esconderse al punto detrás de don Alonso y de Martina, temeroso de producir con su aparición una revolución fatal en la enferma; pero ya fuese que la acción le pareciese sospechosa, ya que su corazón le dijese á gritos quién era el que delante tenía, se incorporó en la cama con ligereza increíble, y como si quisiera atravesar con su mirada los cuerpos de su padre y de Martina para descubrir al que se ocultaba, preguntó con zozobra:

—¿Quién, quién es ese que así se recata de mis miradas?

El abad poseído de los mismos temores quiso hacer entonces la deshecha y presentándose de repente le dijo:

—Es un guerrero que me ha acompañado, doña Beatriz. ¿No me conocéis?

—¡Ah! ¿sois vos, padre mío? contestó la joven asiendo su mano y llevándola á sus labios, pero quién sino él os acompañaría á esta casa de la desdicha? prosiguió fijando los ojos en el mismo sitio.

La estatura aventajada de don Alvaro hacía que su casco coronado de un plumero se viese claramente por encima de la cabeza del señor de Arganza.

—¡El es! ¡él es! exclamó doña Beatriz con la mayor vehemencia; ese es el mismo yelmo y el mismo penacho que llevaba en la noche fatal de Villabuena. Salid, salid, noble don Alvaro. ¡Oh Dios mío, gracias mil de que no me abandone en este trance de amargura!

—¡Ah señora! exclamó él presentándose de repente; ni en la ventura, ni en la desdicha, ni en la vida ni en la muerte os abandonará nunca mi corazón.

La joven medio turbada aun por el delirio, y sin seguir más impulsos que el de su corazón, se había inclinado como para echarle los brazos al cuello, pero al punto volvió en sí y se contuvo. Con la emoción se había quedado descolorida, pero entonces un vivo carmín esmaltó sus mejillas y hasta su cuello, y bajó los ojos.

—¡Cosa extraña! dijo después de un breve silencio: no hace mucho que soñaba que me arrebatábais del convento como aquella noche fatal, y que sin llegar al asilo que me teníais preparado, os despedíais de mí para siempre porque os ibais á la guerra de Castilla. Yo entonces me senté á la orilla del camino, y me puse á cantar una endecha muy triste. Era un sueño como todos los míos, de separación y de muerte, pero he aquí que vos volvéis..... ¿cómo habré podido serme infiel mi corazón? ¿Qué quiere decir esta mudanza?

—¿Qué ha de decir, hija mía, respondió el abad, sino

que el Señor que te prueba aparta ya de ti las horas malas? No temblabas por la vida, por la honra y por la libertad de don Alvaro? pues aquí le tienes libre y más honrado que nunca. Aun el único estorbo que á tu felicidad se opone, desaparecerá sin duda muy en breve. ¿Cómo no esperas lo que todos para ti esperamos y nos afliges de esa suerte?

Doña Beatriz se sonrió entonces melancólicamente, y replicó:

—Mi pobre corazón ha recibido tantas heridas, que la esperanza se ha derramado de él como de una vasija quebrantada. Yo me las figuraba ya cicatrizadas, pero no estaban sino cerradas en falso, y con este golpe han vuelto á brotar sangre. ¡Tenga el cielo piedad de nosotros!

Volvió á quedarse todo en aquel profundo silencio que entristece, tanto como el mismo mal, las habitaciones de los enfermos, sin oirse más ruido que el de la anhelosa respiración de doña Beatriz. Ella fué la que volvió á romperlo, diciendo impetuosamente, y como si sus palabras y determinación atropellasen por una gran lucha interior:

—¡Don Alvaro! no os partáis de aquí..... ¿no es verdad que os quedaréis? ¿quién puede prohibiroslo? Yo os amo, es verdad, pero del mismo modo pudiera amaros un ángel del cielo, ó vuestra madre si la tuvierais. ¡Pensad que mis palabras llegan á vos del país de las sombras, y que no soy yo la que tenéis delante, sino mi imagen pintada en vuestra memoria!—¿Pero no me respondéis? decid, tendríais valor para abandonarme en este trance?....

—No, no, hija mía, repuso el abad apresuradamente, ni él ni yo nos apartaremos de tu lado hasta que tu padre vuelva de Francia con esa dispensa, prenda de tu alegría y gloria venidera.

—¿Con que perseveráis en esa penosa determinación solo por amor mío? exclamó ella clavando en su padre una dolorosa mirada, en que se pintaban la duda y el abatimiento.

—Sí, respondió don Alonso, mañana mismo partiré, si tú no me quitas el valor con esa flaqueza indigna de tu

sangre. Animo, Beatriz mía, pues que en tan buena compañía te dejo; que yo espero estar de vuelta antes de tres meses con lo único que puede tranquilizar á un tiempo tu corazón y mi conciencia: la libertad de don Alvaro.

El médico hizo ver entonces que una conversación tan larga y llena de agitación podía aumentar el acceso de doña Beatriz, y después de algunas palabras de ánimo y consuelo que la dirigieron el abad y su padre, se salieron todos de la habitación menos el anciano monje y Martina. Don Alvaro no dijo ni escuchó una sola palabra, pero los ojos de entrambos hablaron un lenguaje harto más elocuente al despedirse.

Cualesquiera que fuesen los celos que doña Beatriz tuviese de su fatal estado, por entonces una sola idea la ocupaba y era que no se vería privada de la vista de don Alvaro. Poco podía servir para sanar los males de su cuerpo, pero era un bálsamo celestial para su espíritu, y su influencia fué tan suave y benéfica, que como más de una vez sucede con las imaginaciones fogosas, bastó para alterar favorablemente el curso de la enfermedad, y proporcionarle más descanso del que pudiera esperarse de aquella noche.

CAPÍTULO XXXVI.

Al día siguiente muy temprano, y cuando su hija descansaba todavía, salió el señor de Arganza para Francia, sin más que el viejo Nuño y otro criado. Ambos entrados en años, y por consiguiente quebrantados, estaban sostenidos sin embargo por un mismo sentimiento, que si en el uno se podía explicar por el arrepentimiento y ternura paternal, en el otro venía á ser lealtad acendrada, y en entrambos ciega inclinación á aquella joven digna de mejor suerte. No quiso don Alonso despedirse de ella, siguiendo el cuerdo consejo del físico, para no agitarla más con una escena siempre triste, pero en aquella ocasión mucho más.

Así, pues, la partida se verificó á las calladas, acompañando al viajero el abad y el señor de Bembibre un buen trecho de camino. Cuando hubieron de separarse, don Alonso los abrazó estrechamente, encargándoles el cuidado con su hija querida, y sobre todo que distrajesen su ánimo de las fúnebres ideas que lo oscurecían. Así se lo prometieron entrambos, y despidiéndose con pesadumbre, continuó el uno su viaje y dieron los otros la vuelta hacia la quinta.

Doña Beatriz, rendida con las emociones de aquella noche, se había quedado profundamente dormida cerca del amanecer, y aunque los síntomas constantes de su enfermedad no daban á su sueño aquel descanso inapreciable, medicina de tantos males, sin embargo le permitían una blanda tregua con ellos. Justamente al entrar don Alvaro y el abad, la despertó el relincho de Almanzor, y tendiendo la vista al rededor, echó de menos la fisonomía de su padre. Preguntó al punto por él, y Martina salió como en su busca, pero en su lugar entró el abad de Carracedo. Doña Beatriz comprendió al punto lo que era, y su semblante se cubrió de una nube, pero el anciano con gran prudencia y con la persuasiva autoridad que dan los años la consoló, poniéndole delante los prontos y felices resultados que de aquella separación podían venir. Doña Beatriz le escuchó sin muestra alguna de impaciencia y sin responder una palabra, pero cuando el viejo acabó su discurso, exhaló un suspiro que salía de lo íntimo de su corazón y quería decir:—Todo ese bien que me prometéis llegará tarde. En seguida llamó á Martina, y dijo que quería levantarse. El físico no se opuso, y al poco tiempo ya estaba en pie.

Su palidez era extraordinaria, pues la excitación del delirio y de la calentura de la noche anterior había cedido el puesto á una debilidad y decaimiento fatales. Solo cuando don Alvaro se presentó delante de ella sus mejillas se sonrosearon ligeramente, y al oír su voz grave y varonil como siempre, pero como siempre también tierna y apasionada, pareció extenderse por todo su cuerpo un estremecimiento eléctrico. Háblele mirado con ansia la noche ante-

rior, pero el velo que extendía la calentura delante de sus ojos y la escasa luz que alumbraba el aposento, no la permitieron ver aquellas facciones á un tiempo armoniosas y expresivas, las primeras y únicas que se habían impreso en su alma. Entonces pudo satisfacer su deseo á la claridad del día, pero con una impresión semejante á la que su vista había producido en don Alvaro. Ningún síntoma de enfermedad se advertía en su noble semblante, pero el pesar había comenzado á surcar su frente; sus ojos garzos habían perdido su serenidad antigua, hundiéndose un tanto en las cuencas, y revistiéndose de una mirada sombría. Había perdido además el color, y en los contornos del cuerpo se notaba asimismo cierta flacura, hija de las desdichas y meditaciones.

Cuanto hemos dicho con tantas palabras, notó doña Beatriz con solo una ojeada; pero sin embargo, nunca le pareció don Alvaro tan hermoso. Es cierto que nada había perdido de su antigua apostura y gallardía, y que en su porte y modales se advertía un no sé qué de austero y elevado que imponía respeto.

Apoyada en su brazo y en el del abad, bajó doña Beatriz la escalera que conducía al jardín, con ánimo de sentarse á la sombra de un emparrado y cerca de un toldo de jazmines. Todas las flores estaban abiertas, y un enjambre de abejas doradas zumbando por entre ellas, libaban sus cálices para precipitarse en seguida hacia unas colmenas que estaban en el fondo. Las calles y cuadros presentaban un interminable arabesco de matices vivísimos; las paredes estaban entapizadas de pasionaria y enredaderas, y una fuente que brotaba en el medio tenía una corona de violetas, que asomaban entre el césped sus moradas cabezas.

La joven, que á pesar de bajar casi en brazos la escalera, se había fatigado mucho, no pudo resistir aquel ambiente tibio y cargado de perfume, que la ahogaba. La lozanía misma de las flores y la juventud pomposa de la naturaleza, formaban en su alma doloroso contraste con la marchita flor de sus años y su exánime juventud. Inmedia-

tamente, pues, la trasladaron á la falúa que al pie del muelle aguardaba. Entraron al punto los remeros, y desamarrándola comenzaron á surcar la azulada llanura.

La brisa fresca del lago reanimó un poco á doña Beatriz. Habíase recostado en la popa sobre unos cojines de seda con un decaimiento y abandono que bien daban á entender la postración de sus fuerzas. El abad viéndola un poco más sosegada, sacó el libro de horas, y yéndose á sentar en el extremo opuesto de la embarcación comenzó á rezar. Don Alvaro en pie, delante de ella, la contemplaba con ojos inquietos y vagarosos, mientras los suyos fijos en el espejo de las aguas, seguían como en éxtasis sus blandas ondulaciones. Alzólos por fin para mirarle, y clavándolos en los suyos, le hizo señas con la mano para que viniese á sentarse á su lado. Obedeció él silenciosamente, y entonces la joven le dijo asiéndole la mano:

—Ahora estoy más sosegada, y puedo hablaros. Gracias á Dios, estamos solos: oidme, pues, porque tengo sobre mi corazón hace ya mucho tiempo un peso que me agobia.—Acercaos más.—¿No es verdad que alguna vez os habéis dicho:—La mujer á quien yo amaba ha sido la esposa de un hombre indigno de ella: su aliento ha empañado su frente: yo me la figuraba semejante á la azucena de un valle á quien no tocan ni los vientos de la noche; pero he aquí que, cuando yo la encuentro, está ya separada de la planta paterna, y sus hojas sin aroma y sin lustre.—¿No os habéis dicho esto algunas veces?

Don Alvaro calló en lugar de responder, y no alzó los ojos del suelo. Entonces doña Beatriz, después de haber guardado por un rato el mismo silencio, sacó del seno una cartera de seda verde, y le dijo:

—Os había comprendido, porque hace tanto tiempo que laten nuestros corazones á compás, que ningún movimiento del vuestro puede serme desconocido. Pero vos..... ¡vos no habéis leído en mi alma! le dijo con acento sentido y casi colérico.

Don Alvaro entonces levantó los ojos, mirándola con

ademán suplicante, pero ella le impuso silencio con la mano, y continuó:

—No os lo echo en cara, porque sobradas desdichas han caído sobre vuestra cabeza por amor de esta infeliz mujer, y solo ellas han podido quebrantar la fe de vuestro noble corazón. Tomad esta cartera, le dijo en seguida alargándosela, y con ella aclararéis vuestras dudas.

—¡Ah no tengo ningunas! ¡ningunas! exclamó don Alvaro sin recogerla.

—Tomadla, sin embargo, repuso ella, porque dentro de poco será cuanto os quede de mí.—No me miréis con esos ojos desencajados, ni me interrumpáis. Pensad que sois hombre y una de las más valerosas lanzas de la cristiandad, y conformaos con los decretos del cielo. En esa cartera escribía yo mis pensamientos y mis desvaríos: para vos la destinaba: recibidla, pues, de mis manos, como la hubierais recibido de las de mi confesor.

—¡Ah señora! ¿cómo abrigáis semejantes ideas, cuando vuestro padre va á volver sin duda alguna, y con él los días de la primavera de nuestro amor?

—Mi padre volverá tarde, respondió ella con acento profundo, volverá solo para confiar á la tierra los despojos de su hija única, y morir después. Antes de este último y fiero golpe, la savia de la vida volvía á correr por estos miembros marchitos, pero ahora se ha secado del todo.

El abad, que acabó entonces su rezo, se acercó á ellos é interrumpió la conversación. Doña Beatriz, oprimida por ella y quebrantada por el esfuerzo que acababa de hacer, se mantuvo taciturna y abismada en sus dolorosas reflexiones. Don Alvaro, trastornado por aquella escena terrible, que acababa de levantar el velo de la realidad, guardaba también silencio, apretando convulsivamente entre sus manos y contra su corazón, la cartera verde, y el abad por su parte, respetando la pena de entrambos, no pronunció una sola palabra. De esta suerte cruzaron el lago hasta la ensenada de la quinta, donde saltando en tierra, volvieron á subir en brazos á la joven. Era ya anochecido y significó su

deseo de quedarse á solas con su criada, con lo cual los dos se despidieron de ella, retirándose á sus estancias respectivas.

No bien se vió don Alvaro en la suya, cuando cerrando la puerta y acercándose á un bufete en el cual ardían dos bujías, abrió la fatal cartera y comenzó á leer ansiosamente sus hojas. Estaba señalada la primera con aquel versículo melancólico, que según dijimos en otro lugar, venía á servir de epígrafe á aquellas desordenadas y tristísimas memorias. *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto*. Don Alvaro después de haberle leído, le repitió maquinalmente. En tan breves palabras estaba encerrada su vida y la de doña Beatriz, con su continuo desvelo, su soledad y su esperanza siempre burlada. ¡Cuántas veces se habrían fijado en aquellos caracteres los ojos llorosos de aquella infeliz y hermosa criatura!.... Don Alvaro pasó adelante, y volviendo la hoja encontró este pasaje:

«Cuando me dijeron que *él* había muerto, pasadas las primeras congojas de dolor, me pareció oír una voz que me llamaba desde el cielo y me decía: Beatriz, Beatriz, ¿qué haces en ese valle de oscuridad y llanto?» Yo pensé que era la suya, pero después he visto que vivía: sin embargo, la voz ha seguido llamándome entre sueños, y cada vez con más dulzura. ¿Qué me querrá decir?—Mucho se ha debilitado mi salud, y moriré joven sin duda alguna.

En otra hoja decía así:

«¡Qué contenta cerró los ojos mi pobre madre, cuando me vió esposa del conde! Ella igualaba su corazón con el mío, y esperaba para mí un porvenir de gloria y de ventura: ¿pero qué esperaba su hija? la paz de los muertos, y aun por eso alargó su mano.....

.....
 Más se tarda la muerte de lo que yo me imaginaba, y sin embargo, soy más dichosa de lo que pude esperar. Rara felicidad la mía! Antes de mis tristes bodas llamé aparte al que iba á ser mi esposo, y le exigí palabra de que me respetaría todo el año que le había ofrecido á *él* aguardarle,

cuando se partió á la guerra de Castilla. Así me lo prometió y me lo ha cumplido, porque como no me ama, se ha contentado con la esperanza de mis riquezas y el poder que le dá este enlace, sin solicitar mi corazón, ni mucho menos mis caricias. Así moriré como he vivido pura y digna del único hombre que me ha amado. Para él escribo estos renglones: ¿quién sabe si llegarán á sus manos? ¿Quién sabe si se los llevará el viento como las hojas de los árboles que veo pasar por encima de las torres del monasterio. Más aprisa arrebatará quizá el soplo de la muerte las escasas galas que le quedan al árbol de mi juventud! Pobre padre mío, ¡qué terriblemente habrá de despertar de sus sueños de grandeza!»

Venía después un versículo del libro de Job, que decía:
«¡Ecce nunc in pulvere dormiam, et si manè me quæsieris, non subsistam!»

Y en la página siguiente esta estrofa dolorosa.

«La flor del alma su fragancia pierde;
 Por lo de ayer el corazón suspira,
 Cae de los campos su corona verde;
 ¡Lágrimas solo quedan á la lira!

Don Alvaro pasó unas cuantas hojas, y encontró con una que decía:

«Heme en fin, viuda y libre; mis lazos están sueltos: pero ¿quién desatará los de él? La suerte de la orden me inspira vivísimos temores. ¿Quién sabe si mi amor le traerá la muerte y la deshonra? ¡Oh Dios mío! ¿por qué mi corazón ha de esparcir la desdicha por todas partes?.....

.....
 Por fin va preso con todos sus nobles compañeros, y se presentará á los jueces como un salteador de caminos. ¿Qué va á ser de ellos? Esta noche he tenido una hoguera voraz dentro del pecho; una sed mortal me devoraba, y en la ilusión de mi calentura, me parecía que todos los riachuelos y fuentes de este país corrían con murmullo dulcísimo por detrás de mi cabecera. No he querido despertar á

Martina, porque dormía sosegadamente, aunque su corazón está en otra parte, como el mío. ¿En qué puede consistir semejante diferencia? En que ella ama y espera, y yo amo y me muero.»

Don Alvaro recorrió otros pasajes, en que la agonía que experimentaba por su suerte estaba trazada con rasgos de suma angustia y desconsuelo. Por fin, después de tantas ansias y congojas, venía el siguiente pasaje:

«¡Oh cielo santo! está absuelto de todas las acusaciones con todos los suyos!.... Pensé que me tiraba al agua para abrazar al mensajero que semejantes nuevas traía. Al cabo volverá, sí, volverá, no hay que dudarle: ¿para qué se había de ataviar tan pomposamente la naturaleza con todas las galas de la primavera, sino para recibir á mi esposo? Bellas son estas arboledas mecidas por el viento, bellas estas montañas vestidas de verdura: puras y olorosas sus flores silvestres, y músico y cadencioso el rumor de sus manantiales y arroyuelos, pero al cabo son galas del mundo, y yo tengo un cielo dentro de mi corazón. Yo saldré á buscarle con mi laud en la mano, con mi cabeza cubierta del rocío de la noche y, como la esposa de los Cantares, preguntaré á todos los caminantes: «¿En dónde está mi bien amado?» ¡Ah! ¡yo estoy loca! tanta alegría debiera matarme, y sin embargo, la vida vuelve á mi corazón á torrentes, y me parece que la planta del cervatillo de las montañas sería menos veloz que la mía! Él me ponderaba de hermosa..... ¿qué será ahora cuando vea en mis ojos un rayo del sol de la ventura, y en mi talle la gallardía de una azucena, vivificada por una lluvia bienhechora? ¡Oh Dios mío, Dios mío! para tamaña felicidad, escaso pago son tantas horas de soledad y de lágrimas. Si un paraíso había de ser el lugar de mi descanso, pocos eran los abrojos de que habéis sembrado mi camino.»

Don Alvaro había podido leer, aunque conturbado y confuso, los anteriores pasajes, empapados en llanto y pesar, pero al llegar á este, en que con tan vivos colores es-

taba bosquejada una dicha como el humo disipada, no fué ya dueño de los violentos arrebatos de su alma, y se dejó caer sobre su cama, rompiendo en amarguísimos sollozos. Por fin estaba solo, y nadie sino Dios era testigo de su flaqueza; pero las lágrimas, que tanto alivian el corazón de las mujeres y los niños, son en los ojos de los hombres alquitrán y plomo derretido.

CAPÍTULO XXXVII.

Los tristes pronósticos de doña Beatriz fueron cumpliéndose muy aprisa desde aquel día, y sus padecimientos físicos, unidos á los combates de su alma, empezaron á desmoronar visiblemente aquel cuerpo de tantas maneras minado y cuarteado. Las bellas y delicadas tintas de la salud, que otra vez habían vuelto á sonrosear aquel delicado rostro, digno de un ángel de Rafael, se trocaron poco á poco en la palidez de la cera, bien como vemos las nubes del ocaso perder sus vivos matices á medida que baja el sol. La morbidez suavísima de sus carnes, la bella ondulación de sus contornos, la gallardía de sus movimientos, que por algún tiempo oscurecidas bajo las sombras del dolor y la enfermedad, habían comenzado á florecer de nuevo, otra vez volvieron á marchitarse bajo el soplo del desengaño. Su forma se parecía más y más á la de una sombra, y lo único que en ella iba quedando era el reflejo de aquella alma divina, que brillaba en sus ojos y la iluminaba interiormente. La enfermedad que la consumía, lejos de tomar en ella ningún carácter repugnante, parecía que realizaba su resignación angelical y su dulzura sin ejemplo. Algunas veces, sin embargo, tomaban sus ideas cierto sabor amargo, que revelaba el vigor que bajo tanta mansedumbre se escondía, y el fuego encendido bajo tantos escombros y ceniza. Era realmente un infernal martirio ver llegar á pasos medidos la callada sombra de la muerte,

cuando la esperanza, el amor, la paz y el sosiego doméstico, el noble orgullo de llevar un nombre ilustre, las riquezas, la juventud, la hermosura, cuanto puede embellecer y sublimar la vida, venía á dar precio á la suya. No obstante, su piedad, su carácter elevado y los mismos hábitos melancólicos de su espíritu, disipaban fácilmente estos tumultuosos movimientos, y al momento volvían sus ideas á su curso ordinario.

En aquellos días fatales su amor á la naturaleza subió de punto, y su ansia por contemplar las hermosas escenas de aquellos alrededores era extraordinaria. Fatigábale la cama terriblemente, pero como de puro postrada no podía dar un paso, sus paseos eran siempre en la falúa, cuyo movimiento era lo único que podía sobrellevar. Así, pues, se pasaba horas enteras cruzando las aguas del lago unas veces contemplando sus orillas con una especie de arrobó, otras siguiendo con la vista las bandadas de lavancos que nadaban á lo lejos en ordenados escuadrones, y casi siempre abismada en sus propios pensamientos. De cuándo en cuándo alzaba la vista para mirar el camino por donde su padre había partido, por ver si en lo alto de la cuesta de Borrenes resplandecían sus armas, y al ruido de las yeguas de los aldeanos que pasaban por la orilla, se volvía con una especie de estremecimiento, imaginando oír las herraduras del caballo de don Alonso.

Don Alvaro y el venerable abad no dejaban de acompañarla ni un solo instante en aquellos melancólicos paseos, observando con espanto el progreso rápido del mal y el decaimiento cada día mayor de la desdichada. Don Alvaro, clavados casi siempre sus ojos en los de ella, parecía respirar con la misma congoja y ahogo que si su pecho estuviese atacado de la misma enfermedad. Doña Beatriz, siempre que encontraba aquella mirada apasionada y terrible á un mismo tiempo, apartaba la suya, bañados en lágrimas sus párpados. Las palabras eran escasas, pues á tal punto habían venido las fuerzas de la enferma, que el anciano médico había encargado el posible silencio. Tanto él

como la enferma conocían harto bien la inutilidad de semejantes paliativos, pero el uno por no dejar medio alguno de que echar mano, y la otra por no afligir á personas tan queridas, se conformaban con ellos. De esta suerte reducidos los dos amantes al lenguaje de los ojos, las almas, que parecían salirse por ellos, volaban una al encuentro de otra, como si quisieran confundirse en el mismo rayo de luz que para comunicarse les servía.

Por fin, llegó á tanto la postración de doña Beatriz que pasó en la cama una porción de días sin manifestar deseo de levantarse, y como sumida en un desvarío que parecía enagenar su razón. Al cabo de ellos cerca de la caída de la tarde, se reanimó de una manera desusada y abriendo sus hermosos ojos más brillantes aun que de costumbre, dijo con voz entera y gran rapidez:

—¡Martina! ¡Martina! ¿dónde estás?

—Aquí, señora, contestó la muchacha casi sobresaltada de aquel súbito recobro: aquí estoy, siempre á vuestro lado: ¿dónde queríais que estuviese?

—¡Siempre así, pobre muchacha, y sin que tu amor mismo te aparte de mi cabecera! exclamó doña Beatriz mirándola con ternura.

—¡Ah señora! dejad eso; yo no pienso sino en vos y en veros buena ¿qué queríais que con tanta prisa me llamabais? Me parece que os sentís más animada, ¿no es verdad?

—Sí, sí, tráeme mi vestido blanco, porque quiero pasearme por el lago. Estoy mejor, mucho mejor, y el día me parece hermosísimo. ¡Vos aquí también, don Alvaro! y ¡vos, venerable padre! ¡Ah! ¡me alegro en el alma, porque con eso os veréis en parte pagados de tantos afanes y zozobras, como por mí habéis pasado!

Don Alvaro y el abad, como si saliesen de un sueño, no sabían qué pensar de aquel tono casi festivo de doña Beatriz, y en particular el primero no acertaba á poner freno á las tumultuosas esperanzas que se levantaban en su corazón. El anciano médico al contrario no pudo contener un gesto de dolor. Saliéronse los tres del aposento, y en breví-

simo espacio se aderezó doña Beatriz con su sencillez y gracia acostumbradas. Realmente parecían haberse aflojado las ligaduras del mal, pero así y todo, bajó la escalera casi en brazos de Martina y del señor de Bembibre. Cuando llegó á la góndola puso el pie en ella resueltamente, y en seguida fué á sentarse sobre los almohadones de brocado del fondo, no con el ademán doliente y abatido de otras veces, sino con extraño garbo y gentileza. Don Alvaro atento como nunca á sus menores ademanes, se quedó como de ordinario en pie delante de ella. El abad que había sorprendido el gesto de mal agüero del físico, se apartó con él al otro extremo de la ligera embarcación para interrogarle, y Martina por su parte se sentó junto á los remeros, que sin aguardar á más hicieron volar la barca por la azulada espalda del lago, rápida y serena como una de las muchas aves que por allí nadaban.

Estaba el cielo cargado de nubes de nácar que los encendidos postreros rayos del sol orlaban de doradas bandas con vivos remates de fuego: las cumbres peladas y sombrías del *Monte de los Caballos* enlutaban el cristal del lago por el lado del norte, y en su extremidad occidental pasaban con fantasmagórico efecto los últimos resplandores de la tarde por entre las hojas de los castaños y nogales, reverberando allá en el fondo un pórtico aéreo, matizado de tintas espléndidas y enriquecido con una prolija y maravillosa crestería.

El lago iluminado por aquella luz tibia, tornasolada y fugaz, y enclavado en medio de aquel paisaje tan vago y melancólico, más que otra cosa parecía un camino anchuroso, encantado, místico y resplandeciente que en derecha guiaba á aquel cielo que tan claro se veía allá en su término. Por un efecto de la refracción de la luz, una ancha cinta de cambiantes y visos relumbrantes ceñía las orillas del lago, y la falúa parecía colgada entre dos abismos, como un águila que se para en mitad de su vuelo.

Con semejante escena el fugaz relámpago de alegría, que había iluminado el alma de doña Beatriz, se disipó muy

en breve. Siempre había dormido en lo más recóndito de su alma el germen de la melancolía producido por aquel deseo innato de lo que no tiene fin; por aquel encendido amor á lo desconocido que lanza los corazones generosos fuera de la ruindad y estrechez del mundo en busca de una belleza pura, eterna, inexplicable, memoria tal vez de otra patria mejor; quizá presentimiento de más alto destino. A este secreto y sobrehumano impulso había sacrificado doña Beatriz lo que más caro podía serle en el mundo, la libertad y el culto exterior que pensaba rendir á la memoria de su amante, cuando lo imaginaba muerto; solo por presentarse algún día á los ojos de su madre adornada con la aureola del vencimiento de sí propia. Los azares de su vida, sus continuos vaivenes entre la esperanza y la desdicha, los dolores de su alma y de su cuerpo, y la perspectiva de una muerte próxima, presente por tanto tiempo á sus ojos, habían fecundado estas terribles semillas y ahondado más y más el cauce que la tristeza había labrado en su alma hasta trocarle en un verdadero abismo, donde iban á parar todos sus pensamientos.

Por lo mismo la escena que se ofrecía á su vista, naturalmente engolfó su imaginación en aquel mar sin límites, donde bogaba hacía tanto tiempo. Por fin después de haber dirigido llorosas miradas al cielo, al lago, á las montañas lejanas y á aquella quinta donde tanto había aguardado y sufrido, como si de todos ellos se despidiera y tuviesen un alma para comprenderla, dijo al apenado caballero:

—Don Alvaro, ¿no veis cuán vanas son las alegrías de la tierra? ¿Quién nos dijera hace un año que nos habíamos de encontrar en estos escondidos parajes, solo para una eterna despedida?

El joven, que con pesadumbre indecible había observado el rumbo que desde la salida de la quinta iban tomando sus ideas, le contestó:

—¿Es posible, doña Beatriz, que cuando comenzaba á fortaleceros vuestro antiguo valor, así le desechéis de vuestro pecho?

—¡Valor! respondió ella, y pensáis que necesito poco para dirigiros mis últimas palabras y apartarme de vos? ved sin embargo, quién me lo inspira! alzad la vista y veréis el cielo: mirad á vuestros pies y allí le encontraréis también hermoso y puro. Encumbrad vuestro pensamiento á las alturas; bajad con él á la lobreguez del abismo, y donde quiera encontraréis á Dios llenando la inmensidad con su presencia. Esa, esa es la fuente en donde yo ¡flaca mujer! bebo el aliento que me sustenta. ¿Os acordáis de las últimas palabras que me oísteis en el bosque de Arganza?

—¡Ah, no, no! respondió él con el acento de la desesperación: yo no recuerdo sino las primeras que escuché de vuestros labios, cuando la vida se nos presentaba tan florida y dulce en el seno de un amor sin fin. ¿Sabéis lo que me representa mi memoria? pues no es más que eso. ¿Sabéis lo que me dice una voz secreta? que vuestro padre va á volver, y que al cabo seréis mi esposa delante del cielo y de los hombres. ¡Mi esposa! ¡ah! si yo escuchara esa palabra de vuestros labios, saldría de las tinieblas mismas del sepulcro!

—¡Pobre don Alvaro! contestó ella con una ternura casi maternal, ¿cómo esperáis tan pronto la vuelta de mi padre cuando ha poco más de dos meses que se partió para Francia? ¿pensáis que todos me aman como vos para buscar con tanto ahinco mi ventura?

—No acabéis con el poco valor que me anima, la interrumpió el joven, dudando de esa suerte de la providencia.

—No: repuso ella gravemente, antes le doy gracias porque así ahorrará á mi padre el espectáculo de mi muerte y á mí la desesperación para aquella hora suprema. Aun ahora que un obstáculo insuperable me aleja de vos, mi corazón se despedaza, y solo una fuerza sobrehumana me sostiene; pero si las barreras hubiesen de caer en el instante de mi muerte, ¡oh! entonces el ángel bueno huiría espantado de mi cabecera, y mi alma rabiosa y sombría se extrañaría en los senderos de la eternidad.

Durante esta plática tremenda se iba acercando la fa-

lúa á las encinas de la orilla, bajo las cuales no hacía mucho tiempo se había aparecido Cosme Andrade, como uno de aquellos ángeles que visitaban la cabaña de los patriarcas, cuando de repente el galope de tres caballos de guerra les hizo volver á todos los ojos hacia aquel sitio. Eran en efecto tres ginetes, de los cuales el más delantero, un poco mejor ataviado, indicaba ser el principal, y los tres, habiendo visto la falúa, venían corriendo hacia ella por debajo de aquellos árboles venerables, dando gritos de contento y espoleando los corceles con ambos acicates. Doña Beatriz al oírlos, como si una mano invisible la sacase de su abatimiento con la presencia y voces de los forasteros, se puso en pie velozmente, y con ojos desencajados comenzó á mirarlos hasta que acercándose más y más lanzó un alarido de dolor á un tiempo y de alegría, y extendiendo los brazos hacia la orilla, exclamó:

—¡Es mi padre! ¡mi padre querido!

—Sí, tu padre soy, hija de mi alma, contestó don Alonso, porque él era en efecto; tu padre que viene á cumplirte su promesa. Mira, mira, añadió sacando del seno una cartera verde, aquí está la bula del Papa, y en ella viene la fianza de tu felicidad.

—¡Misericordia divina! prorrumpió ella con un clamor tan descompasado que se oyó en las orillas más apartadas, y aterró á los circunstantes: ¡Misericordia divina! repitió torciéndose las manos; la esperanza y la ventura ahora que voy á morir!

Al acabar de pronunciar estas palabras y con el tremendo esfuerzo que de hacer acababa, una de las venas de su pecho, tan débil ya y atormentado, se rompió, y un arroyo de sangre ardiente y espumosa vino á teñir sus labios descoloridos y su vestido blanco. Asaltóla al mismo tiempo un recio desmayo con el cual cayó en brazos de su doncella y de don Alvaro, pero como todo ello fué obra de un instante, y el empuje comunicado á la góndola por los remeros era rapidísimo, tocó en la orilla, donde ya don Alonso estaba apeado, á tiempo que precipitándose hacia su

hija se encontró bañado en su propia sangre. Con semejante cuadro se quedó como petrificado en medio del alboroto de todos, con la boca entreabierta, los brazos extendidos y los ojos clavados en aquel pedazo de su corazón por cuyo reposo y contento aunque tardíos, había hecho tan terribles sacrificios, y aquel mismo largo y penoso viaje de que acababa de apear. Doña Beatriz, sin dar más señal de vida que algunos hondos suspiros, estaba con la cabeza doblada sobre el hombro de su desolada doncella y todo su cuerpo á manera de una madeja de seda, abandonado, y sin brío. El anciano médico, que con tanta prolijidad y amor la había asistido, después de observarla detenidamente, se acercó al abad y le dijo al oído, pero no tan paso, que don Alonso no percibiese algo:

—Ya se acabó toda esperanza; lo más que durará es un día.

—¡Infeliz padre! exclamó el abad volviéndose hacia don Alonso; pero con gran pesadumbre suya le encontró con el oído atento y á media vara de distancia.

—¡Todo lo he oído! le dijo con un acento que partía el corazón. ¿Lo véis? ¿lo véis cómo mi corazón no me engañaba, cuando os decía que vuestra profecía de desastre se cumpliría al fin? ¡Oh hija mía, alegría de mi vejez y corona de mis canas! exclamó queriendo acercarse á ella, y forcejeando con el abad y los remeros que le detenían; ¿no pudo el Señor quitarme la vida en tantos combates con los moros, antes de venir á ser tu verdugo?

—¡Recobraos por Dios santo! le dijo el abad con ansia: poned un freno á vuestras quejas, si en algo la tenéis, porque pudiera oiros.

El desventurado padre calló al punto de miedo de agravar el estado de su hija, pero siguió sollozando con gran ahogo y congoja.

El deliquio era profundo; la noche comenzó á mostrar sus estrellas, y al cabo hubieron de volverse á la quinta en aquella barca, que según lo ligera y silenciosa que bogaba no parecía sino el bajel de las almas.

En brevísimo espacio cruzaron el lago, y desembarcando apresuradamente, subieron á la señora, todavía desmayada, á su aposento, y la pusieron en su lecho.

Al fin, después de un buen rato, recobró poco á poco la vida que parecía haberse huído de aquel cuerpo fatigado, pero no la razón, extraviada con las visiones del delirio. La aparición de su padre, y la nueva que le había dado eran la idea fija y dominante de su desvarío, unas veces alegre y risueña, y otras trágica y aflictiva, según las oscilaciones de su ánimo. Continuamente llamaba á don Alvaro y manifestaba una ansiedad grandísima á la idea de que pudiera ausentarse.

—¡Don Alvaro! exclamaba con la voz quebrada por la fatiga de la respiración, ¿dónde estás? háblame, ven, dame tu mano. A nadie veo, á nadie conozco sino á ti; sin duda te veo con los ojos de mi corazón que á todas partes te sigue, como al sol el lucero de la tarde. ¿Me oyes, don Alvaro?

—Sí, te oigo, exclamaba el joven con una voz que parecía salir de un sepulcro.

—¡Ah! ¡tanto mejor! reponía ella con el acento del regocijo, pero no te vayas, porque entonces quedaría sola del todo. ¡Pero loca de mí! ¿cómo te has de marchar, si me amas y eres mi esposo para siempre? Antes mañana me vestiré de gala para que me lleves al altar. Oye, yo quiero que se den muchas, muchas limosnas, para que todos sean felices y nos bendigan. ¡Si vieras tú cómo me aman todos estos campesinos! ¡Mucho tiempo se pasará antes de que olviden mi memoria!.... ¡Ah! dime, ¿y guardas la cartera que te dí hace tanto tiempo? pues átale una piedra y arrójala al lago, porque aquellos renglones estaban mojados con mis lágrimas, y ahora ya no me quedan lágrimas, si no son las de la alegría.

Fatigada entonces, calló por un rato, pero tomando sus ideas otro curso, dijo por último, apartando la ropa que la cubría:

—¡Quitadme esa ropa que me ahoga! abrid de par en

par esas ventanas, y dejad entrar el aire de la noche, para que se temple este fuego que me abrasa el pecho..... ¡Cielos! ¡qué pensamientos eran los míos hace un momento para olvidarme así de que estoy luchando con la agonía! ¡Miserable de mí! Allí viene mi padre corriendo..... miradle, don Alvaro..... la alegría le ha rejuvenecido..... ya llega..... ¿qué es lo que saca del pecho?.... ¡Ah! ¡es tu libertad!.... ¡suerte desapiadada!.... morir ahora..... no, no, don Alvaro, yo soy muy joven todavía, rica y hermosa á tus ojos, á pesar de mis lágrimas, ¿no es verdad?.... No, no, no es esta mi hora, porque moriría impenitente y perdería mi alma.

Entonces se quedó de nuevo callada, pero con el rostro desemblantado, y los ojos fijos en la pared y haciendo con el cuerpo un movimiento hacia atrás, como si viese acercarse algo de que quisiese huir, hasta que por último, lanzando un agudo chillido, y cubriéndose los ojos con una mano, mientras con la otra apretaba convulsivamente el brazo de su amante, exclamó con voz ronca:

—¡Ahí está, ahí está! ¿no la veis cómo se llega paso á paso? ¡Ah! ¡libradme de ella! envolvedme en vuestro manto..... ¡oh Dios mío! de nada sirve, porque sus manos han pasado por él como si fuera de humo, y me aprietan el corazón; separádmelas de aquí, porque me ahogan, ¡ay de mí! no, dejadlas, que todo se acabó ya..... adios.....

Y al decir esto, la acometió otro nuevo desfallecimiento.

En estas dolorosas alternativas, más crueles tal vez, para los que la rodeaban, que para ella propia, se pasó la noche entera. Hacia el amanecer volvió á quedarse como aletargada, según más de una vez le había acontecido durante aquella terrible enfermedad, que ya tocaba á su término.

CAPÍTULO XXXVIII.

Deplorable era la situación de cuantos se encontraban debajo de aquel techo, señalado por blanco á las saetas invisibles de la muerte, pero la de don Alonso era más desastrosa que la de ninguno, peor aun que la del mismo don Alvaro. Desde que sin reparar en medios para lograr sus soñados planes de grandeza, había intentado la violencia de su hija única en Villabuena, y consentido después en el sacrificio que su abnegación filial le había dictado en Arganza, la salud, la alegría y la honra, habían huído de su hogar, como si por un decreto del cielo, el castigo siguiese inmediatamente á la culpa, sin darle siquiera respiro para saborear sus terribles frutos. A la muerte de su esposa, siguió la entrevista fatal del soto de su casa, en que cayó la venda de sus ojos, y en seguida, como en un negro turbión, vinieron los desastres de Cornatel, las dudas é incertidumbres de la causa de los templarios y el desenlace fatal del caso de don Alvaro. Cuadro tristísimo, cuyo fondo ocupaban las torturas de doña Beatriz, y lo amargo de sus remordimientos.

Deseoso de purificar su alma, y sin más pensamiento que el contento y la salud de aquella última prenda de su amor y su esperanza, había emprendido su largo viaje á Viena del Delfinado, con una diligencia y ardor incompatibles al parecer con su avanzada edad. Allí, sin dejarse vencer de los muchos obstáculos que le oponían la malevolencia de la corte de Francia y el triste giro que la debilidad y cobardía del Papa había dado á aquel ruidoso proceso, se arrojó á los pies de Clemente, le habló de la mucha sangre que habían vertido en defensa de la fe los suyos, presentó al rey Felipe las cartas que llevaba de don Juan de Lara estimado de él por su poderío y por haberle dado hos-

pedaje, cuando anduvo extrañado de Castilla; y logró ser oído con benevolencia.

Dos cosas se concertaron en su favor además, que no le ayudaron poco en sus propósitos. Fué la primera el aniquilamiento total de la pujanza del Temple en Europa, pues sus guerreros donde no condenados, estaban presos y desarmados; y la segunda la llegada de Aymerico, el inquisidor del concilio de Salamanca, que después de haber obrado al tenor de las instrucciones de la sede romana, venía resuelto á cumplir la palabra dada al abad de Carra cedo y á los obispos, y á seguir el impulso de su corazón que, á despecho de sus muchas prevenciones contra el Temple, se había aficionado á la bizarría y caballerosidad de don Alvaro durante el juicio. Cuanto había tenido de inflexible su conducta dictada por el rigor de la obediencia tuvieron ahora de fervorosos sus servicios: así fué que disipados los recelos que el poder de aquella arrogante milicia había inspirado, y merced á la eficaz mediación de Aymerico, obtuvo el señor de Arganza la anhelada dispensa en tiempo infinitamente más breve del que buenamente pudiera esperar; con lo cual se le dobló el contento. Tal era su ansiedad por llegar él mismo con la dichosa nueva á los brazos de su hija, que en cortísimo espacio cruzó parte de la Francia y la España casi entera, llevado como en alas de la alegría, y enteramente olvidado del peso de los años. Cuál fué el término de tan presuroso viaje ya lo vimos, pues la sangre del corazón de doña Beatriz fué las rosas que alfombraron su camino, y el estertor de su agonia los festejos por su llegada. Tal había de ser el paradero de tantos esfuerzos, y sobre esto giraban sus desolados pensamientos, mientras sentado á los pies de la cama de su hija aguardaba deshecho en llanto su postrer suspiro.

El reposo de la joven tuvo poco de largo y menos de sosegado, pero, tal como fué, bastó á disipar las nubes que oscurecían su razón, para hacer más dolorosos de este modo sus postreros momentos y derramar al mismo tiempo un fulgor divino sobre la caída de aquel astro, en cuyos bené-

ficos resplandores tantos infelices habían encontrado alivio y consuelo. Cuando abrió los ojos comenzaban á entrar por la entreabierta ventana las pálidas claridades del alba, junto con aquel ligero cefirillo que parece venir á despertar las plantas adormecidas antes de la salida del sol. En el jardín de la quinta gorgeaban gilgueros alegres, calandrias y un sin fin de pajarillos, y las flores abriendo sus cálices llenaban el aire de perfumes. Desde la cama de doña Beatriz se divisaba el oriente, donde una porción de caprichosos celajes se coloreaban y esmaltaban con indecible pompa y esplendor, y casi todo el lago cuya trasparente llanura, reflejando los accidentes del cielo, parecía de oro líquido y encendida púrpura. Los lavancos y gallinetas revoloteaban tumultuosamente por su superficie levantando á veces el vuelo con alegres aunque ásperos graznidos, y precipitándose en seguida con sonoro ruido entre los juncos y espadañas. En suma, el día amanecía tan risueño y alegre, que nadie pudiera creer que en medio de su claridad hubiera de eclipsarse una obra tan perfecta y hermosa.

Este fué el espectáculo que encontraron al abrirse los ojos de doña Beatriz, y en él se clavaron ávidamente. Tenían una especie de cerco ligeramente azulado al rededor, con lo cual resaltaban más los rayos que despedían: el semblante, aunque algo ajado, manifestaba la misma pureza de líneas y angelical armonía que en sus mejores tiempos.

—¡Hermoso día! exclamó en fin con voz melancólica, aunque bastante entera.

En seguida rodeó la estancia con la vista, y viendo á todos desemblantados y la mayor parte llorosos á causa de las fatigas y dolorosas escenas de la noche anterior, y que con ojos espantados la miraban, las lágrimas se agolparon á sus párpados. Reprimiólas sin embargo con un esfuerzo de que solo era capaz una alma de tan subido temple como la suya, y llamándolos con la mano en derredor de su cama, y asiendo la de su padre, le dijo con acento sosegado:

—Esta muerte que tan de súbito me coge en la primavera de mi vida, más me duele por vos, padre mío, por este

noble y generoso don Alvaro y por todos estos buenos amigos que han puesto en mí su cariño, que no por mí. Al cabo, hace más de un año que una voz secreta me está pronosticando este paradero, y aunque ayer lo sufrí con impaciencia queriendo volverme locamente aun contra el cielo, hoy que se han disipado las nieblas de mi entendimiento, con humildad me postro delante de la voluntad suprema. Ya lo veis, señor, qué pasajera es la luz de nuestros deseos y grandezas: ¿quién le dijera á mi madre que había de seguirla tan en breve? ¿Por qué habéis, pues, de acongojaros de ese modo, cuando vos mismo caminaréis muy pronto por mis huellas, adonde yo con mis hermanos y mi madre os salga á recibir para nunca más apartarnos de vos?

—¡Oh hija de mi dolor! exclamó el anciano; tú eras mi postrer esperanza en la tierra, pero no es tu temprano fin el que abreviará mis cortos días, sino la ponzoñosa memoria de mi falta.

¡Ah, santo religioso, continuó volviéndose al abad, ved, ved cómo se cumple vuestra profecía! ¡Quiera el cielo perdonarme!

—¿Eso dudáis, padre mío? continuó doña Beatriz, cuando yo no solo os he perdonado sino que lo he olvidado todo, y cuando este joven hartó más infeliz que yo, os respetó y veneró como yo misma? ¿No es verdad, noble don Alvaro? Acercaos, esposo mío en la muerte, venid á decírselo vos mismo para que el torcedor del remordimiento no atormente los escasos días que de vivir le quedan. ¿No es verdad que le perdonáis?

—Sí le perdono; ¡así me perdone Dios la desesperación que me va á traer vuestra muerte!

—¡La desesperación! le dijo ella como con asombro afectuoso, ¿y por qué así? Nuestro lecho nupcial es un sepulcro, pero por eso nuestro amor durará la eternidad entera. ¡Ah don Alvaro! ¿esperabais mejor padrino para vuestras bodas que el Dios que va á recibirme en su seno? ¿concierto más dulce que el de las arpas de los ángeles? ¿cortejo más lucido que el coro de serafines que me aguarda? ¿tem-

plo más suntuoso que el empíreo? Si vuestros ojos estuviesen alumbrados como los míos por un rayo de la divina luz, seguro es que las lágrimas se secarían en ellos, ó que las que corriesen serían de agradecimiento.

Hizo aquí una breve pausa durante la cual sus ojos se clavaron en los de su amante con expresión singular, y por fin le dijo:

—Leyendo estoy en ese corazón hidalgo como en un libro abierto. ¿No es verdad que querriáis quedar en este mundo con el título de mi esposo? Vuestra alma me ha seguido por mi sendero de espinas y dolores, y ni aun en la muerte me abandona. ¡Ah! ¡gracias, gracias!.... Padre mío, añadió dirigiéndose al señor de Arganza, y vos, reverendo abad, sabed que yo también quiero comparecer ante el trono del eterno adornada de tan hermoso dictado. Unidnos, pues, antes que se apague la llama de mi vida.

El abad aunque poseído de consternación, se acercó entonces y como para templar un poco su ardiente exaltación, le dijo cuán conveniente era que una confesión de entrambos precediese á tan augusta ceremonia.

—Tenéis razón, contestó ella; pero he aquí la mía, que bien puede decirse en alta voz: Yo he amado y sufrido: cuantos beneficios han estado en mi mano esos he derramado: cuantas lágrimas he podido enjugar esas he enjugado: si alguna vez he odiado, sedme testigo de que me arrepiento y perdono.

—Otro tanto sé decir de mí, añadió don Alvaro: unos han sido nuestros sentimientos, una nuestra vida: ¡pluguiese al cielo que la muerte nos igualase del mismo modo!

Don Alonso hizo entonces una señal al abad para que se apresurase á dar fin á un acto que podía servir en cierto modo de alivio á entrambos, y el anciano juntó la mano poderosa de don Alvaro, con la débil y casi trasparente de doña Beatriz, y con voz conmovida pronunció las palabras del sacramento, después de las cuales quedaron ya esposos ante el Dios que debía juzgar al uno de ellos dentro de pocas horas. Las reflexiones que en seguida les hizo, fueron

bien diferentes de las que en tales casos se acostumbran; pero en lugar de hablarles del amor que podía dulcificar las amarguras de su vida, y hacerles más llevadero el camino del sepulcro, solo les puso delante, las esperanzas de otro mundo mejor, lo deleznable de las terrenas felicidades y el premio inefable de la resignación y la virtud.

Acabada la sagrada ceremonia, y cual si hubiese sido un bálsamo para su llagado corazón, doña Beatriz quedó muy sosegada y serena. A nadie engañó, sin embargo, esta engañosa tregua de su enfermedad, y mucho menos á la llorosa Martina, que sobradamente penetrada del riesgo inminentísimo de su señora, no apartaba los ojos de ella ni un punto. Advirtió la enferma su solicitud é inquietud dolorosa, y atrayéndola así por la mano, y enjugándole con la suya, las lágrimas que la atribulada doncella no acertaba á contener, le dijo:

—¡Pobre muchacha, que eras más viva y alegre que el cabritillo que trisca por estos montes! un año entero has pasado lleno de angustia y de pesares, sin que tu amor y tu fidelidad se hayan desmentido ni un instante. Tu felicidad me ha ocupado muchas veces, y ahora mismo quiero asegurártela por entero.

El llanto y los sollozos de la pobre niña se redoblaron entonces, y no pudo articular ni una sola palabra de agradecimiento.

—Padre mío, á vuestra liberalidad la encomiendo; mirad que he encontrado en ella toda la sumisión de una sierva y el cariño de una hermana. Y vos, don Alvaro, dulce esposo mío, tomadla á ella y á su futuro marido bajo vuestro amparo, pues su lealtad y ternura hacia vos no han sido menores, y ya que el mundo no se ha puesto de por medio en el camino de su sencilla inclinación, gocen en paz una vida que tal vez hubiéramos gozado nosotros, si hubiéramos vestido su humilde hábito. Y vosotros, amigos míos, añadió dirigiéndose á los criados (porque todos habían acudido á aquella escena de dolor, y la presenciaban como si se les cayesen las alas del corazón), fiel Nuño, honrado Mendo, á

todos os doy las gracias por el amor que me habéis mostrado, y á todos os encomiendo igualmente á la generosidad de mi padre y de mi esposo.

Aquellas pobres gentes, y sobre todo las mujeres, rompieron en alaridos y llantos tales, que hubo que echarlos de la estancia para que no perturbasen á la señora en sus últimos instantes.

A medida que el sol iba subiendo, las ligeras nubes que había sembradas por el cielo, se disiparon, y por último, se quedó el firmamento tan azul y puro, que como en el *Ensayo* de Byron, «Dios solo se veía en medio de él.» El lago estaba terso y unido como un espejo, y sus riberas silenciosas y solas: los pájaros del jardín habían callado también, pero sus flores, con el seno desabrochado á los ardientes rayos del sol, inundaban el aire de aromas, que llegaban hasta el lecho de doña Beatriz.

—¡Cuántas veces, le dijo á don Alvaro, habrás comparado mis mejillas á las rosas, mis labios al alelí, y mi talle á las azucenas que crecen en ese jardín! ¿Quién pudiera creer entonces que la flor de mi belleza y juventud se marchitaría antes que ellas! Vana soberbia la de los pensamientos humanos!

El hombre se figura rey de la naturaleza, y sin embargo, él solo no se reanima, ni florece con el soplo de la primavera.

La heredera de Arganza, lo mismo en medio de sus vasallos, que lejos de ellos, era la madre de los menesterosos y el ángel consolador de las familias: la noticia de su peligro, llenó por lo tanto de desolación los pueblos de Lago, Villarrando y Carucedo, de los cuales acudieron infinitas gentes á la quinta.

En una especie de plazuela que había delante de la puerta principal, se fueron juntando todos, y aunque se les encargó el silencio, era tal su ansiedad que no podían acallar un rumor sordo sobre el cual se alzaba de cuándo en cuándo un grito de alguno recién venido, y que ignoraba el encargo, ó de otro que no podía reprimirse.

Poco tardó en percibirlo doña Beatriz, en cuyo corazón encontraban tanto eco todas las emociones puras, y no pudo menos de enternecerse con aquella muestra de cariño tan sencilla y verdadera.

—¡Pobres gentes, dijo conmovida; y cómo me pagan con creces el amor que les he mostrado! Cierto que me echarán de menos más de una vez, pero este es uno de los mayores consuelos que puedo recibir en este instante.

Entonces significó á su padre y al abad por más extenso las mandas y dádivas que en su nombre se habían de hacer, y manifestó al prelado con vivas expresiones su agradecimiento por su amor paternal nunca desmentido, y lo mismo al anciano médico, que en su larga enfermedad había mostrado un celo que solo la caridad podía encender en su corazón entibiado por los años. Así mismo encargó con el mayor encarecimiento que la enterrasen en la capilla de la quinta, á orillas de aquel lago retirado y tranquilo, tan lleno de memorias para su corazón.

No parecía sino que aquella existencia de tantos adorada pendía en aquella ocasión de uno de los rayos luminosos del sol, porque declinaba hacia su ocaso al compás del astro del día. Púsose este por fin detrás de las montañas, y entonces doña Beatriz levantando hacia él su lánguida mirada, dijo á su esposo:

—¿Os acordáis del día que os despedisteis de mí por primera vez en mi casa de Arganza? ¿Quién nos dijera que el mismo sol que alumbró nuestra primera separación, había de alumbrar en tan breve espacio la postrera? No obstante, la suerte se muestra más benigna conmigo en este instante, pues entonces me apartaba de vuestro lado y ahora de entre los brazos de mi esposo vuelo á los de Dios.

Al acabar estas palabras inclinó suavemente la cabeza sobre el hombro de don Alvaro, sin hacer extremo ni movimiento alguno, como acostumbraba en los frecuentes deliquios que padecía, pero pasado un rato, y viendo que no se sentía su respiración, la apartó de sí azorado. El cuerpo de la joven cayó entonces inanimado y con los ojos cerra-

dos sobre la cama, porque sobre su hombro acababa de exhalar el último suspiro

.

En la misma noche despachó correos el abad á Carracedo y al monasterio benedictino de San Pedro de Montes, y á la mañana siguiente acudieron un crecido número de monjes de entrambos, con lo cual pudo hacerse el entierro de la malograda joven con toda la suntuosidad correspondiente á su clase. Don Álvaro, que desde que vió muerta á su esposa se encerró en un silencio pertinaz, se empeñó en acompañar su cadáver á la capilla. Durante el oficio estuvo tranquilo, aunque echando de cuándo en cuándo miradas vagarosas al féretro y á la concurrencia, pero cuando llegó el caso de depositar en el sepulcro aquellos restos inanimados, dando un tremendo alarido se precipitó para arrojarse en él. Acudieron al punto los circunstantes, y le detuvieron mal su grado. Viendo entonces burlado su intento se desasíó de sus brazos y sin cesar en sus alaridos y con todas las trazas de un demente, corrió con planta ligera á emboscarse en lo más cerrado del monte á la parte de las Médulas. Su razón había sufrido un fiero golpe, y al cabo de algunos días, el fiel Millán le encontró en una de las galerías de las antiguas minas, con el cabello descompuesto y la ropa desgarrada. Con gran maña le restituyó á la quinta donde, aplicándole muchos remedios, volvió pronto á su juicio al cabo de algunos días. En cuanto se vió libre de su acceso rogó que le dejasen bajar á la capilla, pero todos se opusieron fuertemente, temerosos de que la vista de aquel sepulcro, no bien cerrado, desatase otra vez la vena de su locura; sin embargo, tantas y tan concertadas fueron las razones que dió, que al cabo hubieron de dejarle cumplir aquel triste gusto. Arrodióse sobre la sepultura y en oración ferviente pasó más de una hora: besó por último la losa, y levantándose en seguida, sin pronunciar palabra ni hacer extremo alguno de dolor, se salió, y montando en su arrogante caballo se partió de la quinta, sin despedirse de don Alonso y seguido de Millán y otros dos ó tres cria-

dos más antiguos, que al rumor de su enfermedad y locura acudieron desalados á la quinta.

Apenas llegó á Bembibre hizo dejación de todos los bienes que poseía en feudo, y mejorando considerablemente la herencia de su escudero, repartió lo demás entre sus criados y vasallos más pobres. Hecho esto, una mañana le buscaron por todo el castillo y no pareció: lo único que se había llevado consigo, era el bordón y sayal de peregrino de uno de sus antepasados que había ido á la Tierra Santa en aquel hábito, y para memoria se guardaba en una de las piezas del castillo. De aquí dedujeron unos que él también se habría encaminado á la Palestina, otros que no era allí sino á Santiago de Galicia donde iba, con ánimo de quedarse en algún retirado monasterio de aquella tierra, y no faltó, por último, quien dijo que la locura había vuelto á apoderarse de él.

El señor de Arganza por su parte sobrevivió poco á su interesante y desdichada hija, como era de esperar de sus años y de su profunda aflicción. Con su muerte se extinguió aquella casa ilustre, que pasó á unos parientes muy lejanos, y quedó un vivo cuanto doloroso ejemplo de la vanidad, de la ambición y de los peligros que suelen acompañar á la infracción de las leyes más dulces de la naturaleza.

CONCLUSIÓN.

El manuscrito, de que hemos sacado esta lamentable historia, anda muy escaso en punto á noticias sobre el paradero de los demás personajes, en cuya suerte tal vez no faltarán lectores benévolos que se interesen. Por desgracia, no pocos de ellos eran viejos cuando los conocimos, y así el manuscrito ya citado, se contenta con decirnos que después de la extinción final del Temple, que Clemente V decretó en el concilio de Viena, no por vía de sentencia, sino como providencia de buen gobierno, la mayor parte de los

caballeros fueron destinados á monasterios de diferentes órdenes, y entre ellos el anciano maestre de Castilla, don Rodrigo Yáñez, vino á concluir sus breves días en Carracedo. Díjose, y no sin fundamento, que la desgracia de su sobrino, añadida á los infinitos pesares que le había traído el triste fin de su orden, acortó el hilo de su vida. El buen abad tardó poco en seguirle, colmado de bendiciones por todos sus vasallos, á quienes miraba como á hijos.

Por lo que hace al comendador Saldaña, fiel á su propósito, abandonó la Europa degenerada y cobarde, como siempre la llamaba, y pasó á la Siria donde acabó sus días en una revuelta de los cristianos oprimidos que acaudillaba. En resumen, el tal manuscrito no parece sino un libro de defunciones; porque, según él, hasta el mismo Mendo el palafrenero, fué víctima de una aplopejía fulminante que le trajo su obesidad, cada vez mayor.

De la suerte posterior del señor de Bembibre,* de la linda Martina, de Millán y de Nuño, nada más de lo que sabemos contenía; pero en el año de 1842, visitando en compañía de un amigo las montañas meridionales del Bierzo, hicimos en el archivo del monasterio de San Pedro de Montes un hallazgo de grandísimo precio sobre el particular, que nos aclaró todas nuestras dudas. Era el tal una especie de códice antiguo escrito en latín por uno de los monjes de la casa, pero como los sucesos que en él se refieren exigen cierto conocimiento de los lugares, nuestros lectores pueden perdonarnos, mientras les enteramos de lo más preciso, haciéndose cargo, de que habiendo tenido paciencia para seguirnos hasta aquí, bien pueden decir con el refrán vulgar «donde se fué el mar, que se vayan las arenas.»

El monasterio de San Pedro de Montes es antiquísimo, pues se remonta su origen á San Fructuoso y San Valerio, santos ambos de la época gótica; y su restauración después de la invasión sarracénica pertenece á San Genadio, obispo de Astorga, cuya es la iglesia que aun en el día se conserva, con traza de durar no pocos años. Su situación

en medio de las asperísimas sierras que ciñen el Bierzo por el lado de mediodía, revela bien el terrible ascetismo de sus fundadores, pues está montado sobre un precipicio que da al riachuelo Oza, y por todas partes le cercan montes altísimos, riscos inaccesibles y oscuros bosques. El rumor de aquel arroyo, encerrado en su hondísimo y peñascoso cauce, tiene un no sé qué de lastimero, y los pájaros, que comúnmente se ven, son las águilas y buitres que habitan en las rocas. El pico de la Aguiana cubierto de nieve durante siete ú ocho meses y el más alto de todos los del Bierzo, domina el monasterio casi á vista de pájaro y dista poquísimo por el aire; pero son tales los derrumbaderos que por aquel lado le cercan, que el camino para llegar allá tiene que serpentear en la ladera por espacio de una legua, y tomar además grandes rodeos. Esta montaña es muy pelada, pero está cubierta de plantas medicinales, y tiene su misma cresta una ermita medio enterrada á causa de las nieves y ventarrones, en que se adoraba hasta la extinción del monasterio la imagen de Nuestra Señora de la Aguiana, cuya función se celebraba el 15 de Agosto y era concurridísima romería.

La vista que desde aquella altísima eminencia se descubre es inmensa, pues domina la dilatada cuenca del Bierzo llena de accidentes á cual más pintoresco y hermoso, y desde allí se extiende la mirada hasta los tendidos llanos de Castilla por el lado de oriente, y por el occidente hasta el valle de Monterrey, ya casi dentro de Galicia. La Cabrera altísima y erizada de montañas le hace espalda, y es en suma, uno de los puntos de vista más soberbios de que puede hacer alarde la España, á pesar de que el lago de Carucedo y los barrancos y picachos encarnados de las Médulas, adornos de los más raros y preciosos que el Bierzo tiene, desaparecen detrás de las vecinas rocas de Ferradillo. Este, sin embargo, es pequeño inconveniente, porque están situadas á corta distancia de la ermita, y con un paseo se puede gozar de la perspectiva de entrambos objetos.

Hechas, pues, estas explicaciones que hemos juzgado necesarias, volvamos al códice latino, cuyas palabras vamos á traducir fielmente haciendo antes una profunda cortesía á nuestros lectores en señal de despedida, ya que después de ellas, nada podemos contarles de nuevo. Dice así:

Por los años de 1320, ocho después que el santo padre Clemente V de santa memoria disolvió la orden y caballería del Temple, acaeció que un peregrino que volvía de visitar el sepulcro del Salvador, mal perdido por los pecados de los fieles, apareció en la portería de esta santa casa, y habiendo pedido que le llevasen á la cámara del abad, así lo hicieron. Largo rato duró la plática con Su Reverencia, la cual al cabo vino á dar por resultado, que el forastero de todo el mundo desconocido, tomase el santo hábito del glorioso patriarca San Benito á los dos días, con grande admiración de todos nosotros; pero el abad con quien, según oímos de sus labios, se había confesado el peregrino, pasó por encima de todos los trámites y requisitos acostumbrados para entrar en religión, y nos impuso silencio con la voz de su autoridad. El nuevo monje podía tener como hasta treinta y dos años; y era alto, bien dispuesto y de hermosas facciones, pero las penitencias, sin duda, y tal vez los disgustos le doblaban la edad al parecer. Era muy austero y taciturno, y su aire á veces parecía como de quien en el siglo había sido un poderoso de la tierra. Esto, sin embargo, no dañaba á la modestia y suavidad de trato que con todos usaba, si bien por muy poco tiempo disfrutamos el suyo.

Pocos días antes de su misteriosa llegada, había fallecido el ermitaño de la Aguiana, santo varón muy dado á la penitencia; pero como la ermita está cubierta de nieve gran parte del año, y la cercaba tan grande soledad y desamparo, ninguno se sentía con fuerzas para vida tan áspera y rigurosa. Como quiera, el nuevo religioso no bien se hubo enterado de lo más necesario al reciente estado, se partió con consentimiento del abad á morar en la ermita, dejando avergonzada nuestra flaqueza con su valerosa resolución.

Era esto á principios del otoño, cuando caen en aquella eminencia las primeras nieves, y nubarrones casi continuos comienzan á ceñirla como un ropaje flotante, pero sin ardrarse por eso, tomó posesión al punto de su nuevo cargo.

Los resplandores de su virtud y caridad no pudieron estar largo tiempo ocultos, y así, pronto se convirtió en el ídolo de la comarca. Partía con los pastores pobres su escasa ración de groseros alimentos, y cuando se arrecían con el frío, les cedía la porción de vino que le daban en el convento, y que sin duda solo recibía con este objeto, pues nunca le llegaba á los labios. Acontecía algunas veces, que una res vacuna ó alguna cabra se perdía á boca de noche en aquellas soledades, y él entonces á trueque de ahorrar á su dueño el disgusto de su pérdida, salía de la ermita pisando la nieve endurecida, y la llevaba al pueblo á riesgo de ser devorado de los lobos, osos y otras alimañas de que tan gran abundancia se cría en estas breñas.

Con estas y otras buenas obras de tal manera se llevó tras sí el respeto y los corazones de esta gente sencilla, que sus palabras eran para ellos como las que Moisés oyó de boca del Señor en el monte Oreb. Él los consolaba en sus aflicciones, componía sus diferencias, les daba instrucciones para sus cacerías como persona muy entendida, y era por fin, como la luz de estas oscuras y enriscadas asperezas.

Los fríos del invierno y el rigor de sus penitencias acabaron de destruir su salud ya quebrantada, así es que la dulce estación de la primavera no le restauró en manera alguna. Sin embargo, salía muy á menudo de la ermita, y paseando, aunque con trabajo, llegaba á las rocas de Ferradillo, desde donde se registran las cárcavas y pirámides de las Médulas, y el plácido y tranquilo lago de Carucedo. Allí se pasaba las horas como arrobado, y hasta que declinaba el día, casi nunca volvía á su estrecha celda. El abad, viendo cómo decaían sus fuerzas, le rogó repetidas veces que dejase vida tan penosa, y bajase á recobrase al monasterio, pero nunca lo pudo recabar de él.

Por fin la noche antes de los idus de agosto (14), víspera de la función de la virgen de la Aguiana, se oyó tocar á deshora la campana del ermitaño con gran prisa, como pidiendo socorro. Alborotóse con esto no solo la comunidad, sino el pueblo entero, y apresuradamente subieron á la ermita, pero por prisa que se dieron, cuando llegaron los delanteros ya le encontraron muerto. Grandes llantos se hicieron sobre él, pero aunque registraron su pobre ajuar, no encontraron sino una cartera destrozada, con una porción de páginas desatadas al parecer y sin concierto, llenas de doloridas razones y sembradas de algunas tris-tísimas endechas, por las cuales nada podían rastrear sobre el nombre y calidad del desconocido.

Al otro día, según dejamos dicho, era la romería de Nuestra Señora, y tanto para que recayesen sobre el difunto las oraciones de los fieles, cuanto por ver si había alguno que le conociese entre aquel numeroso concurso, le pusieron en unas andas tendidas de negro á los pies de la ermita, amortajado con su propio hábito y con la cartera de seda encima.

Las gentes que vinieron aquel año fueron muchísimas, pero entre ellas llegó una familia que por el vistoso arreo de su traje llamaba la atención. Componíase de un anciano que pasaba ya de los sesenta, de un mozo como de treinta y dos, muy gallardo; de una mujer como de veinticinco, rubia, de ojos azules y tez blanca, de extraordinaria gracia y gentileza, que traía de la mano, después que se apearon de sus yeguas, una niña como de siete años, con una túnica blanca de lienzo, y una gran vela de cera en la mano. La especie de mortaja que la cubría, la ofrenda que llevaba en la mano, y más que todo su color un poco quebrado, pero que en nada menguaba su hermosura de ángel, daban á conocer que venía con sus padres á cumplir algún voto hecho á la Virgen en acción de gracias, por haberla sacado de las garras de la muerte en alguna enfermedad no muy lejana. Era una familia en cuya vista se recreaba el ánimo involuntariamente, porque se conocía que la paz

del corazón y los bienes de fortuna, contribuían á hacerlos dichosos en este valle de lágrimas.

Los cuatro, pues, entraron en la ermita, y viendo tanta gente agolpada alrededor del muerto, se acercaron también, llevados á un tiempo de la curiosidad y de la piedad. Trabajo les costó romper el cerco de aldeanos para rodear aquel humilde ataud, pero apenas llegaron á él los dos jóvenes esposos, cuando fijando ella la vista en la cartera y él en el semblante del muerto, se pintó en sus rostros á un mismo tiempo la sorpresa y el terror. Estaba la cartera muy descolorida, como si sobre ella hubiesen caído muchas gotas de agua, y el cadáver, como es uso entre los monjes, tenía cubierto el rostro hasta la barba con la capucha; pero así y todo, y con la seguridad que una voz interior les daba, abalanzóse él á descubrir la cara del muerto, y ella se apoderó con ansia de la cartera que comenzó á registrar:

—¡Virgen Santísima de la Encina! exclamó la mujer dando un descompasado grito: ¡la cartera de mi pobre y querida ama doña Beatriz Ossorio!

—Dios soberano, gritó él por su parte abrazándose estrechamente con el cadáver: ¡mi amo, mi generoso amo el señor de Bembibre!

—¿Quién decís? exclamó el viejo atropellando por la gente, ¿el esposo de aquel ángel del cielo que yo ví nacer y morir? Los tres entonces asiéndose de las manos y del hábito del difunto, comenzaron un tierno y doloroso llanto, en que muchos de los circunstantes conmovidos á vista del no pensado caso, no tardaron en acompañarlos.

—Madre, preguntó la niña con los ojos llenos también de lágrimas y medio aturdida con lo que veía, ¿es este aquel señor tan bueno de que hablas tantas veces con mi padre?

—Sí, Beatriz mía, hija de mi alma, exclamó su madre alzándola en sus brazos, ese es nuestro bienhechor. Besa, alma mía, besa el hábito de ese santo, porque si esta Vir-

gen divina te ha concedido la salud y guardádote á nuestro amor, fué porque él sin duda se lo pedía.

Los romeros entonces dijeron ser Nuño García, montero que había sido del señor de Arganza; Martina del Valle, camarera de su hija doña Beatriz, y Millán Rodríguez, escudero y paje de lanza de don Alvaro Yáñez, señor de Bembibre, que era el que allí muerto á la vista tenían. En esto llegó el abad de esta santa casa, vestido con ropa de iglesia, para bajar en procesión la santa imagen según era costumbre, y diciendo muchas palabras de consuelo á los afligidos criados, les aseguró ser cierto lo que veían y creían. Don Alvaro, según lo que contó, había ido á meterse fraile á un convento de la Tierra santa, pero habiéndolo entrado los infieles á saco antes de cumplir el año de noviciado, fatigado del deseo de la patria, y atraído por la sepultura de su esposa había venido á Montes, donde había confiado todas estas cosas al abad bajo secreto de confesión, hasta que otro no descubriese su nombre.

Como quiera, el pesar que aquellas gentes recibieron fué muy grande, y aun Millán pidió que le dejasen llevar el cuerpo á Bembibre, pero el abad no lo consintió, así por no ir contra la voluntad expresa del difunto, que quería ser enterrado entre sus hermanos, como porque creía que sus reliquias habían de traer bien á este monasterio. A los huéspedes agasajó y regaló con mucho amor, y en especial al viejo Nuño, á quien vió afligidísimo el día del entierro de doña Beatriz, y cobró afición muy particular desde entonces por su lealtad. El pobre montero, viejo ya y sin familia, se vió desamparado de todo punto cuando se acabó la casa de su amo, dado que rico con sus mandas y larguezas; y se fué á vivir con Martina y Millán, en cuya casa pasaba los últimos años de su vida muy querido y estimado. Al cabo de dos días se volvieron todos á Bembibre, donde vivían bien y holgadamente, colmados de regalos y finezas.

Tal fué este extraño suceso que me pareció conveniente sentar aquí, y que duró mucho tiempo en la memoria de

estas gentes. De los ya nombrados criados, tengo oído decir á muchas personas, que aunque vivieron muy dichosos, rodeados de hijos muy hermosos y bien inclinados, y muy ricos para su clase, sin embargo, aun pasados muchos años, se les anublaban los ojos en lágrimas cuando recordaban el fin que tuvieron sus buenos amos, y sobre todo el señor de Bembibre.»

FIN DE LA NOVELA.

APÉNDICE.

Cuando vió la luz pública la interesante novela que precede, y cuyas bellezas han podido saborear nuestros lectores, se encontraba su distinguido autor en Berlín, desempeñando con gran acierto, y no menos fortuna, como más adelante demostró el resultado, una importante comisión diplomática. Esta circunstancia que le daba ocasión de desplegar las aventajadas dotes de talento y de carácter que le adornaban, realzadas por la amenidad y cortesanía de su trato, en los salones aristocráticos, y en los centros literarios y científicos de aquella ilustrada capital, contribuyó á que su obra fuese bien pronto conocida, y apreciada de literatos eminentes y amantes del habla y de las letras españolas. El Doctor Huber, profesor á la sazón de literatura moderna en la Universidad de Berlín, y que explicaba en ella con gran aceptación nuestro teatro, felicitó calorosamente á Enrique Gil por su novela, y le aconsejó que ofreciese al rey un ejemplar. En el mismo sentido le habló el egregio Barón de Humboldt, llevando su empeño en este punto hasta brindarse á ser el portador del ejemplar y ponerlo en las reales manos, ofrecimiento que fué aceptado con afectuosa gratitud, y desempeñado con el más vivo interés. El insigne monarca que ocupaba entonces tan dignamente el trono de Prusia, y que á sus altas condiciones de soberano reunía el sentimiento y el amor de lo bello en la

literatura y en el arte, y era á la vez conocedor de nuestro idioma, de la geografía y de las costumbres de nuestro país, agradeció mucho el envío del ejemplar de la novela, y después de haberla leído con detenimiento y agrado, concedió á su autor la distinción más honorífica á que podía aspirar en Prusia un escritor extranjero, la *Gran Medalla de oro*, destinada á recompensar á los que ilustran su nombre en las letras y en las ciencias.

Con este motivo medió entre el Barón de Humboldt y nuestro distinguido compatriota una afectuosa correspondencia, de la cual nos ha parecido oportuno dar aquí una ligera muestra, publicando algunos párrafos entresacados de cartas, cuyos originales obran en nuestro poder, y referentes á la novela y á la honrosísima muestra de aprecio otorgada á su autor.

CARTAS DEL BARÓN DE HUMBOLDT.

I.

Je n'ai osé decouper les feuilles du SEÑOR DE BEMBIBRE mais je veux absolument le lire tout entier avant de l'offrir au Roi. Cela fera un joli petit volume, que je vous conseille de faire relier en satin bleu ou rouge à l'anglaise. Vous ôterez le titre coloré *Biblioteca popular* et j'ose le proposer aussi la gravure p. 235 du *regalo de la señorita doña Beatriz*. Cette gravure ne donne pas une idée bien avantageuse de l'état des arts en 1844 tandis que l'impression est très belle. Je vous conseille aussi d'écrire au Roi en castillan; vous direz que vous savez par moi, el B. de H. (pas d'Excellence en parlant de moi au Roi), qu'il aime votre Langue et votre Litterature. Votre lettre sera sur un petit infolio. Je suis parfaitement ridicule en vous donnant ces conseils minutieux. Je me charge du livre, et de la lettre, qui sera cachetée, et non placée dans le livre. = Amitiés en grand hâte. = *A. Humboldt*. = Vous êtes cruel de ne pas me parler de votre santé. Vous êtes poete c. a. d. = Vous vivez dans le monde, qui n'est pas la prose de la vie.

II.

Le trésor est parvenu très heureusement entre mes mains. L'inscription de la lettre était dans les formes les plus convenables. C'est hier après le diner, que j'ai remis le tout au Roi. Il a lu de suite la lettre, a admiré la robe de soie du petit livre, a reçu le cadeau avec la bienveillance la plus affectueuse, et a lu de suite les premières deux pages. Avec la vivacité naturelle de son esprit, il m'a demandé de quelle race était le «Sabueso». Puis j'ai expliqué au Roi combien votre petit roman est ingénieux de composition, comment les

malheurs des Templiers lui donnent un caractere plus grave, j'ai cité les charmantes descriptions du paysage p. 321 à 324 les excellents chapitres XXI et XXII. Pensez que le Roi connaît Bembibre comme vous, mon excellent ami, par la lecture de ^{à la} *Biblia* «Bible in Spain.» Il a fait venir des cartes pour chercher le Bierzo. Vous voyez que votre petit cadeau a produit tout l'effet qu'on pouvait désirer. Le Roi a pris aussi un vif intérêt à vos souffrances. Je vous ai lu en entier. C'est un très bel ouvrage. Mille affectueux hommages. = *A. Humboldt.* = Samedi. = 26 Dibre. 1845.

España
aducción
don
anuel
aña.

III.

Tengo mucha pesadumbre de oir que V. está sufriendo de nuevo.

Je pensais bien qu'une marque de distinction de la part d'un Roi litteraire vous ferait quelque plaisir. Les médailles on les met dans la poche, on ne les porte point. Ce ne sont pas de decorations, mais quelque chose de plus honorable, parceque elle ne se donne qu'aux hommes d'une illustration intellectuelle. Vous pouvez annoncer le succès comme un fait, mais aucune permission de votre Gouvernement est nécessaire. = Mille amitiés. = Ce jeudi. = *A. Humboldt.*

IV.

Le Roi a encore été très occupé de Bembibre: il a relu les passages de «Bible in Spain» ou il est question de l'admirable beauté du site, dont vous avez fait de si charmantes et poétiques descriptions, mon cher ami! Cela m'a donné occasion après le diner de revenir sur la réponse hâtive et stereotypement officielle que vous a été donnée à mon inçu. Le Roi m'ordonne de vous offrir en son nom, comme seul écrivain espagnol d'illustration litteraire, qui soit venu à Berlin, la *Grande Médaille d'or* ornée de son portrait très ressemblant, médaille de *prix destinéé a ceux qui se sont illustré dans les sciences et les lettres.* J'aurais l'honneur de vous adresser à cette occasion une lettre officielle, que j'écrirais selon les ordres du Roi: Je serai bien heureux de penser que ce petit souvenir de BEMBIBRE puisse vous distraire quelques instans. = Amitiés. = *A. Humboldt.* = A Berlin ce 14 Janv. 1846.

CARTA OFICIAL DEL BARÓN DE HUMBOLDT Á DON ENRIQUE GIL,
AL REMITIRLE «LA GRAN MEDALLA DE ORO».

V.

Monsieur: = Une lettre de Cabinet signée par le Roi, Vous a appris, Monsieur, que Sa Majesté a reçu avec beaucoup de satisfaction l'ouvrage que vous avez eu l'attention de lui offrir. Le Roi m'ordonne pour ajouter à cette marque d'intérêt, de vous remettre en Son nom *la Grande Médaille d'or ornée de Son effigie*, et acordée comme prix à ceux qui ont illustré leur nom par des ouvrages de littérature et de sciences. Vous êtes trop persuadé, Monsieur, des sentimens de haute estime et d'affection que je vous ai voués pour douter un instant du plaisir que j'éprouve, en vous offrant un souvenir du Pays, dans lequel les chefs-d'œuvre de la littérature Castillane sont si vivement appréciés dans le public comme à la Cour même.

Votre charmante Nouvelle, EL SEÑOR DE BEMBIBRE, tableau spirituel des moeurs et de la nature des sites, où se meuvent les grandes figures romantiques, a eu le même succès parmi nous qu'au delà des Pyrénées.

Le Roi très versé dans la Géographie de votre Pays a de la prédilection pour les Montañas del Bierzo et le paysage de Bembibre récemment vanté aussi par des voyageurs anglais. Le rives du Sil, la Sierras de la Aguiana, le Couvent de San Pedro de Montes au pied d'un pic neigeux Vous ont donné lieu à des descriptions qui révèlent, dans un style pittoresque et toujours harmonieux, un sentiment profond de la nature. = Je saisis cette occasion, pour vous renouveler, Monsieur, l'expression de la haute et affectueuse considération avec la quelle j'ai l'honneur d'être. = Monsieur. = Votre très-humble et très obéissant serviteur. = *Le Baron de A. Humboldt.* = Berlin ce 16 Janvier 1846. = A Monsieur Enrique Gil, Secrétaire de Légation au service de Sa Majesté la Reine d'Espagne.

EL LAGO DE CARUCEDO.

EL LAGO DE CARUCEDO (*).

(TRADICIÓN POPULAR.)

INTRODUCCIÓN.

Hacia los confines del fértil y frondoso Bierzo, en el antiguo reino de León, siguiendo el curso del limpio y dorado Sil, y detrás de la cordillera de montañas que su izquierda margen guarnecen, dilátase un valle espacioso y risueño, enriquecido con los dones de una naturaleza pródiga y abundante, abrigado de los vientos y acariciado del sol. Tendido y derramado por su centro, alcánzase á ver desde la ceja de los vecinos montes un lago sereno y cristalino, unido y terso á manera de bruñido espejo, en cuyo fondo se retratan los lugares edificados en las laderas del contorno, esmaltados y lucidos con sus tierras de labor rojizas y listadas de colores; los navales en flor que parecen menear en el espacio sus flotantes y amarillas cabelleras, como otras tantas nubes de gualda, y los blancos campanarios de las iglesias, que la ilusión óptica producida por la blanda oscilación de las aguas convierte á veces en delgadas, altísimas y frágiles agujas.

Tan agradable perspectiva sube de punto y embellécese más y más según se va acercando el observador, porque

(*) Publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en Julio de 1840.

los cortes y senos de las colinas que rodean el lago forman bahías y ensenadas ocultas, donde las aguas parecen aun más adormidas y quietas, y donde se perciben inmóviles y como encallados barquichuelos del país, que no este nombre sino el de *canoas* merecían, pues que se reducen á dos troncos desbastados y huecos, groseramente labrados, unidos y sujetos por dos travesaños, sin proa, sin vela, sin quilla y hasta sin remos la mayor parte. Entre norte y ocaso levántase la pequeña aldea de *Lago* sobre un altozano de suavísima inclinación que parece bajarse á beber las ondas, y sus casas pequeñas y revocadas por defuera se miran como otros tantos cisnes en la rada que por allí entra en tierra un buen espacio. Crecen en sus huertos y en los del vecino pueblo de Villarrando, situado un poco más arriba, frescos y hojosos árboles que dibujándose en la líquida llanura á raíz de las cuestas y cimas áridas y negruzcas del *Monte de los Caballos*, que toda aquella ladera domina, le dan toda la apariencia de un bello y deleitoso cuadro encerrado en un marco oscuro.

Por el lado del Oriente está asentado el pueblo de *Carucedo* en una fértil cuando angosta llanura, y en la misma dirección y sobre las crestas de los montes más lejanos se distinguen las almenas y murallas del *Castillo de Cornatel*, casi colgado sobre precipicios que hielan de espanto, verdadero nido de aves de rapiña, que no mansión de barones y caballeros antiguos.

Los viñedos, sotos y sembrados del pueblo llegan hasta las *Médulas*, famosas en tiempo de los romanos por las minas abundantísimas de oro que abrieron y explotaron en su término, y de las cuales se conservan maravillosos restos; y cerca de sus últimas casas y siguiendo la orilla meridional del lago campean grupos de venerables, seculares y bellísimas encinas, cuyas ramas, cual si estuvieran abrumadas de recuerdos, bajan en festones y colgantes por demás vistosos, á modo de árboles de desmayo ó de guirnaldas verdes y lustrosas; las montañas que caen hacia aquella mano están algo más desviadas, y á diferencia de las que enfren-

te se encumbran, por donde quiera y hasta en la punta más enriscada de los peñascos hacen alarde de gruesos alcornoques, robles corpulentos y menguados madroños. Por la parte occidental sujetan las aguas unos áridos y descarnados peñascales, y un poco más allá extiéndense largas filas de castaños y nogales que rematan la orla del lago y hacen en el estío perpetua y deleitable sombra.

Si á esto se añade que multitud de lavancos azulados, de descoloridas gallinetas y otras mil aves acuáticas nadan en ordenados escuadrones por la sosegada y reluciente llanura; si se juntan y agrupan en la imaginación el humo de las caleras que de ordinario arden al rededor; el trinar y el revolar de los pájaros, los rumores de los ganados, los cantares vagos y casi perdidos de los barqueros y pastores, y toda la quietud de aquella vida pacífica, concertada, altiva y dichosa, fácil será de adivinar que pocos paisajes alcanzan á grabar en el alma imágenes tan apacibles y halagüeñas como el *lago de Carucedo*.

Era una tarde serena de las últimas de marzo, en que el sol se acercaba á más andar al término de su carrera, cuando un viajero jóven, que largo tiempo había estado contemplando con embebecimiento tan rico panorama, entró en una barca donde armado de su largo palo le aguardaba un aldeano de las cercanías, mozo y robusto. Difícil cosa sería deslindar ahora y señalar camino al confuso tropel de imaginaciones que se disputaban la atención de nuestro viajero; y en verdad que nada tenía de extraño el ademán de distracción apasionada y melancólica en que iba sentado á la punta de aquella primitiva embarcación. Estaba el cielo cargado de nubes de nácar que los encendidos postreros rayos del sol orlaban de doradas bandas con vivos remates de fuego: las cumbres peladas y sombrías del *Monte de los Caballos* enlutaban el cristal del lago por el lado del Norte, y en su extremidad occidental pasaban con fantasmagórico efecto los últimos fuegos de la tarde por entre los desnudos ramos de los castaños y nogales, reberverando allá en el fondo un pórtico aéreo y milagroso de es-

pléndidas é imaginarias tintas, matizado y de prolija y maravillosa crestería enriquecido.

Las manadas de aves acuáticas retirábanse en buen concierto, y calladas como el sepulcro: el ángel de los ensueños dulces y virtuosos había enfrenado las armas más sutiles, y apagado todos los rumores del día, cual si brindase al mundo un sueño de paz en su lecho de sombras y perfumes; y una estrella pálida y sola que por cima del casi borrado castillo de Cornatel había comenzado á despuntar en el confín más remoto del Oriente, cárdeno y confuso á la sazón, venía á embellecer aquel indefinible cuadro con la esperanza de una noche pura y estrellada.

El lago iluminado por aquella luz tibia, tornasolada y fugaz, y enclavado en medio de aquel paisaje tan vago, tan agraciado y tan triste, más que otra cosa parecía un camino anchuroso, encantado, solitario, místico y resplandeciente, que en derechura guiaba á aquel cielo que tan claro se veía allá en su término, y que cruzaba la imaginación en su desasosegado vuelo, complaciéndose en adornarlo con sus galas más escogidas, y en colorarlo con sus más hermosos matices.

Delante de tantas maravillas y á solas con una naturaleza tan tierna, tan virginal y misteriosa, ¡qué mucho que los pensamientos de nuestro viajero flotasen indecisos y sin contorno, á manera de espumas, por aquellas aguas sosegadas! ¡Qué mucho que su corazón latiese con ignorado compás, si por dicha se acordaba (y así era) de haber visto el mismo país en su niñez, cuando su corazón se abría á las impresiones de la vida, como una flor al rocío de la mañana, cuando era su alma entera campo de luz y de alegría, verjel oloroso en que el rosal de la esperanza daba al viento todos sus capullos, sin que la tempestad de las pasiones le hubiese llevado la más liviana hoja, sin que la lava del dolor hubiese secado el más tierno de sus tallos! Hay ocasiones en que siente el hombre desprenderse de este suelo y elevarse por los aires la parte más noble de su ser, y en que arrebatado á vista de un crepúsculo dudoso, de un

cielo claro y de un lago adormecido, con los ojos húmedos y levantados al cielo y con el pecho lastimado, prorrumpe y dice con el tiernísimo y divino Fr. Luis de León:

«¡Morada de grandeza!
 ¡Templo de claridad y hermosura!
 El alma que á tu alteza
 Nació, ¿qué desventura
 La tiene en esta cárcel baja, oscura?»

Al tercer verso de tan sentida endecha llegaría nuestro buen viajero, cuando la voz desapacible del barquero le atajó en su vuelo celestial, diciéndole:

«¡Ah, señor! mire; allí por bajo de *Lago* húbole en otro tiempo un convento.»

Aunque no muy satisfecho el joven de ver así cortado el hilo de sus pensamientos, miró fijamente al barquero, y como viese pintado en su rostro un vivo deseo de contarle algo más acerca del convento inundado y sorbido por las aguas, le contestó:

—Vamos, tú sabes algo de ese cuento, y te lo he de agradecer si me lo refieres.

—Yo, la verdad que le diga, repuso el barquero, no le sé toda la historia; pero si quiere deprenderla, mi tío don Atanasio, el cura, dejónos un proceso muy grande, de su letra todo, que trae cuanto pasó bien por menudo.

—Pero, vamos, le replicó su compañero; tú algo has de haber oído por fuerza, y eso es lo que te pido que me digas.

Encaróse con él entonces el barquero y estuvo examinándole un buen rato, cual si á sí propio se preguntase si detrás de aquella levita abotonada, de aquel corbatín y aquella gorra, no habría escondida tal cual punta de ironía y de burla. Por desgracia, el viajero que encontraba no poco de cómico en semejante examen, hubo de dejar asomar á sus labios una ligera sonrisa, con que, desconcertado y mohino el barquero, le dijo con aire de enojo:

—Yo no le puedo decir más, si no que por un pecado muy grande se anegó todo esto.

—Pues vaya, repuso el otro, endereza hácia la orilla, que los papeles de tu tío me lo declararán sin duda mejor.

Vogaron, con efecto, hacia allá; amarró su *piragua* el aldeano, y tomando la vuelta de *Carucedo*, volvió á poco rato con los papeles de su tío el cura, diciendo al viajero: —Si los quiere, ahí los tiene, porque en casa sólo sé leer yo, y escribir también, añadió con énfasis, que aun voy poniendo mi nombre; pero como mi tío tenía cuasi revesada la letra, cánsanseme mucho los ojos. Además, que el diablo cargue conmigo si algunas veces le entiendo una jota de cuanto dice.

Agradecióle el viajero el presente con corteses razones, y, sobre todo, con un cortés peso duro que hizo reir el alma del paisano; el cuál, dando un millón de vueltas en la mano á su sombrero de paja, y deseando á su compañero mil años de vida con un cumplimiento muy prolijo y enroscado, sin duda para probar que sabía algo de letras, se fué más contento que el día que estrenó sus primeros zapatos.

Parecióle á nuestro viajero por extremo curioso el manuscrito, y acortando ciertas sutilezas escolásticas que el buen don Atanasio no había economizado á fuer de teólogo, lo adobó y compuso á su manera. Como es muy amigo nuestro y sabemos que no lo ha de tomar á mal nos atrevemos á publicarle.

I.

LA PRIMER FLOR DE LA VIDA.

Fuéme la suerte en lo mejor avara,
Sombras fueron de bien las que yo tuve,
Escuras sombras en la luz más clara.

HERRERA.

A últimos del siglo XV alzábanse todavía las torres del monasterio de monjes Bernardos, llamado San Mauro de Villarrando, en el recodo que forma en el día el lago de Carucedo por entre Norte y Ocaso, y á la jurisdicción y señorío de su abad estaban sujetos los pueblos de aquel contorno. Sin embargo, tenían á buena dicha vivir bajo tan blando yugo, porque era su señor un santo hombre lleno de caridad y evangélicas virtudes, hasta tal punto que en toda aquella turbulenta época las demasías del poder no habían costado una lágrima á ninguno de aquellos vasallos.

Contábanse dos entre ellos afortunados sobre todos y felices, porque se amaban con el primer amor, y no parecía sino que para eso solo los había juntado allí la suerte, pues que ninguno había nacido en aquellos fértiles valles, y además un misterio impenetrable envolvía en densas sombras el origen de entrambos. Del joven, que tenía por nombre *Salvador*, solo se sabía que siendo aún rapazuelo y con no poco recato, había llegado á la portería de San Mauro en compañía de un viejo, al parecer escudero, y desde entonces, y sin otra recomendación que una carta sigilosa para el abad, habíase criado á la sombra de aquellos claustros, siendo por sus buenas partes y generosa índole el amor de los religiosos, y en especial del venerable Fr. Veremundo Osorio, su santo prelado. Había cobrado éste un cariño verdaderamente paternal al joven Salvador,

y ora dimanase de esta sola causa, ora ajustase su conducta á las reglas de la ya mencionada epístola, lo cierto es que no contento con emplear la aplicación de su discípulo en diversos estudios, amaestrábale además en toda clase de ejercicios guerreros, y echaba en su alma los cimientos de un cumplido caballero y buen soldado. Y era así, porque en verdad que nunca alma más noble animó tan varonil y hermosa figura; nunca corazón más valeroso latió en el pecho de un hombre. Tachábanle, sin embargo, los que le trataban, de adusto y desabrido en ocasiones: pero nadie se lo llevaba á mal, porque los más discretos achacábanlo al misterio de su vida, y los demás disculpaban estas mudanzas de genio con los vaivenes propios de todo carácter apasionado y ardiente.

El origen y calidad de *María*, que así se llamaba la doncella que amaba nuestro Salvador, no era menos oscuro ni dudoso. Allí había llegado con una anciana, de nombre Ursula, que se decía su madre, y estas dos mujeres, como si se creyesen seguras en aquel apartado rincón de la tierra, habíanse establecido en el pueblo de Carucedo, comprando en su término algunos bienes, y además un escaso rebaño que la joven María apacentaba en aquellos recuestos. Salvador, que sin tregua perseguía los animales montaraces, la vió y amó en la soledad: y esta pasión, que como una flor crecía al manso ruido de las cascadas, y entre el murmullo de las arboledas, tornóse con el tiempo árbol poderoso que echó en el corazón de entrambos profundísimas raíces.

Sin embargo, estos amores que en boca de todos andaban, no llegaron á oídos del anciano Osorio tan pronto como era de esperar, merced al recogimiento de su vida; pero la habitual y melancólica distracción en que vino á caer su discípulo, su hijo querido, no tardó en revelarle que alguna profunda espina estaba clavada en su corazón. Porque es de notar que el alma de nuestro Salvador, sedienta de cariño y de ternura, no se entregaba con todo á las bellas y alegres esperanzas de que sembraba el porve-

nir la inocente y crédula María; antes bien acostumbrado á la soledad y silencio del claustro, imaginativo y grave de condición, y abrumado además con el secreto de su nacimiento, secreto fatal que hasta cumplir los veinticinco años no era lícito arrancar á cierto misterioso papel que el abad guardaba; en su corazón alternaba el resplandor de la dicha con las sombras de la duda y de la incertidumbre, y un millón de recelos, á modo de aves agoreras, poblaban siempre el camino de sus pensamientos. Combatido de tantos y tan dolorosos vaivenes, amaba, no obstante, cada día más, porque si es dulce cosa el amor á los veinte años, para un corazón llagado de amargura se convierte en un consuelo inefable y celestial.

Como quiera, el buen Osorio, que solo había llegado al puerto de quietud al través de los escollos y tormentas de las pasiones, leía harto claro en la frente de aquel joven el origen de su tristeza y la lucha de encontrados afectos que se disputaban su espíritu. Las semillas de virtud y de honor que en él había derramado con mano pródiga, y que ya comenzaban á dar tan abundantes como sazonados frutos, ponían su alma al abrigo de toda inquietud en punto á los intentos de Salvador; porque bien sabía que sus sentimientos podrían acarrearle en buen hora la desdicha, nunca, empero, la deshonor: no obstante, deseoso de sondear su llaga, y aun de remediarla, si ya no es que llegaba tarde, en un largo paseo que dieron un día al caer el sol, por la huerta del monasterio, tendida á la sazón por el espacio que ocupan hoy las aguas del lago, sin duda hubo de sacar á plaza tan delicado asunto, porque la conversación fué larga, agitada y misteriosa. Volvían ya lentamente á la abadía, cuando antes de entrar se oyó que Salvador decía con respeto al abad:—Sí, padre mío; cuanto me habéis dicho, antes me lo he dicho yo; el sacrificio que de mi entereza reclamáis, ya hace tiempo que lo tengo yo resuelto, porque bien sé que el honor es de más subido precio que la felicidad y que la vida, y ese mísero honor y la veneración filial que os debo, me mandan aguardar el fallo del te-

rrible papel; pero dejar de amarla es imposible, añadió con violencia, y más imposible aún que vos me lo ordenéis. Su amor es para mí como la luz, como el aire, como la libertad, y no tengo más corazones que á mí se inclinen, que el de un viejo cercano ya del sepulcro, y el de un ángel que me abre las puertas de la vida. Mirad, el otro día soñé que un guerrero me la robaba, y cuando desperté, me ví en pie en mitad de mi aposento, con los cabellos erizados y en la mano mi cuchillo de monte, con el cual buscaba el corazón de mi enemigo.—El buen abad meneó entonces la cabeza suspirando y apoyándose en el brazo de Salvador, entraron los dos muy despacio por un embovedado y estrecho pasadizo que guiaba á la escalera principal, donde se separaron.

Larga y desvelada fué aquella noche para el enamorado mancebo, que apenas vió los primeros destellos de la aurora blanquear en el Oriente, con el arco á la espalda y su fiel cuchillo al lado, tomó la vuelta de las Médulas en busca de una deliciosa hondonada donde solía ir María á apacentar su hato. Formaban los peñascos de alrededor una especie de media luna vestida de encinas enanas, de desnudos alcornos y de urces en flor, y en una fresca gruta que en el costado derecho se descubría, entapizada de musgo y de olorosas violetas, estaba sentada la bella pastora, fresca y galana sobre todo encarecimiento. Las líneas purísimas de su ovalado rostro, sus rasgados ojos negros llenos de honestidad y de dulzura, su frente, blanca y apacible como la de un ángel, la nevada toca que recogía sus cabellos de ébano, el airoso dengue encarnado que ligeramente sonroseaba su cuello de cisne, y su plegada y elegante saya, le daban una apariencia celestial.

En aquel momento debía pensar sin duda en sus amores, pues acariciaba con distraída mano á su leal perro, y estaba casi melancólica de puro feliz. Desarrugóse al verla la frente del gallardo cazador, y apresuradamente se acercaba á su encuentro, cuando por cima de las rocas que enfrente de la gruta se extendían, acertó á mecer el viento

una pluma de aguila. Paróse entonces y mirando con cuidado, sintió que le daba un vuelco el corazón al ver debajo de la pluma un gorro de ricas pieles, y debajo del gorro un semblante adusto y desabrido que con ojos codiciosos devoraba desde allí las gracias de la descuidada niña. Conocióle al punto Salvador, que harto conocido habían hecho á aquel hombre sus desafueros por todas las cercanías: pensó en su sueño, requirió su puñal, y de sus labios se escaparon confusamente no sé qué palabras, que así parecían arrancadas por una momentánea cólera, como hijas de una resolución firme, inexorable y duradera. Entonces fué cuando los ojos del desconocido se encontraron con los suyos, y viendo aquel varonil y denodado semblante que con tanto ahinco le encaraba, bajó lentamente de su risco, lanzándole antes una mirada de despecho. Internóse después en la espesura, y á poco rato se oyó el son lejano y confuso de un cuerno de caza que tocaba á recoger los dispersos cazadores.

Púsose á pensar entonces en su situación nuestro valiente mozo, y como por una inspiración súbita se le viniesen de tropel á la memoria ciertas palabras sueltas y terribles de la anciana Ursula, que revelaban no sé qué misterios de persecución y amargura, resolvióse á dar parte de este suceso al venerable Osorio antes que á nadie: pero como su corazón, acostumbrado á mostrarse todo entero á los ojos de María, difícilmente podría recatarle el nuevo secreto que le abrumaba, resolvióse á no hablarla en aquel día. Por otra parte, ocupaban su imaginación negros recelos é inquietudes: así fué que se quedó rondando á manera de vigilante sabueso hasta la caída de la tarde, en que su amada, recogiendo sus ovejas, se encaminó al pueblo, no sin mirar muchas veces con desasosiego y tristeza alrededor, cual si se viese burlada en alguna dulce esperanza. Siguióla á lo lejos su apesarado amante, hasta que la vió desaparecer bajo las encinas que adornan la entrada de Carucedo, y en seguida aceleró el paso hasta llegar á la abadía.

Era la hora del crepúsculo vespertino, y aunque había aún bastante claridad en el aire, ya los objetos lejanos iban perdiendo sus contornos, envueltos en los primeros vapores de la noche: solo el castillo de Cornatel, gracias á las líneas rigurosas de sus muros, y á su situación que le hacía descollar sobre el fondo oscuro de los montes lejanos, aparecía aún claro y distinto.

Todo este paisaje miraba el piadoso abad desde la larga azotea de su cámara, cuando entró Salvador descolorido, sombrío y desgreado.—¿Cómo así, Salvador? le preguntó Osorio sobresaltado: no parece sino que has recibido alguna herida mortal, según lo pálido y turbado que llegas.

—Mortal, en verdad, padre mío, respondió éste: mi sueño no era una mentira, sino un presentimiento de mi leal corazón. Su fantasma ha tomado cuerpo á mis ojos, y me la quiere robar.

—¿Cómo! interrumpió el abad asombrado: ¿hay por aquí quien se atreva á semejante desmán? ¿No saben que á mi báculo de paz acompaña la espada de la justicia? ¿Quién es el temerario?

Extendió Salvador el brazo hacia el Oriente, y le mostró la masa del castillo de Cornalel, que todavía se alcanzaba á ver en la cresta de la montaña.

—¡Don Alvaro Rebolledo, el castellano de aquella fortaleza! exclamó el religioso con espanto.

—El mismo, replicó Salvador con una frialdad que daba demasiado á entender la firme resolución que alimentaba su alma.—Hubo entonces una breve pausa, y era de ver al hombre de la edad y de la prudencia, dolorosamente trabajado por amor de sus hijos; y al hombre de las pasiones y de la juventud sereno y tranquilo, como quien ha llegado á una de aquellas situaciones extremas y solemnes, en que es imposible volver atrás la planta. El abad fué el primero á romper el silencio.

—¿Y qué has pensado, Salvador? le dijo ya con calma.

—He pensado, respondió éste mirándole con sus ojos

garzos y rasgados fijamente, que soy hombre, amante y caballero, si no por mi alcurnia, á lo menos por mi corazón.

—Y por tu alcurnia también, repuso gravemente Osorio; que puesto que tu nacimiento sea también un misterio para mí, todavía la carta del santo abad de Cardeña me declara que Dios te hizo noble como la primera luz que viste.

Salvador alzó los ojos al cielo, donde ya brillaba una estrella rutilante, y enjugó una lágrima de gratitud al verse igualado con su rival. Osorio lo vió y le dijo:

—Escucha, hijo mío; estamos á la boca de la caverna del tigre, y si comparamos nuestras fuerzas con las suyas, más desvalidos y flacos nos hallaremos que el cervatillo de los montes. Ese hombre, caudillo de la devoción y bando del poderoso conde de Lemus, señor de Ponferrada, puede llamar en su ayuda multitud de hombres de armas de su guarnición, y aunque yo armase todos mis vasallos, no alcanzaríamos á parar su ímpetu y soberbia. Ya ves que todo propósito de venganza nos perdería sin remedio.

—Pero, señor, replicó el mancebo, ¿ni aun rescoldo y cenizas quedan en el pecho de ese hombre de la santa hoguera del honor?

—Ni aun eso queda, contestó el santo abad; los vicios han empedernido su corazón y secado en su alma la fuente del bien. Sus vasallos lloran hilo á hilo en la noche su humillación y desventura, como el antiguo profeta; y á modo de los cautivos israelitas, por su dinero beben su agua y con su dinero compran su pan. Sin embargo, si es cierto que aun el impío se pone en pie delante de la cabeza calva, yo iré al encuentro de ese hombre y le hablaré en nombre de su Dios, que también es mi Dios.

—¿Y María? repuso con angustia Salvador.

—Fíate de mi prudencia, contestó el religioso, porque si algo llegase á entender la pobre Úrsula, tengo por cierto que ni tú mismo sabrías el paradero de las dos y las perderías para siempre.

Al otro día muy de mañana el santo abad con su báculo

y su diurno emprendió el largo camino que mediaba entre el castillo y la abadía. Llamó de paso á la puerta de Úrsula, y entrando por ella con no poca estrañeza de las dos mujeres, como viese á la doncella á punto de salir con su hato, apartó un poco á la anciana y le dijo con sosiego:—No dejéis salir á María hasta que esté yo de vuelta, porque se ha levantado pleito entre el señor de Cornatel y mi abadía sobre el señorío de ciertos terrenos, y hasta dejar orillado este asunto me pesaría de ver que ninguno de mis súbditos quebrantase la tregua que tengo determinada. Allá voy, y por la tarde os diré lo que resuelto dejemos.

Aunque el acento del piadoso varón rebosaba tranquilidad y calma, no por eso dejó de mirarle con ansiedad, mientras hablaba, aquella mujer.—Padre mío, le preguntó con zozobra, ¿nos amenaza algún nuevo riesgo? ¿Todavía no está llena la medida de nuestras persecuciones? ¿Sería cierto que nos vemos asomadas á un abismo?

—Con que, según eso, repuso el prelado sonriendo con cierto aire jovial, ¿en abismo nos convertís á mí y á mis santos religiosos? Pues en verdad que no deberemos quedaros muy obligados por la transformación.—Y viendo que ni aun así quedaba tranquila, añadió con gravedad:—Por ahora no hay que temer, porque estáis bajo mi guarda y amparo;—y en seguida enderezó sus pasos hacia el castillo de Cornatel. Hacía poco que había salido el sol cuando se puso á trepar el agrio repecho á cuyo término se levanta, aun en el día, esta fortaleza; y cuando llegó á la barbacana ya estaba bien alto. Los ballesteros que allí estaban de guardia, cuando vieron llegar á un religioso sólo con su bastón de peregrino, apresuráronse á franquear la puerta, y su comandante cruzando con él el puente levadizo, y guiándole por una estrecha y oscura escalera de caracol, le acompañó hasta una especie de antesala, donde unos hombres de desalmada presencia se entretenían en jugar á las tres en raya con un copioso jarro de vino y unos vasos de estaño sobre la mesa. Respondieron con algo de desabri-

miento al saludo del abad, y pidiéndole después uno de ellos permiso con tono irónico para continuar en su pasatiempo, mientras otro daba parte al amo de la visita, sin curarse más de su huésped que si se tratara de un tonel vacío, tornaron á su tarea. A poco rato volvió el mensajero é introdujo al abad en el aposento de don Álvaro.

—¿Qué diablos trae por aquí semejante abejaruco? preguntó uno de aquellos perdonavidas; ¿será que nuestro amo piense convertirse? Tú, Tormenta, que has hecho de introductor, dí, hombre, ¿qué gesto puso don Álvaro cuando le anunciaste la llegada del padre?

—El mismo que pones tú, Boca Negra, cuando por tu acostumbrada torpeza ves que te van llevando el dinero bonitamente, sin acertar á poner tres en raya una sola vez.

—Con que, ¿es decir que Dios no le ha tocado todavía el corazón? replicó con alegría Boca Negra; ¡sea su nombre bendito y alabado! Porque en verdad os digo, mis ovejas, que si al capitán se le antojase de repente tornarse hombre de bien, no sé lo que había de ser de nosotros.

—Sin embargo, ¿quién sabe, repuso otro, si este buen fraile hará con él lo que el Salvador hizo con el buen ladrón? que aunque en verdad no sea él como Cristo, tampoco nuestro amo llega ¡mal pecado! ni á la suela del zapato del buen ladrón.

Riéronse los valentones de la ocurrencia, y para remover estorbos y quitar amargores de boca, determinaron de tirar al fraile, si otra vez volvía, por una ventana que daba á un precipicio de más de cien varas, y volvieron á su juego.

Abrióse, por fin, después de largo rato, la puerta del aposento de don Álvaro, y aparecieron en su dintel el castellano y el abad. Acalorada debería de haber sido la plática, pues que los semblantes de ambos venían alterados, si bien el de don Álvaro no respiraba sino avilantez y orgullo, mientras el de Osorio revelaba toda la dignidad de un alma elevada y de una conciencia pura. Acompañóle el caballero con altiva cortesía hasta la escalera de caracol, y saludándose allí friamente volvióse el uno á su recámara y el otro

salió paso á paso del castillo, turbado el ánimo y lleno de mil negros pensamientos. Sin embargo, cuando llegó á casa de Úrsula, compuso y serenó su venerable rostro para decirle que todavía no quedaban aclaradas las dudas, y que de consiguiente cuando María sacase á pacer su rebaño, lo llevase á las lomas y valles vecinos al monasterio, hasta que por vías amistosas aquel litigio se arreglase. Tenían ambas mujeres ciega confianza en las virtudes del abad, y así se pusieron en sus manos, como pudieran entregarse en las de Dios. Aceleró en seguida el religioso sus tardos pasos, y ya el sol se ponía entre nubes de oro, de púrpura y morado, cuando llegó al atrio de San Mauro, donde ardiendo en inquietud y vivas ansias le aguardaba Salvador.

—¿Qué nuevas traéis, padre y señor mío? le preguntó con acento turbado, saliéndole precipitadamente al encuentro y agorando desdichas á vista de su apesadumbrado continente.

—He soltado mi voz en el desierto, contestó el anciano, y ni aun en aquellas bóvedas he encontrado un eco que repitiera mis palabras de paz y de amor. El malvado libra su esperanza en sus caballos y sus armas; y harto claro me ha dejado ver sus inicuos planes. Salvador, dijo después resueltamente, el honor de María corre peligro aquí, y es preciso que se marche.—El joven se retorció las manos de desesperación.—Ya yo mismo la hubiera acompañado hasta ponerla en salvo, continuó el santo abad, pero el impío ha tendido sus redes, y no levantará mano hasta consumir su perdición. Así que, mañana al romper el alba mandaré un correo á mi hermano el abad de Carracedo, que tiene aprestado cierto número de lanzas y peones para ayudar á los reyes en la guerra de Granada, y pediréle que me acorra en este trance con una fuerza poderosa para defender á María y á su madre en su viaje, y sacarla de las garras del león. En tanto, aunque no es de sospechar que á nuestros mismos ojos suceda ningún desmán, tu deber es guardar á la huérfana desvalida y mirar por ella: que Dios y tu derecho sean contigo.—Dicho esto partió aquel santo varón á encerrarse en su celda.

—Que Dios y mi derecho sean conmigo, repitió Salvador, y que la mengua y el oprobio caigan sobre el que sólo se atreve á desamparadas mujeres.

Rayó la luz del siguiente día y ya el mensajero de Osorio caminaba la vuelta de Carracedo, cuando salía la joven zagala con sus ovejas en busca de las laderas del norte, no poco sentida y aun enojada de la indiferencia de su amante, mientras éste por su parte, juguete de la esperanza y de la inquietud, temblando por María y ardiendo en deseo de venganza, se encaminaba á un encumbrado pico que llamaban los naturales la *Espera del Corzo*, y que señoreaba todo el país. No muy lejos y en la cumbre de una baja colina había un delicioso prado natural, de umbríos castaños y espesos matorrales guarnecido, en mitad del cual brotaba una copiosa fuente que con sus aguas reverdecía aquella alfombra de esmeralda y flores, llamada el *Campo de la Legión*, recuerdo sin duda del antiguo dominio de los romanos en aquella tierra. No bien acababa de apostarse nuestro cazador en su atalaya, cuando por entre los castaños del Campo de la Legión apareció un rebaño y detrás de él una mujer de aéreo talle y peregrinas formas. Conocióla al punto y murmuró en voz baja.—¡Es ella!

—Sentóse la niña á la margen de la fuente, y con pensativo y triste ademán púsose á mirar las frescas olas que entre la yerba se perdían: clara señal de que alguna nube empañaba el cielo azul de sus ilusiones. Mirábala Salvador embebecido, y sin embargo, atento á su seguridad antes que á los impulsos de su propio corazón, escudriñaba con sus ojos de águila todas las honduras y collados: pero sólo vió aldeanos desparramados por los montes que sin duda iban á hacer leña. No dejó de llamarle la atención su número, pero el arreo le quitó todo recelo. Así se pasó la mañana, y ya estaba bien entrada la tarde, cuando Salvador, viendo que por el camino del castillo no asomaba el menor bulto, y que todo estaba tranquilo y en reposo, bajó de su risco para ir á consolar la pena de María, y torciendo á la izquierda presto llegó al pie de la colina por cuya mesa

se extendía el Campo de la Legión. Comenzaba á trepar su blanda cuesta, cuando llegaron á sus oídos agudos y lastimeros ayes, y como conociese de cuyo pecho salían, voló en busca de la doncella como ciervo herido en busca de los arroyos del valle. Llegó desalado á los matorrales que guarecían la pradera, y se quedó confuso al ver á don Álvaro. ¿Por dónde había venido?..... pero, qué le importaba saberlo? ¿no lo tenía allí á solas? Así es que en aquel punto le pareció más hermosa su venganza que la misma María. Estaba la cuitada á los pies del feroz guerrero, y en vano se esforzaba éste en levantarla, mostrándose hasta cortés y rendido; porque la triste, deshecha en llanto, con los cabellos en desorden y la toca caída, desolada y arrastrándose de rodillas, sólo pensaba en desasirse de las nervudas manos de aquel hombre, y para ello le conjuraba por lo más sagrado.—¡Oh! por Dios, por Dios santo, noble caballero, le decía con angustia, soltadme, ¿qué honra sacaréis de atropellar así á una pobre muchacha, vos que debíais protegerla, porque sois fuerte, porque sois noble?..... ¡soltadme por amor de vuestra madre, por amor de la mía que se moriría de verse sola! ¡soltadme y toda mi vida rogaré por vos de rodillas, y no me acordaré sino de que fuisteis generoso, y de que os dolisteis del desvalido!.....

—María, respondió el caballero alzándola del suelo con violencia; te amo tanto, que antes que sin ti volvería sin vida á mi castillo.

—¡Mentís, cobarde, mentís! repuso la doncella encendida en cólera; ¡villano! ¡mal caballero! Salvador, Salvador mío, gritó con desesperación, ¿cómo no vienes en mi ayuda?

—¡Aquí estoy! respondió á su espalda una voz bien conocida.—Soltó don Álvaro á la niña que casi exánime fué á caer á los pies de Salvador, abrazando sus rodillas y exclamando:—¡El corazón me lo daba! ¡El corazón me lo daba que no me faltarían Dios y tu brazo, vida mía!.....

—Ahora piensa en ti, contestó Salvador: por la encañada de los ruseñores vas segura y desembocarás en el convento: ampárate de sus muros que yo al punto te sigo.

—No iré tal sin tí, replicó ella: aquí moriremos juntos.

—No es tu vida lo que buscan, sino tu honra, dijo Salvador. Huye, añadió con angustia, porque los bandidos de este hombre andan cerca, y si viese que caías en sus manos, yo mismo te daría de puñaladas.—La doncella huyó.

Quedáronse frente á frente los dos rivales, mirándose con ojos encendidos. A los pies de don Álvaro había un capote de aldeano que explicó á nuestro joven el misterio de esta aventura. Por altivez callaba el caballero, y Salvador callaba también, porque apenas era dueño de los extraños ímpetus que arrebatában su alma. Reportóse, sin embargo, como pudo, y dijo á su rival:—En verdad, señor caballero, que no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. Sólo estamos y Dios es nuestro juez.

—¿Sois noble? le preguntó Rebolledo con ironía.

—Sí á fe, contestó sin descomponerse Salvador; y prueba de ello es que pude, y aun quizá debí, pasaros en claro y á mansalva con una flecha, y no lo hice por buscaros cara á cara.

—Voy á llamar á mis arqueros para que os prendan, y os hagan volar desde el más alto torreón de mi castillo al riachuelo que pasa por debajo, y que tiene, según dicen, un agua tan fresca, que allí podréis templar vuestra cólera. —Aunque Salvador tenía el arco armado, dejóle hacer; y aplicando el caballero su cuerno de caza á los labios, sacó de él un punzante y prolongado gemido. Al punto, aunque lejano, respondió otro de igual especie.—Bien está, dijo entonces.

—¿Con que tenéis miedo? repuso Salvador, prorrumpiendo en sardónica y destemplada carcajada. ¡Vive Dios que me maravilla! porque en este mismo sitio acabáis de dar tales muestras de vuestra persona y con tan formidable enemigo, que el mismo Lanzarote os hubiera envidiado por ellas. Sin embargo, la precaución es cuerda, porque nunca me propuse que los cuervos se comiesen vuestro noble corazón, antes pensaba hacer que os enterrasen con la debida honra; pero una vez que vuestros arqueros van á

tomarse ese trabajo, sacad vuestro puñal como yo el mío, y armas iguales, y á prisa, porque ya veis que tengo poco espacio. No os acobardéis, vive Dios, porque, como decimos por aquí los villanos, de hombre á hombre no va nada.

—¡Perro! dijo el caballero desenvainando su puñal, y casi ahogado de cólera; tengo de arrancarte la lengua y azotarte con ella el rostro:—y diciendo y haciendo se fué para Salvador. Comenzó entonces una porfiada lucha, en que por una parte la destreza y la cólera, y por otra la bravura y agilidad peleaban con igual esfuerzo. Ya hacía un rato que batallaban sin ventaja, cuando á raíz de la colina oyóse ruido de armas y de gente.—Tu fin se acerca, dijo don Alvaro.—Y el tuyo llegó ya, respondió Salvador, y dando un prodigioso y no pensado salto, derribó por tierra á su contrario y le hundió el cuchillo en el pecho hasta la cruz.—¡Socorro! ¡socorro! gritó don Alvaro revolcándose en su sangre, en tanto que sus atónitos arqueros acudían á dárselo, y Salvador huía por el opuesto lado.—¡Socorro! ¡confesión! repetía con ansia; y en esto se le cortó el habla y espiró apretando el puñal con fuerza convulsiva.—Por allí se escapó el asesino, dijo uno de los arqueros.—Es Salvador el de la abadía, repitieron dos á un mismo tiempo; y asomándose todos allí, ya no vieron á nadie. A los pocos minutos entraba Salvador en el aposento de Osorio palpitante y sin aliento.—¿Y María? le preguntó: ¿dónde está María?

—¿Qué es esto, Salvador? exclamó el abad espantado.

En breves y desordenadas razones le contó Salvador lo ocurrido.—Huye, dijo entonces el abad, y escóndete en la cueva de las Médulas que llaman la *Palomera*, que esta mismo noche iré á buscarte y á llevarte noticias de María. Sin aguardar á más salió el mancebo, cruzó rápidamente la huerta del monasterio, saltó la cerca, y por un valle que llaman en el día *Foy de Barreira*, tomó el camino de las Médulas.

A poco rato se dirigían pausadamente á Cornatel los arqueros del castillo, conduciendo el cuerpo de su señor en una camilla hecha de ramas.

Las once de la noche serían cuando una especie de sombra se deslizó por la boca de la Palomera.—¡Salvador! dijo.—¿Quién me llama? respondió este.—Yo, respondió el afligido abad. Hijo mío, añadió, cumpliéronse mis desdichados pronósticos: Ursula y María han huído sin llevarse más que sus alhajas, y aunque gentes de mi confianza las han seguido hasta la barca en que cruzaron el Sil, allí se han perdido del todo sus huellas. Por otra parte tú no puedes permanecer en el país, porque los arqueros de don Alvaro te han visto y te amaga la venganza de un poderoso.—¿Con que es decir que en un mismo día pierdo todo cuanto amaba en la tierra? contestó Salvador.—Todo, respondió aquel varón piadoso, menos la honra y el amor de nuestro padre común que está en el cielo.

—Salvador sollozaba en la sombra, y el viejo sentía partirse el alma.—¿Han llegado ya los hombres de armas de Carracedo? preguntó por fin el joven.—Esta noche han llegado.—¿Y cuando parten para Andalucía?—Mañana volverán á su monasterio y pasado saldrán de allí la vuelta de Córdoba.—Con ellos me voy, padre mío: quiero morir bajo los estandartes de la cruz.

Con esto salieron de la cueva silenciosos y tristes, y por trochas y veredas desusadas llegaron á la abadía. A la mañana siguiente antes de rayar el día salió Salvador con sus nuevos compañeros, no sin recibir antes las lágrimas y bendiciones del buen abad, amén de un bolsillo bien provisto que según dijo le habían entregado al confiarle su educación. Cuando llegaron á la cima del Monte de los Caballos volvió el suyo Salvador para mirar por última veza aquellos sitios.

Derramaba el alba sus pálidas claridades por detrás del castillo de Cornatel, esmaltaba los rojos y agudos picos de las Médulas, y apenas blanqueaban á su escasa luz las torres de San Mauro: todo lo demás aparecía borrado y confuso. Pensó entonces en aquel santo hombre, guarda y amparo de su niñez, en aquel amor perdido, en aquellas esperanzas convertidas en humo, y con los ojos anublados ex-

clamó:—¡Oh! ¿cuándo volverán á mi corazón la frescura y verdor que se han caído de él?—Enjugóse en seguida las lágrimas, serenó el semblante y apretando los hijares de su palafren, fué á reunirse con los soldados.

II.

LA FLOR SIN HOJAS.

Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.

Si el corazón de Salvador no hubiese salido tan roto y ensangrentado de su primera prueba, sin duda se estremeciera de entusiasmo y de alegría al verse llamado al sublime juicio de Dios, de que iba á ser teatro la Vega de Granada, y en que la cruz y la media luna se aprestaban á pelear por el imperio del mundo y de los siglos; pero si, como dice un famoso poeta, «la flor y verdor de la vida mortal pasa con el día, y por más que torne abril, no torna á verdear ni á florecer», no extrañaremos que el cazador de San Mauro caminase la vuelta de Andalucía pensativo y triste en medio de sus regocijados compañeros. Llamábase Juan Ortega de Prado el que aquel tercio acaudillaba, y era natural del Bierzo: soldado de gran corazón y altos pensamientos, endurecido en las fatigas de la milicia, codicioso de honra antes que de botín. Aficionóse por extremo de la gentileza y brío de nuestro Salvador, y cautivado de su trato apacible y cortés, de su hidalguía, y hasta de su misma tristeza, estrechó con él amistad y buena correspondencia, en términos, que no poco suavizó sus pesares y dolorosos recuerdos, ensanchando á sus ojos el camino de las armas y de la militar nombradía. Como quiera, la saeta estaba fija y enarbolada en su pecho, y á todas partes llevaba su dolor consigo; pero una esperanza lejana que á manera de crepúsculo dudoso alumbraba su alma por ven-

tura, y además su natural denuedo y noble sangre, le encendían en ansia de pelear.

Agujado de tan generosos ímpetus, llegó con sus compañeros á Córdoba á principios de febrero de 1482. Estaba la tierra toda alborotada y embravecida con la pérdida y desastre de Zahara, acaecida en los últimos días del año anterior, y á fuer de capitanes experimentados, aprovechábase Diego de Merlo, asistente de Sevilla á la sazón, y don Rodrigo Ponce, marqués de Cádiz, del general encendido, juntando á orillas del Guadalquivir buen golpe de gente con que tomar justa satisfacción del daño y agravio recibidos. No desperdió Juan Ortega la ocasión que se le venía á las manos, antes con gran diligencia encaminóse con su tercio á Sevilla, donde se presentó al marqués de Cádiz, que no poco se holgó de llevar en su compañía tan buena lanza, y le despidió con suma cortesía. Habían venido nuevas de que la villa de Alhama tenía flaca guarnición, y esa desapercibida, y determinados de entrarla de rebato, con gran precaución y cautela salieron ambos jefes de Sevilla, llevando consigo dos mil y quinientos de á caballo y cuatro mil peones.

Palpitábale el pecho de extraña manera á Salvador al ver cumplido uno de sus más ardientes deseos. Caminaban con gran priesa y recato por sendas excusadas y tan ásperas, que la fatiga casi llevaba apagada la sed del botín y el odio á aquella gente descreída, cuando llegaron al fin del tercero día á un valle por todas partes cercado de recuestos y altos collados, donde los soldados supieron que estaban á media legua de Alhama, con lo cual les volvieron las esperanzas y el brío. Concertáronse el de Cádiz y el asistente sobre la manera de dar el ataque, y acordaron que Juan de Ortega y Martín Galindo (soldados también de gran fama), se adelantaran con trescientos soldados prácticos y escogidos, y vieran de apoderarse del castillo. Excusado nos parece decir que Salvador caminaba de los primeros al lado de su capitán, y que llevaba uno de los cargos más atrevidos de tan ardua empresa. Era una de aquellas noches

templadas y serenas que extienden sus estrellados pabellones sobre la dichosa Andalucía, cuando nuestros aventureros se acercaban recogidos y silenciosos al castillo de Alhama. Hicieron alto guarecidos de unas matas de árboles que allí cerca crecían, y en tanto Martín Galindo, Ortega y Salvador, llegaron por diversos lados á raíz de la misma muralla, para ver si algún rumor por dentro se escuchaba; pero el fuerte castillo asemejábase á un vasto sepulcro, y ni los pasos del centinela, ni el relincho del caballo, daban á conocer la estancia de los guerreros. Estuvo nuestro joven largo rato con el oído atento y cuidadoso, sin escuchar sino los latidos de su corazón: nada turbaba el silencio del interior ni de las afueras. Arrodillóse entonces é hizo una fervorosa plegaria á la madre de Dios, de quien siempre había sido muy devoto, pidiéndole denuedo contra los enemigos de su nombre. Este nombre santo trájole á los labios otro de dulce y doloroso recuerdo, y pensando que tal vez iba á morir sin que bañase su huesa ni una sola lágrima, sintió apretársele el corazón.

Volvían en esto de su ronda Ortega y Martín Galindo, y como le hallara de hinojos todavía, dijóle el primero en tono bajo y un tanto irónico:—«¿Os ofrecéis por caballero de la Virgen, Salvador, que así os ponéis á orar antes de la batalla? Pues por la de la Encina, que creí que habíais tenido lugar para eso en San Mauro.»—Pesóle de la burla á Salvador, pero nada dijo, sino que llegando con gran priesa á donde el grueso de la gente estaba, y arrebatando una escala, arrimóla en seguida á la muralla, y subió con valerosa determinación, mientras Ortega y Galindo hacían lo propio por su lado. Esparciéronse los tres por los adarves, matando tal cual centinela dormido que encontraban; pero Salvador, ganoso de aventajarse á todos en aquella memorable facción, echó por una escalera que guiaba al patio, con intención de abrir la puerta á los de afuera y allanar la rendición del castillo. Hízolo así bajando brioso por medio de aquella oscuridad y temeroso silencio, y ya casi alcanzaba el logro de su intento, cuando al pasar junto al cuerpo

de guardia que estaba cerca del rastrillo, acertó á salir un moro descuidado y medio desnudo. Sintió rumor de pisadas, y preguntó con voz entera ¿quién va? Respondióle Salvador hiriéndole de una punta, que le hizo dar en tierra, gritando con las ansias de la muerte:—¡Al arma, al arma! los enemigos tenemos dentro.—Despertóse á las voces la guardia, y saliendo de tropel, cerraron con Salvador, que por su parte solo sentía el malogro de su empresa. Procuraba ganar terreno hacia la puerta, pero cercábanle por todas partes sus enemigos, y aunque sus golpes caían tan recios que no había adarga que los parase, era poco lo que adelantaba. Conoció sus deseos el moro que allí mandaba, y gritó entonces con todas sus fuerzas:—«¡El rastrillo! ¡bajad el rastrillo!» Pero no fiándose de nadie, abalanzóse á la escalera con intento de hacerlo por sí propio, mientras los demás, viendo los desmedidos esfuerzos que hacía Salvador para ganar la puerta, redoblaron asimismo los suyos. Apurada era su situación, porque el estruendo que sonaba en los pasadizos del castillo, harto claro le daba á entender los peligros que sin duda corrían sus compañeros, y una vez echado el rastrillo, podían los de adentro acudir á la muralla, volcar las escalas, y entonces solo les quedaba una muerte gloriosa y la pesadumbre de ver desbaratada una hazaña de tan venturoso principio. Acorralábanle en tanto más y más sus enemigos, y aunque había ya tres tendidos delante de él, ciegos de ira y de vergüenza los demás, atropellaban por todo temor con menosprecio de sus vidas. En este tiempo el jefe de la guardia, puesto ya sobre un terraplén superior, les gritaba:—Apretadle, que va á caer el rastrillo y es nuestro, cuando dando una gran voz y diciendo «Mahoma, valme», cayó con la cabeza hendida por el medio del terraplén abajo. En seguida, y á modo de torbellino, salían por la puerta de la escalera dos guerreros que traían mal parados delante de sí unos cuantos moros, y que sin reparar en el número arremetieron con los contrarios de Salvador. Eran los tales Martín Galindo y Juan de Ortega, y aprovechándose nuestro mancebo de tan útil di-

versión, corrió á la puerta del castillo, abrióla de par en par y dió larga entrada á los de afuera, que de rondón se precipitaron, rompiendo y destruyendo cuanto se les ponía por delante. Reuniéronse entonces los tres amigos, y puestos á la cabeza de los suyos, poco tardaron en matar ó prender el resto de la guarnición, quedando dueños y señores del castillo. Al día siguiente, después de una porfiada y recia batalla, entraron asimismo en el pueblo los cristianos, acaudillados por los mismos capitanes de la noche anterior, que se aventajaron maravillosamente á todos los demás.

Puso esta pérdida en gran consternación á la morisma, como que veían á los enemigos en el corazón de sus tierras: y sobre ellas se compusieron endechas y romances de tristísima tonada. El viejo rey Albohacén juntó aceleradamente su ejército de tres mil de á caballo á cincuenta mil peones, y con ellos caminó la vuelta de Alhama. Combatióla encarnizadamente durante muchos días, y aun llegó á sacar de madre el río de que se provee aquella villa, pero nada pudo contra el esfuerzo de los cristianos. Distinguióse Salvador en todos los lances y escaramuzas, poco contento de la alta prez que ganara de antemano, de modo que el marqués de Cádiz cobróle gran estimación y le hizo muchas honras.

Como quiera, el aprieto de nuestra gente era tal, que toda la Andalucía se alborotó y conmovió. Contábase por el más poderoso entre los señores de esta tierra á don Enrique de Guzmán, duque de Medina-Sidonia, y en él tenían puesta todos la esperanza, si bien flaca por andar revuelto y enemistado con el de Cádiz, pero era harto hidalgo para anteponer particulares enojos al procomunal y á la ley de la caballería: así fué que sacando el estandarte de Sevilla, y juntándose con don Rodrigo Téllez Girón, maestre de Calatrava; don Diego Pacheco, marqués de Villena y otros señores, acudió al socorro de sus hermanos. Alzaron el cerco los moros y se retiraron sin pelear, mientras los cercados salían al encuentro de sus libertadores con lágri-

mas de alegría en los ojos. El de Cádiz fuése con los brazos abiertos para don Enrique, y con palabras en sumo grado comedidas y corteses, pusieron término á las desavenencias que traían divididas las dos casas, sellando el pacto con el general alborozo. Pasaron alarde al otro día del ejército cristiano, y á su vista fueron armados caballeros por el de Cádiz, Juan Ortega y Salvador, calzándoles las espuelas el de Medina-Sidonia.

Por lo que toca á Martín Galindo, que ya lo era de Santiago, hiciéronle presente de una banda de honor y de un riquísimo alfanje cogido en el saco de Alhama. Todos aquellos señores les honraron á porfía, saludándolos como á hombres los más arriscados y valientes que en aquella facción se hubiesen mostrado. El de Cádiz, sin embargo, no fué dueño de sí propio, y harto mostró la predilección que le merecía Salvador, en los encarecimientos con que lo presentó á los demás caballeros, maravillados de ver tan relevantes prendas en tan cortos años. Sacó entonces nuestro joven dos cartas del seno y entregó una al maestre de Calatrava y otra al marqués, aguardando en silencio el resultado. A los pocos renglones que hubieron leído, vinieron entrambos á abrazarle, diciendo el maestre:— ¡Cómo así! ¿Por qué el deudo cercano del valeroso Veremundo Osorio, del mejor amigo de mi padre, no viene á manifestarse á quien tanto le desea?—No menos cortés se mostró el de Cádiz que amaba también y respetaba al santo abad, á quien alcanzara en el mundo durante su juventud. Salvador adivinó al punto todo, puesto que nada supiese de antemano. El amor del piadoso cenobita acompañábale aun allí, y si le había adornado con un apellido ilustre que en él se extinguía, habíalo hecho para que el mundo le acogiese con más honra. Sintió el nuevo caballero una emoción profunda, y, sin embargo, respondió al maestre y al marqués que había querido aguardar á que su brazo y su prosapia le abonasen al mismo tiempo; pero que sus favores de tal modo excedían el valor de entrambos, que no sabía cómo mostrarles su agradecimiento.—Escuchad,

Salvador, le dijo el maestre después de mirarle con atención largo rato; aunque ni vuestra cuna ni vuestros hechos os subiesen tan alto, todavía hay en vuestra persona un no se qué, que habla en favor vuestro. Mucho me habíais de honrar si me recibieseis por vuestro amigo y compañero de armas, y no tengo reparo en pedíroslo, porque supongo, añadió con donaire, que no sois enemigo de mi noble orden, ni que os desdeñaréis de vestir un día su santo hábito. —El de Cádiz, que lo oyó, dijo á Salvador:—El maestre me ha ganado por la mano, y harto más ganaréis en los escuadrones de Calatrava que no en mis banderas; pero, sin embargo, debéis saber, añadió apretándole la mano, que don Rodrigo Ponce de León os estima y honra de tal manera, que le encontraréis con sus haciendas y su brazo siempre que le hubiereis menester. Los demás caballeros hicieronle también por su parte grandes ofrecimientos, y despidiéndose del bizarro Juan de Ortega, salió de Alhama con don Rodrigo Téllez Girón, del cual no se volvió á separar.

Resplandeciente era la aurora de la carrera militar de Salvador, y ni él mismo pudiera esperar galardón tan alto. Tratábale el maestre con una amistad llena de miramiento y aun de ternura, que más que otra cosa parecía fraternal cariño; los caballeros de Calatrava teníanle asimismo en mucho, y la gloria le entreabría las puertas de oro de su encantado alcázar. Sin embargo, no era feliz: de continuo se le venían á la memoria las rientes praderas de San Mauro, las soledades llenas de los acentos de su amor, y aquel vergel de recuerdos dulces y marchitos que animaba la imagen de María á modo de mariposa bellísima y errante: tan cierto es, que el amor en una alma nueva se convierte en una pasión imperiosa y exclusiva que todo lo sujeta y subordina á su influjo.

Habían despachado un correo el de Cádiz y el maestre al venerable Osorio, dándole cuenta de las hazañas de Salvador y de la acogida que le habían hecho; y el mensajero que volvió al poco tiempo trajo cartas de gracias

para los dos, y una más larga para nuestro mancebo. Decíale en ella que apesar de sus vivas diligencias no había podido dar con el paradero de Úrsula y María, pero que no por eso pensaba aflojar en sus pesquisas. Hablábale además con efusión y orgullo de la alegría que recibiera con las nuevas de su primera campaña, y concluía con saludables consejos y paternal ternura. Esta carta que Salvador abrió y leyó con indecible ansiedad, amortiguó aquella esperanza pálida y débil ya de suyo que relucía en su alma, y abrió de nuevo las llagas de su corazón. Afortunadamente volvió á resonar en Andalucía el estrépito de las armas, y á traer oportuna diversión á sus pesares. Sucedió por entonces el cerco de Loja, y sabido es que habiendo entrado los moros de rebato en los reales cristianos, cayó herido mortalmente de dos flechas el maestre de Calatrava. Con el espanto dieron los nuestros las espaldas, y cobrando animo los moros arremetieron con no vista furia contra el escuadrón de la orden que al punto se agrupó en torno del caído maestre, y mantuvo sólo la pelea hasta sacarle del campo; empresa con que salió al cabo Salvador, no sin recibir antes dos heridas. Aquella misma noche espiró don Rodrigo Téllez Girón: lástima grande para todo el ejército por ser personaje de altas prendas, y en la flor de su edad, que no pasaba de los veinticuatro años. Ni aun en la muerte desmintió la particular amistad que había mostrado á Salvador, y espiró teniéndole asido de la mano y encomendándosele muy encarecidamente á don Gutierre de Padilla, clavero mayor de la orden.

Cuánto sintiese Salvador esta muerte, y cuán hondo le pareciera el vacío que en su corazón dejaba, no hay por qué ponderarlo: baste decir que había mirado al maestre con un afecto extraño y misterioso, que venía á ocupar en su pecho el lugar de los dulces cariños de familia, y que su falta ensanchaba sin medida aquel horizonte de soledad que por todas partes descubría. Al día siguiente alzó el rey sus reales y se retiraron en buena ordenanza de sobre Loja. Acudió el marqués de Cádiz á consolar á Salvador en

cuanto se lo permitían los riesgos del camino, y tornó á hacerle los más cordiales ofrecimientos; pero don Gutierre de Padilla le dió á entender que los adelantos y cuidado de aquel mozo eran ya deuda de la orden, promesa de que no se apartó jamás.

No le seguiremos por nuestra parte en todos los azares y peligros de esta porfiada guerra, durante la cual ninguna luz le trajeron sobre la suerte de María las diversas cartas que desde San Mauro le enviaba el santo abad. Recibió una cuando pusieron los reyes el cerco á la ciudad de Granada, edificando á su frente la villa de Santa Fe; y en ella le decía que había vuelto atrás de los linderos mismos del sepulcro hasta donde le llevara una dolorosa enfermedad, pero que recobrado algún tanto había tornado á sus pesquisas sin alcanzar por eso más que antes; y por último, que iba perdiendo la esperanza de lograr ningún indicio, y aun de volver á ver á su hijo querido, según la postración en que había quedado. De esta suerte los años empujaban hacia la huesa al hombre que le había servido de padre; el maestro, que como hermano le había mirado, descansaba ya en su fondo, y aquel amor que un día le sirviera de norte y de fanal, desaparecía en las sombras del misterio ó de la muerte quizá. Miró detrás de sí; allí la soledad y el vacío: volvió los ojos hacia adelante; allí los combates y su estruendo: alegróse de verlos tan cercanos, y precipitóse en ellos con delirio.

Habíase escaramuzado reciamente una tarde, y Salvador se empeñó tanto en aquella ocasión, que vino á dar en una especie de emboscada donde más de veinte moros le embistieron á la vez. Matáronle el caballo, y aunque, haciendo espaldas de una pared, se defendía valerosamente, era ya su muerte segura, cuando saliendo á galope de un bosquecillo de naranjos un caballero cristiano, cerró de tal suerte con los moros, que dando con dos en tierra y atropellando á los demás, los puso en despavorida fuga. Cogió entonces de la brida el caballo de uno de los muertos, y entregándoselo á Salvador, ambos salieron de aquel lugar

la vuelta de Santa Fe. Caminaban en silencio, y nuestro joven maravillado examinaba con suma atención y curiosidad el arreo y apostura de su misterioso compañero. Era éste alto de cuerpo, llevaba baja la celada de su casco, una banda morada cubríale parte del peto y espaldar, y traía en el escudo por divisa un navío con las velas tendidas y en alta mar. Llegaban ya muy cerca de los reales, cuando Salvador rompió el silencio diciendo:—En verdad, señor caballero, que merecíais no ya un hábito el más calificado de España, sino un reino por vuestra bizarra conducta. Alzad, os ruego, la visera, si queréis honrarme mostrándome el rostro de mi libertador, y aun su nombre para grabarlos en mi memoria eternamente.—«Mi reino no es de este mundo, repuso el desconocido con voz grave y sonora, y aunque he estado cerca de esta generación muchos años, ellos no han conocido mis caminos.»—Sorprendido se quedó Salvador al oír estas palabras bíblicas y solemnes, pronunciadas con un acento indecible de fuerza y de verdad. El guerrero prosiguió con tono lleno de afabilidad y de dulzura.—Pero vuestra cortesía me obliga tanto, que, puesto que en acorremos más haya sido mi ganancia que la vuestra para hacer alarde de semejante acción, no sólo os descubriré mi rostro, sino que también os diré mi nombre: Llámame *Cristóbal Colón*.—Esto diciendo alzó la celada y mostró á Salvador un semblante reposado y lleno de autoridad. Eran sus ojos garzos, rubio su cabello, y su mirada de águila candal y poderosa. Había en aquella cabeza un no se qué de inspiración, de fortaleza y de genio tan robusto y pronunciado, que Salvador se sintió penetrado de admiración y respeto, y como flaco rapaz delante de un coloso. Entraron en esto en Santa Fe, y se separaron cortésmente llevando nuestro mozo el ánimo preocupado y lleno de la idea de aquel hombre misterioso. Preguntó á un caballero de Calatrava quién era Cristóbal Colón, y contóle al mismo tiempo la aventura. Dióse á reír el caballero, y le dijo:—Es el loco más hidalgo y más valiente que he visto; pero son tan sandios los proyectos que re-

vuelve en su imaginación, que le han mermado el seso. Habéis de saber que pretende descubrir nada menos que un nuevo mundo, y ha presentado los proyectos á la corte; pero aunque ha fascinado á algunos, los más le han lástima por su desatino.

Poco se contentó Salvador de oír hablar con tan escaso comedimiento de un hombre á quien sin saber por qué tenía en mucho: amén de que se le hacía duro de creer que la locura ejerciese tamaña superioridad. Era su carácter naturalmente entusiasta, y so color de dar las gracias á Colón por su ayuda, pero en realidad para descorrer algo del velo que le encubría, encamínose á su posada. Hay lazos secretos y simpatías que ligan á las almas elevadas, y las reunen en un punto, bien así como una mísera luz atrae á dos mariposas que vuelan en distintas direcciones. Por otra parte Salvador había cultivado las ciencias entre los monjes de San Mauro, y por una intención pronta y feliz comprendió los planes gigantescos del gran Cristóbal: de modo que el predominio del genio y el ascendiente de la razón le cautivaron al mismo tiempo con su seducción irresistible. Desde entonces prohió con ardor aquella idea milagrosa, y fué para el gran Colón como un hermano ó como un hijo.

Entre tanto amaneció el día venturoso de la rendición de Granada. Era cosa de ver la pompa y majestad de los reyes y sus hijos, las armas y el arreo de los grandes, la tristeza de los moros, y el júbilo colmado de los cristianos. Entró el rey en el castillo de la Alhambra, seguido de la flor de la caballería española, y después de hecha oración en acción de gracias, Fray Hernando de Talavera, Arzobispo electo de aquella ciudad, puso la cruz arzobispal, que delante de sí llevaba el de Toledo, en lo más alto de la torre principal y del homenaje con el estandarte real, y el de Santiago á los lados. Siguióse un alarido inmenso de alegría, que llegaba á los cielos: todos los ojos estaban arrasados en lágrimas, y los corazones parecía querérseles salir del pecho á aquellos soldados valerosos. Volvieron los re-

yes á sus reales después de recibir el parabién y homenaje del nuevo reino, y aquella misma tarde, entre los diversos premios que se repartieron, puso don Fernando de su propia mano el hábito de Calatrava á Salvador, y doña Isabel le regaló una cadena de oro, lisonjero galardón de su valentía y denuedo.

No era cumplido, sin embargo, su gozo, porque los recuerdos que entenebrecían su corazón, casi cerraban el paso á la luz de esperanza y de gloria que destellaban aquel día las cumbres de la Sierra-Nevada: pero aun de este leve resplandor que le llegaba, parecía ofenderse la suerte. Departiendo estaba con Colón sobre el intentado viaje, cuando un correo que llegó al rey de Galicia le trajo la última carta de Fray Veremundo Osorio. Lleno de tribulación noticiábale el anciano cómo había descubierto el paradero de María, pero que más se holgara de no haberlo logrado jamás, pues que su triste amante la había perdido para siempre, y debía rogar á Dios por ella. Desde muy atrás se había arraigado semejante idea en el ánimo de Salvador: pero la realidad desnuda y yerma acabó de romper en su pecho un resorte que imaginaba ya quebrado, y cortó el último hilo que podía guiarle en el laberinto de la vida. Vió seca de repente la fuente del consuelo; miró en torno de sí y hallóse solo; buscó el estruendo de las batallas, y por donde quiera palpó el silencio de la paz; nada encontraba, finalmente, donde saciar el ansia de su alma calenturienta y desquiciada. Colón, que comprendía su amargura, le habló entonces de un viaje portentoso, de peligros y de hazañas allá en el confín de la tierra, de una gloria duradera más que el mundo y que las edades; y la mente exaltada de Salvador guió sus alas hacia estos campos de luz que aquel grande hombre le mostraba.

Después de mil trabajos y penas salió por fin Cristóbal Colón del puerto de Palos de Moguer el día 3 de Agosto de 1492, enderezando su rumbo hacia Canarias, y aunque hasta allí pudo llevar sosegados los ánimos de su gente, su viaje en adelante fué un tejido de sublevaciones y de peli-

gros, en que á no haber contado con el corazón de Salvador, se hubiese hallado de todo punto solo. La inmensidad de aquellos mares solitarios donde el ojo y el brazo del mismo Dios eran los únicos que pudiesen verlos y ampararlos, y la amistad de aquel hombre extraordinario, que caminaba al través de los abismos en busca de una tierra desconocida, derramaron en el alma vacía y desconsolada de nuestro mozo un consuelo inefable y grande como su dolor. Caminaban entretanto, y su camino parecía sin fin. Los ánimos mezquinos de aquella gente sin fe, encendiéronse, por último, en tales términos, que ya ni la elocuencia y serenidad del almirante, ni el denuedo de Salvador, podían impedirles que volviesen las proas hacia España. Colón, en semejante extremidad, les prometió y juró de hacerlo así, con tal que á los tres días no encontrasen tierra; pero apenas los conjurados le dejaron solo con su único amigo, cuando desatinado y alzando los ojos y las manos al cielo, exclamó con el acento de la desesperación:— ¡Oh Dios mío, Dios mío! ¿Me vedaréis como á Moisés la entrada en la tierra prometida, á mí que nunca he dudado de vuestra grandeza, á mí que no he tenido más consuelo en mis tribulaciones que una idea de gloria para vos y para mis hermanos? ¡Oh Dios mío, Dios mío!—Salvador fuera de sí se volvía y revolvía á todas partes, como si pidiese auxilio al espacio y al silencio, cuando de repente y con el rostro inflamado asió del brazo al almirante, y le mostró una bandada de pájaros que batían sus alas hacia ellos.— Vedlas, le dijo con entusiasmo: ved las palomas del arca santa, Dios os las envía sin número, cuando á Noé vino una sola.—Eran, en efecto, todas avecillas de poco vuelo, claro indicio de tierra cercana: pero aquel plazo fatal de los tres días era como la espada de Damocles para el desolado Colón.

Aquella misma noche á cosa de las diez, velaban ambos amigos en el castillo de popa, cuando llamó el almirante la atención de Salvador señalándole una luz como de antorcha, que á lo lejos relumbraba. Subía el resplan-

dor, bajaba y escondíase como si lo llevase una persona en la mano, y los dos lo observaban palpitando, hasta que Colón exclamó con voz de trueno.—¡El Nuevo Mundo! ¡El Nuevo Mundo! He aquí que las tinieblas cubrían su faz, y yo lo he sacado de las tinieblas. Yo soy el espíritu de Dios que era llevado sobre las aguas.—Al decir esto centelleaban sus ojos de tal modo, y estaba tan sublime, que Salvador cayó involuntariamente de rodillas delante de aquel hombre, exclamando también:—Sí, capitán, sois grande como el espíritu del Señor, que cabalgaba en el torbellino.—Avergonzóse Colón entonces de aquel movimiento de orgullo, y dijo alzando á Salvador:—Nunca el vaso de barro se levantará contra el alfarero que lo formó: del Señor es la redondez del orbe y la plenitud del mar, y nosotros no somos sino gusanos delante de él.—Abrazáronse en aquel punto los dos amigos, y largo rato estuvieron así sin hablar palabra. Dos horas después ya las tripulaciones cantaban el *Te Deum* en acción de gracias.

La tierra que vieron al amanecer era la isla de Guanahaní, á quien Colón puso por nombre San Salvador, tanto en memoria del Dios que le había salvado, como de su generoso compañero. Tomaron tierra en seguida, en medio de los isleños asombrados, y Colón plantó el estandarte real y la cruz entre las aclamaciones de los suyos, que entonces le adoraban como á un Dios. Aquellos salvajes parecían de condición blanda y pacífica, y Salvador se internó en la isla, porque su corazón necesitaba latir á solas. Ostentaba aquella tierra todas las galas de la virginidad y de la juventud: sus pájaros, sus árboles, sus flores, todo era nuevo y milagroso: sus arroyos corrían más dulcemente que los pensamientos de una niña de quince años; era aquello la primer sonrisa de la naturaleza, un sueño de esperanza, de amor y de ventura. Todos los pensamientos de su vida pasada agolpáronse entonces de tropel á la memoria de Salvador, corrió de sus ojos larga vena de llanto, y con el pecho hinchado de sollozos, exclamó:—¡María! ¡María mía! ¿Por qué no nacimos los dos en este paraíso,

lejos de los poderosos de la tierra? Nuestras horas se deslizarían como estos cristalinos arroyos, é iríamos á dar en el Océano del sepulcro con toda nuestra felicidad é inocencia. ¡Angel de luz que estás junto al trono de Dios! Héme aquí solo y errante en estas playas apartadas, el corazón sin amor y el alma sin esperanza! ¡Oh María, María!—Murmuró en voz más baja y se sentó llorando en la soledad con indecible amargura. Recobróse, por fin, al cabo de una buena pieza, y enjugándose las lágrimas fué á reunirse con sus compañeros y con Cristóbal Colón, de quien no se separó hasta su catástrofe, bien conocida de todos. Sabido es que los grillos y una sentencia de muerte fueron el galardón de sus servicios, y aunque el rey le recibió con distinción después, y se enojó por demás de la barbarie del juez Bobadilla, ni castigó á éste ni devolvió á Colón sus honores y prerrogativas.

Salvador pensó entonces en la justicia de los hombres y en las mentirosas glorias del mundo: la hiel que por tanto tiempo había ido filtrando en su corazón se derramó de él y emponzoñó su alma. Vió agostada aquella riquísima cosecha de fama y de honor que había soñado: se sonrió amargamente y exclamó meneando la cabeza: «¡Vanidad de vanidades, y todo es vanidad!» Volvió entonces su corazón al Padre de las misericordias, y diciendo un á Dios eterno al desgraciado Colón, tomó el camino de San Mauro de Villarrando resuelto á aguardar la muerte bajo sus bóvedas silenciosas.

III.

YERRO Y CASTIGO.

Solo á una mujer amabal....
 Que fué verdad creo yo,
 Porque todo se acabó,
 Y esto solo no se acaba.

CALDERÓN.—*La vida es sueño.*

En una hermosa mañana de primavera del año 1493, un caballero de Calatrava armado de todas armas se apeó en la portería de San Mauro de Villarrando, y ya pisaba el umbral, cuando acertó á ver delante de sí la pasmada figura del padre Acebedo, portero de la abadía, que con atónitos ojos le miraba.—¿Tan mudado vuelve un antiguo amigo que no le conoce el padre Acebedo? le dijo el recién llegado.—¿Quién os había de conocer, Salvador, respondió el buen religioso abrazándole, tan galán y gentil como venís con esa cruz de caballero al lado?—Harta prisa me dí para ganarla con aquellos perros, repuso Salvador con aparente jovialidad; pero decidme ¿y el santo Osorio?.... añadió, procurando encubrir su zozobra.—¿Pero sabéis que venís flaco y malparado en tales términos que nadie diría que erais vos? ¿Estáis enfermo?.... ¡Jesús! y es este aquel mozo tan gallardo? ¡vaya! ¡si parece que la vejez le ha cogido de improviso en lo mejor de su camino!—¿Pero el venerable abad?.... replicó Salvador con impaciencia.—¡Ay, hijo, contestó el buen portero, está tan postrado con la carga de los años, que apenas se puede decir que vive. Ha mandado levantar una especie de ermita con su vivienda en la *Hondonada del Naranco*, y allí pasa las horas en la soledad sin venir nunca al monasterio. Estos días pasados hablaba mucho de vos y de la pesadumbre que le causaría

morir sin que le cerraseis los ojos. Pero os ponéis tan pálido..... ¿queréis tomar alguna cosa?—No, nada, replicó Salvador, procurando ocultar su turbación; solo os pido que le prevengáis acerca de mi llegada, porque podría hacerle mucho daño mi repentina vista.—Sí por cierto, dijo el padre Acebedo, voy allá volando, pero venid vos también á aguardar la ocasión de abrazarle en la huerta.

Encamináronse en efecto los dos hacia allá, y el honrado portero con su prisa y alegría urdió con tanta sencillez como torpeza una fábula, por entre cuyos hilos el buen abad vió harto claro lo que aquello quería decir; y levantándose con no vista y maravillosa presteza, se encaminó á la puerta gritando:—¡Salvador! ¡hijo mío! ¿por qué no vienes?—Corrió éste desalado al encuentro exclamando:—¡Oh, padre mío, padre mío! y en el mismo dintel se abrazaron ambos sin ser poderosos á decir una palabra. Repuestos por fin y sosegados al cabo de una buena pieza, habló de esta suerte aquel varón piadoso.—El cielo ha oído mis oraciones, y ahora después de haberte abrazado ya puede venir la muerte. Como los días del hombre pasan semejante á la flor del heno, y los míos están contados, anhelaba verte para descubrirte el secreto de tu familia y nacimiento. Largos años te aguardé; pero como no volvías y el plazo iba ya vencido, y á mi diligencia estaba encomendado el abrir el pliego, rompí el sello y lo ví todo. Si en tu corazón se anida la vanidad mundana, regocíjate y alza la cabeza, porque eres hijo de los poderosos de la tierra. Doña Beatriz de Sandoval fué tu madre, y el que te engendró mi compañero de juventud y dulce amigo don Pedro Girón, maestre de Calatrava.—¿Con que según eso, preguntó Salvador con ansiedad, el maestre don Rodrigo Téllez Girón, que murió en el cerco de Loja, era mi hermano?—Sí por cierto: la misma sangre corría por vuestras venas.—¡Conque era mi hermano! respondió Salvador con una voz interrumpida de sollozos, ¡conque era mi hermano y murió en mis brazos, y no pude estrecharle en ellos y decirle «¡hermano mío!» ¿Cómo fuí tan sordo, que no escu-

ché la voz de la naturaleza que tan alto hablaba en mi corazón?

Salvador no había llorado ni aun al despedirse de Cristóbal Colón: sus últimas lágrimas habían corrido en las soledades del Nuevo Mundo, como testimonio de los dolores de un mundo antiguo. Desde entonces la esperanza voló de su corazón: de su misma tristeza solo quedaron heces amargas y desabridas, y al tocar con sus dedos el bello cadáver de su amor y de sus ilusiones, solo encontró un esqueleto descarnado y frío. Como quiera, la revelación de aquel secreto había pulsado en su alma una cuerda que imaginaba rota, y que respondió en son doliente á las palabras del abad: tan cierto es que allá en el fondo del corazón humano siempre hay un eco que responde á los dolores. Salvador había nacido de un amor que no recibió la bendición de la Iglesia, en la época revuelta y desdichada del reinado de Enrique IV; sus padres murieron cuando niño, y los celos de la madre de don Rodrigo Girón, que temblaba que el maestrazgo de Calatrava, concedido á su hijo, no pasase á su hermano, le acompañaron desde la cuna con tal constancia, que de seguro hubiese caído bajo sus golpes, si el buen abad de Cardeña, pariente de su madre, no le hubiese puesto al abrigo de los ignorados valles de Carucedo. Era su suerte la de conocer la vida por sus amarguras, y los amores de la tierra por los vacíos que su pérdida deja en el alma.

Pasado un buen espacio, y como el abad le viese ya más sosegado, le habló del porvenir que le aguardaba, de los deberes de su nacimiento y de la fortaleza y magnanimidad propia de los hombres, y en especial de los caballeros. Salvador le respondió:—Escuchadme, padre mío, porque mi resolución es seria y profunda, y quiero que la conozcáis. Ya sabéis que en mis dulces años amé con la pureza de los ángeles á un ángel que vino á consolar y embellecer estos valles, y que aquel amor se disipó como el rocío de las praderas. Entonces me lancé por el camino de la gloria, y delante de la vencida Granada el rey me vistió el

hábito que veis; pero mi alma estaba enferma de soledad y de ansia de mayor nombradía. Busqué con un hombre enviado de Dios un nuevo mundo al través de la inmensidad y de los abismos del Océano, y la tierra prometida desplegó á nuestros ojos todas sus galas y riqueza. La vista de aquellas playas solo trajo lágrimas á mis párpados, vacíos á mi corazón y desengaños á mi entendimiento. Por premio de nuestros trabajos el gran Colón y yo hemos tenido grillos á los pies, y la cuchilla del verdugo sobre nuestra cabeza. Ya lo veis, padre mío; el amor es una flor del cielo que se agosta en esta tierra empapada en lágrimas, y la gloria no pasa de una dorada mentira. ¿Creéis por ventura que un corazón tan llagado como el mío se curará con el humo de las vanidades mundanas? ¿No era más bello el nombre que labré con mi espada, que el que la suerte tardía me ofrece ahora como por una burla cruel? Yo he venido á buscar el consuelo al pie de los altares y en el seno de la oración: mi resolución es invariable, y si mañana mismo me abrieseis las puertas del santuario y recibieseis mis votos, tened por cierto que la bendición de mi padre bajaría sobre mi cabeza, cubierta con la cogulla de San Bernardo.

Siguióse una larga pausa á esta declaración, sin que ni el religioso, ni el caballero se diesen prisa á romper el silencio.—Salvador, le dijo por fin el anciano, maravillado me dejas con tu resolución, y aunque no seré yo quien te la reprenda, menos te encubriré las dudas que me asaltan. Dudas tremendas por cierto; porque si el despecho y no la resignación te traen al silencio del claustro; si en vez de un corazón humilde llevas á las aras de Dios uno lastimado de orgullo y de desesperación, por ventura encontrarás la pelea donde pensaste hallar el descanso. Créeme, hijo mío, Dios no envía sus ángeles de consuelo sino á las almas que se desprenden y desatan de las aficiones de la tierra. Díme, ¿si llegases á encontrar un día á la mujer que amaste, no maldecirías de la hora en que naciste?

Brilló entonces en los ojos de Salvador uno de aquellos

relámpagos que dan muestras de las tempestades interiores, y dijo con suma zozobra:—¿Pero no me dijísteis que murió?—Sí: murió para ti y para todos, aunque su alma vivirá eternamente para Dios, replicó el anciano prontamente.—Pues entonces, añadió Salvador con sordo acento, tanto mejor, y por caridad dadme vuestro santo hábito, que si no me juzgáis digno de él lo iré á pedir á la puerta de otro cualquier monasterio.—El prelado vacilaba todavía, hasta que el mancebo le dijo con entereza.—¿Qué teméis? ¿No véis que mi frente ha comenzado ya á encalvecer, y que no hay ilusiones, ni engaños por dulces que sean, que resistan á treinta y tres años de pesares?—El religioso entonces como vencido, alzó los ojos al cielo y exclamó:—¡Hágase la voluntad de Dios!

A los pocos días tomó Salvador el hábito de San Bernardo en la iglesia de la abadía, y asimismo profesó; cosa en que vino el santo Osorio vencido de sus ruegos, y usando de las facultades que tenía para dispensar el noviciado. Fácil es de conocer la admiración que causaría á todos los monjes semejante suceso; tanto más, cuanto que el nacimiento del nuevo hermano ya no era un misterio, y que además todos le habían visto llegar adornado con la cruz de una de las órdenes militares más gloriosas de España. Miraron como un predestinado al hombre que en la flor de su edad de aquel modo tenía en menos la halagüeña fortuna con que el mundo le brindaba, y desde entonces le mostraron una especie de respeto que su austeridad y devoción aumentaban y engrandecían sobre manera. De allí á pocos días acaeció la muerte del venerable Fr. Veremundo Osorio, que pasó á mejor vida consumido de caridad y con toda la paz y el sosiego del justo, y en su lugar y como testimonio de veneración á su memoria, eligieron por sucesor suyo á Fr. Salvador Téllez Girón.

El nuevo abad trataba con dulzura verdaderamente paternal á todo el mundo: el rigor y la penitencia sólo consigo propio los usaba, y su mano no contenta con enjugar las lágrimas que la muerte de su predecesor había he-

cho correr en el país, derramaba sin cesar beneficios y consuelos. Apesar de tanta caridad, los monjes antes esquivaban su compañía que la solicitaban. A veces encontrábanle, paseando en un claustro solitario, y aunque pasasen junto á él, ni los sentía ni los saludaba; tan embebecido andaba en sus meditaciones. Otras veces los que más cerca de él estaban en el coro oíanle pronunciar, en vez de los versículos sagrados, palabras incoherentes y sin sentido, cuya significación no comprendían, pero por el acento con que salían de su boca, sucedía que les dejaban helados de espanto. Habitualmente permanecía encerrado en el oratorio de la cámara abacial, donde se guardaba la imagen de una Dolorosa de que años antes había hecho merced al monasterio; y arrodillado delante de ella pasaba las horas. Parecía salida aquella virgen del pincel afectuoso y puro de Alberto Durero, así por la casta suavidad de la expresión, como por la corrección suma del dibujo y la delicada belleza de las líneas. Había desaparecido de su rostro toda la flor de lozanía y de juventud con que los pintores han solido adornar á María; no quedaban más que los misterios del dolor en aquella frente pálida y marchita, y la gracia y la magia primitiva, propia de la madre de Dios, oscurecidas por las nubes del pesar. Salvador, que según pudimos ver en el asalto del castillo de Alhama, era muy devoto suyo, acudió á demandarle su amparo y á mostrarle las heridas de su pecho: y en verdad que durante algunos días creyó que la reina de los ángeles le miraba con amor, porque encontraba un inexplicable consuelo en contemplar su dulcísimo semblante, manantial para su alma de suaves y desconocidas imaginaciones, que tanto se asemejaban al recuerdo de las dichas pasadas, como á la esperanza de las venideras. Y, sin embargo, absorto en la contemplación de aquella imagen soberana, poniéndola á manera de talismán sobre sus más enconadas llagas, y amándola con toda la efusión de su alma, sentía su corazón apartado de la paz del justo, y como codicioso y celoso del amparo de aquella purísima virgen. Más de

una vez se preguntó con la sangre helada de terror si las memorias de su vida pasada no venían á mezclarse, disimuladas é invisibles en sus religiosas meditaciones; y si en aquel semblante angélico no le representaba la fantasía otro semblante que por largo tiempo se había aposentado en su alma.—Pero, ¿dónde, se replicaba sosegándose, dónde aquella belleza infantil y florida? ¿Dónde aquella frente en que la alegría pusiera su asiento? Combates son estos del enemigo común, añadía ya con calma; velemos y estemos en pie porque anda alrededor de nosotros como león rugiente buscando víctimas que devorar. Resistámosle con pecho fuerte, y andemos con valor nuestra jornada, pues que peregrinos somos en la tierra.—Así lo ponía en verdad por obra; pero sus combates interiores hacían su semblante cada día más adusto y sombrío, y daban á su voz cierto eco duro y destemplado que alejaba las gentes.

Un año se había pasado desde que le nombraron abad, y las cosas estaban en el estado que dejamos dicho, cuando una tarde que oraba delante de la Dolorosa de su oratorio, aconteció que nuestro conocido el padre Acebedo asomó presuroso por el cancel de la cámara, y se dirigió allá. Abrió la puerta con mucho tiento, y vió al prelado de hinojos en la tarima del altar, tan embebecido, que no le sintió.—Sí: razón tenía aquel santo varón, decía en voz baja y desconsolada; los espíritus de la calma no han venido á mí, y donde me fingí el descanso he palpado la incertidumbre y la pelea. ¡Oh virgen pura! ¿no está limpio todavía mi corazón de las aficiones terrenas, y moriré sin que cierre mis ojos un sueño de paz?—La soledad del lugar, la luz oscura y apagada que entraba por una estrecha y aguda ventana de vidrios de colores, y que apenas dejaba ver el bulto confuso del abad delante de la borrada imagen, de la Virgen y el acento desolado de aquellas breves palabras, amedrentaron al buen portero; así es que volvió atrás, hizo ruido y llamó al prelado, temeroso de enojarle si le sorprendía. Salió éste con aquel aspecto grave y recogido que tanto imponía á sus monjes, y le preguntó:—¿Qué traéis,

padre portero?—Padre nuestro, respondió éste inclinándose, de dos días á esta parte cunde en los alrededores una superstición extraña. Dícese que una maga, ó bruja, ó no sé qué visión, viene por las noches á la fuente de Diana, y tan amedrentados tiene á los paisanos, que hasta los mismos criados del monasterio se excusan de llevar allí sus bueyes.—¿Y no habéis vos procurado desvanecer semejantes mentiras? preguntó el abad con tono severo.—Sí, padre nuestro, replicó el portero; pero, ¿de qué puede servir mi humilde opinión delante de supersticiones tan añejas?—Bien está contestó el prelado: id con Dios, que yo atajaré semejantes desvaríos.

Por el camino que antiguamente guiaba á las Médulas, y que, según digimos en la primera parte, es un valle que en el día llaman *Foy de Barreira*, se encontraba á la mano derecha la linda y graciosa fuente de Diana, en una especie de retiro delicioso, que brindaba al pasajero con la sombra de sus árboles y la frescura de sus aguas. Los años y los hombres la habían, empero, destrozado, y sólo se conservaba el pedestal de la estatua derecho en medio del pilón aportillado, y el torso mutilado de la Diosa misma caído por tierra á pocos pasos de distancia, y vestido de musgo y de yerbas silvestres. En aquel lugar habían pasado las primeras pláticas de amor entre Salvador y María, y, sin embargo, acercábase aquél sereno y repuesto á semejantes sitios, porque allí mismo había ido á desafiar importunos recuerdos, y allí mismo entendió dejarlos vencidos.

Alumbraba la luna desde la mitad de los cielos espléndidos y azules, cuando Salvador llegó á la fuente. Sus argentados rayos pasaban trémulos por entre los sauces que amparaban el manantial sagrado en otro tiempo, y con el leve movimiento de sus hojas fingían un encaje aéreo de reluciente plata que, al dibujarse en la rizada superficie del pequeño estanque, formaba un extraño mosaico, lleno de formas caprichosas y vagas. Reinaba alrededor silencio profundo, y sólo el monótono murmullo del agua y el canto lejano y riquísimo del ruiseñor turbaban la calma de las

soledades. Como nada se divisaba por allí, el monje se sentó sobre la estatua de la Diosa, cuando un rumor semejante al del aura de la noche, sonó á su lado, y vió pasar á la maga que, sin reparar en él, se sentó á la orilla de la fuente y se puso á mover las limpias ondas con su mano. Maga debía de ser en verdad, porque ni su blanco y tendido velo, ni su estatura aventajada, ni su esbelto y delicado talle, ni su ropaje extraño eran de humana criatura. Levantóse Salvador como sobresaltado, y comenzó á observar los movimientos de aquella fantástica criatura, que vuelta de espaldas hacia él, pronunciaba al parecer misteriosas palabras, que se perdían entre el ruido de la fuente. Levantóse á poco rato, y encaminándose hacia donde estaba el abad, quedó éste helado de un religioso terror, viendo delante de sí la virgen misma de su oratorio. Venía andando lentamente, y, cuando ya llegaba cerca, pronunció, con triste y apagada voz, estas palabras del Cantar de los Cantares:— «Sostenedme con flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor.»— ¡No era la virgen! Salvador dió un grito de aquellos que hielan la sangre, y cayó sin sentido sobre la estatua de Diana.

Cuando volvió en sí, halló á la maga de rodillas junto á él, rociándole la cara con agua de la fuente. Levantóse entonces acelerado, quiso huir, y como si la mano del destino le sujetara, permaneció inmóvil mirando con ojos desenchajados aquella blanca y melancólica visión, hasta que al fin exclamó con una voz que partía las entrañas.— ¡María! ¡María! ¿Por qué tu sombra en estas soledades? ¿Qué has venido á pedir á los hijos de los hombres?— ¿Quién eres tú, respondió ella con una particular sonrisa: tú cuya voz me trae á la memoria la imagen de mis pasadas alegrías?.... Aquí mismo, continuó, yendo y viniendo con desatentados pasos; ¡aquí mismo fuí tan alegre y tan dichosa! Pero todo pasó y hoy ando sola por medio de los bosques y en el silencio de la noche, como la sombra de los muertos, y la corona se ha caído de mi cabeza.— Salvador entonces fuera de sí, se acercó á ella y le asió una mano, sin

que hiciese el menor ademán, antes le miraba con una infantil y prolija curiosidad.—¡Esto es verdad! dijo Salvador; ¡mis manos estrechan esta mano! esto no es un antojo de mi loca fantasía. ¿Conque eres tú, María, la misma María?—No soy la misma, replicó ella con gravedad, porque antes era María la dichosa, la bien querida, y hoy soy María la desdichada y la llorosa. Y sin embargo, añadió con una loca alegría, harto más dichosa soy que antes, porque aquellas redes de hierro me ahogaban, y ahora respiro el aire de la mañana en las alturas, y veo ponerse el sol, y salir las estrellas, y me siento en la orilla de las fuentes á platicar con los ángeles que bajan entre los rayos de la luna para consolarme. ¿Pero quién eres tú, que me has hablado con palabras tan dulces como las del hombre que amé en mis primeros años?—Es que soy yo, yo, Salvador, mírame bien, ¿no me conoces?—¿Quién? ¡tú Salvador! repuso ella palpando su cabeza? ¿dónde están, pues, tus hermosos cabellos castaños? ¿dónde tu arco y tus flechas? ¿dónde tu arreo de cazador y la gentileza de tu persona?... Y luego añadió como reflexionando: tú no puedes ser, porque Salvador baja también algunas veces en los rayos de la luna y trae una ropa resplandeciente, y no ese triste hábito que tú vistes.—Está loca, ¡loca, Dios mío! exclamó Salvador retorciéndose los brazos.—¡Loca, loca! repuso ella repitiendo maquinalmente sus palabras; bien pudiera ser que lo estuviese, porque he llorado y sufrido tanto, que las lágrimas han consumido mi juventud y mi alma.—Dicho esto púsose á caminar alrededor de la fuente, cantando en voz baja versículos de Job y de Jeremías. Traía vestido el hábito de las novicias de San Bernardo, y una corona de flores marchitas en la cabeza: estaba flaca, descolorida y macilenta; de tanta lozanía y beldad solo quedaba el óvalo purísimo de su cara y sus rasgados ojos: y la Dolorosa del monasterio pudiera pasar por traslado de aquella marchita hermosura. Salvador estaba allí á un lado sombrío y amenazador.—Según eso, dijo con amargura, mis meditaciones, vigiliass y plegarias, han sido incienso quemado en los altares de la

tierra. Según eso, mis armas se han vuelto contra mí, y las piedras del santuario se han alzado para herir mi proster-nada cabeza.—María pasaba entonces por delante de él cantando el versículo de Job.—Hablaré con amargura de mi alma: diré á Dios «no quieras condenarme»: manifiéstame por qué me juzgas así.—Tenía razón el santo Osorio, dijo el monje después de una breve pausa: muerta estaba para mí, pero no para los pesares. Y yo la lloraba perdida en las soledades del Nuevo Mundo cuando ella me llamaba quizá desde el silencio del claustro..... Es verdad, añadió mirándola; las penas han secado el tallo de la flor, y el soplo de la muerte se llevará sus hojas amarillentas, como el viento de la noche sus palabras desordenadas y dulcísimas.—La monja pasó de nuevo entonando el verso de Job.—«¿Por qué me sacaste de la matriz? ojalá hubiese perecido para que yo no me viera. Hubiera sido como si no fuera, desde el vientre trasladado al sepulcro.»—Y en seguida se paró delante del abad, y dijo con voz apagada.—«¡Oh, vosotros todos los que pasáis por los caminos, atended y ved si hay dolor semejante á mi dolor.»—Siguióse á estas palabras un profundo silencio, en que el eco lejano y distinto de las rocas repitió «¡semejante á mi dolor!»—¡Oh! sí, murmuró Salvador con voz sorda; dolores hay que no caben en el corazón del hombre, y que solo deberían llegar en las alas del ángel de la muerte.

María se había vuelto á sentar en el borde de la fuente, y miraba á la luna con distracción profunda. Recio combate pasaba en tanto en el alma del monje, y clara muestra daban de él su agitación incesante y viva, y las sombrías ojeadas que lanzaba alrededor.—¿Qué he de hacer? dijo por último en voz alta? ¿La he de abandonar cuando Dios la ha privado de su razón y el mundo de su amparo? María, añadió acercándose á ella; es preciso que dejes este sitio y vengas conmigo.—Miróle ella fijamente y le contestó:—Sí iré tal, porque me hablas como quien se apiada de los infelices, y no me encerrarás entre las redes de hierro: ¿no es verdad? Mira, yo necesito ver los campos, las aguas

y la luna, porque en su luz bajan los espíritus blancos que me hablan de mis pasadas alegrías.—Echaron á andar en silencio, y dado que la loca lo interrumpía alguna vez volviendo al cántico de las sagradas poesías, y se paraba á sacudir las gotas de rocío que á manera de líquidos diamantes colgaban de las ramas de los abetos, todavía llegaron á la puerta del monasterio, cuando no bien el alba comenzaba á reir. Paróse, sin embargo, la infeliz asustada, y dijo con desconsuelo:—¿Sabes que me moriré si me vuelves á las rejas de hierro?—Sí, respondió el abad con cariño; y por eso te llevo á unos campos llenos de flores y alumbrados por una luna resplandeciente.—Llamó enseguida al portero, y abrió éste la puerta de par en par: ¿pero cuál fué su asombro al ver aquel fantasma de mujer que cruzaba el ámbito de la portería con paso lento y triste ademán? dió un grito de horror y se arrimó á la pared para no caer.—¿Estáis en vos, P. Acebedo? le dijo el abad agarrándole.—¡Ah! ¿sois vos, padre nuestro? respondió el asustado portero con increíble alegría: ¿con que parece que vuestra paternidad la ha convertido al gremio de nuestra santa Iglesia?—¿Qué estáis ahí hablando de conversión ni de Iglesia? replicó el abad no poco enojado.—Sí, padre nuestro, á la maga ó bruja, ó lo que es, que ha pasado por delante de mí....—Necio sois en verdad: ¿no reparáis que es hermana nuestra, y que viste nuestro santo hábito? Está loca la infeliz, y sin duda se habrá escapado de algún convento.—Tal vez estará endemoniada, y entonces entre los dos con sendos estolazos y conjuros la podremos librar del enemigo malo y....—Adelante pasara en sus remedios, si una colérica mirada de su prelado no le atajase á lo mejor.—Id, le dijo éste friamente, y preparad el *Retiro del Abad*, porque allí quiere que descansa esta desdichada, que tal vez la soledad y el sitio la curarán harto mejor que vuestros consejos.—El pobre portero caminó á prisa para cumplir lo que se le mandaba, no sin murmurar de la sabiduría de los prela-dos que siempre han de tener razón, por más que á los súbditos les sobre.

El retiro del Abad era la morada solitaria que había mandado construir el santo Osorio para pasar en ella los últimos días de su vida, y consistía en una reducida vivienda y una capilla en que se habían prodigado los primores del arte gótico. Dominaba esta graciosa fábrica la *Hondonada del Naranco*, y á su vez, aunque más allá de la cerca de clausura, la enseñoreaban los negruzcos y descarnados peñascos que en el día sirven de límite occidental al Lago de Carucedo. Llegábase al pequeño edificio por un largo y frondoso emparrado, y desde sus miradores se divisaban los frescos y floridos vergeles de la abadía, las verdes colinas de los alrededores, y la masa grave y severa del monasterio: mientras á los pies, y en una deliciosa hondura, se distinguían grupos de granados y cerezos, cuyos troncos desaparecían entre romeros y retamas, que por su parte hacían sombra á un reducido número de colmenas, cuyas abejas sin cesar susurraban entre las flores. El único árbol corpulento que allí crecía era un robusto castaño, en cuyo ramaje anidaban las tórtolas y palomas torcaces. En suma, era un sitio aquel que así se prestaba á los misterios de la meditación y del recogimiento, como á la contemplación de las escenas grandes y elocuentes de la naturaleza.

A este lugar condujo Salvador á María, y se separó de ella, diciéndole.—Todo lo que ves puedes disfrutar y correr cuando quisieres: también la luna platea estas soledades, y aquí tienes un altar para pedir á Dios que vengan á ti esos ángeles que te consuelan.—Dicho esto, se alejó en compañía del padre Acebedo, que por su parte había cumplido con los deberes de la caridad trayendo del monasterio leche y frutas para alimento de la loca. Esta se había quedado contemplando la salida del sol por entre los montes del Oriente, sin echar de ver la falta de sus compañeros, que por su parte llegaron á la abadía sin hablar palabra: el abad, á causa de la tormenta que trabajaba su alma, y el portero amedrentado de su ceño y ademán sombrío.

Nuestros lectores se servirán volver atrás con nosotros, y recordar el día en que María y su desdichada madre sa-

lieron aceleradamente de Carucedo, sin que supiésemos quiénes eran, á dónde iban, ni qué propósitos eran los suyos. Hoy, que de todo estamos enterados, gracias al buen genio que acompaña la curiosidad de los historiadores, podemos anunciar que María era hija de un poderoso señor de Asturias, que don Alonso de Quirós se llamaba, y que de secreto se casó con nuestra Ursula, doncella de buen linaje, pero tan inferior á su esposo en bienes de fortuna y en calidad, que toda su parentela se desabrió con él por demás, y comenzaron á denostarle sin recato ni miramiento. Tan adelante llevó las injurias un su deudo lejano, que don Alonso le provocó á singular combate: pero la fortuna, que tan ceñuda se le mostraba, tampoco de esta vez le favoreció, y quedó muerto en el campo, dejando á su mujer y á su hija de pocos meses, cercadas de viudez y orfandad espantosas. Temiendo que Ursula reclamase algún día la herencia de su hija, aquel linaje orgulloso la persiguió y vejó en tales términos, que la infeliz, abandonada de todos y por donde quiera rodeada de lazos y de asechanzas, se vino á refugiar al valle de Carucedo, atraída de la fama de las virtudes del difunto abad. Ya sabemos el triste fin de aquel descanso que imaginaba sólido y seguro, y que la pobre mujer, viendo á su hija expuesta á las persecuciones de un hombre desalmado y poderoso, huyó sin esperar consejo de nadie y en alas de su terror, á buscar la protección de un caballero digno de este nombre, y que la amparase de sus perseguidores. Pero las tribulaciones habían minado su vida, y la muerte la sorprendió en un pueblo de las montañas de León, llamado San Martín del Valle. Con cuánta amargura cerrase los ojos esta desdichada, no hay por qué encarecerlo; baste decir que dejaba á su hija desamparada y sola en el mundo, y juguete de los malvados. Sin embargo, como á veces la fuente del consuelo brota en el arenal mismo del dolor, aconteció que la abadesa de un convento de religiosas Bernardas, que había en aquel pueblo, la asistió con todo el esmero de la caridad cristiana, y la prometió de mirar por su hija, con lo cual

murió más resignada, encargando á ésta que buscase en el claustro un puerto contra las tempestades mundanas.

María por su parte, vuelta en sí de tan acerbo golpe, declaró el estado de su corazón á la piadosa abadesa, su nueva madre, y esta mujer, compadecida de la pobre huérfana, envió un mensajero al venerable Osorio, pidiéndole noticias de Salvador en una carta recatada. Duraba todavía la guerra de Granada, y el buen religioso, postrado por una larga enfermedad, estaba ya abandonado por muerto cuando llegó el mensajero de la abadesa de San Martín. Viendo frustrado el objeto de su viaje, procura éste al menos, como discreto, indagar el paradero de Salvador, que para todos era un misterio. Sin embargo, como donde quiera hay gente que todo lo sabe, no faltó quien le dijo que los arqueros de don Alvaro Rebolledo le habían preso y asesinado en su fuga, en venganza de la muerte de su señor. Como quier que solo siniestros indicios recogiese en sus pesquisas, dió la vuelta á San Martín, y á los pocos días tomó María el velo, y profesó, cumplido su noviciado. Este velo santo, empero, no calmó la fiebre de sus dolores; y aquel corazón que no concebía más que el amor, que solo para amar había nacido, se secó cuando la esperanza se derramó de él como de vasija quebrada. Era, por cierto, sobrado recio el combate que sin cesar trabajaba á aquella tierna y delicada criatura; así es que su razón se resintió al cabo de poco tiempo, y vino por fin á perderla del todo. Sin embargo, su locura era dulce y apacible, y de continuo hablaba de las alegrías perdidas, de las aguas y de la luna. Veíasela pasear á veces repitiendo versículos de los libros sagrados, que aplicaba casi siempre á su situación, y solo se mostraba placentera mirando al astro de la noche y comunicando, según decía, con los ángeles blancos que venían á hablarle de las esperanzas del cielo. Así se pasó mucho tiempo, hasta que un día su demencia pareció tomar otro carácter más sombrío, y comenzó á llorar amargamente, quejándose de que aquellos montes la ahogaban, y diciendo que iba á morir. Estaba el monasterio de San

Martín asentado en un valle angosto, cercado de peñascos y de silvestre aspecto, y como su situación encrudeciese la manía de la loca, la abadesa determinó trasladarla al de San Miguel de las Dueñas en el Bierzo, que todavía se levanta orillas del río Boeza en la feraz ribera de Bembibre, y en situación deliciosa. Aquel país ameno y pintoresco aquietó por algún tiempo su ansiedad, pero poco tardó en decir que aquellas rejas la sofocaban, hasta que una noche escaló el muro de la huerta, y vagando por los montes, llegó al término de San Mauro, sin otro alimento que raíces y frutas silvestres.

Volvamos ahora á Salvador, que ceñudo, callado y á paso lento entró en la cámara abacial. Encerróse en su aposento, y paseándose desatentado y como loco, y poniéndose la mano sobre el corazón:—¿Con que es verdad, exclamó, que siempre la he traído fija y clavada aquí como un dardo del infierno? ¿Con que á ella me encomendaba de hinojos ante los muros de Alhama, por ella lloraba en los bosques de Guanahani, y delante de ella he venido á postarme en el retiro del claustro? La piedra busca su centro, sin poderlo evitar; los ríos se arrastran al Océano, y el hombre cumple su destino. En vano vela y despedaza su cuerpo, porque la hora llega, y todo se acaba.—En realidad era su suerte en demasía miserable, y no es de extrañar que dudase y se desesperase.

De esta suerte se pasaron algunos días, y los monjes de San Mauro se preguntaban unos á otros:—¿Qué tendrá nuestro buen prelado, que los ojos se le hundan, el rostro se le seca y de día en día se consume? ¿Para qué asistirá siempre al coro si acaso está enfermo, ni para qué caminará de esa suerte el primero por la senda de la penitencia?—Enfermo estaba en verdad, y no poco, porque su espíritu era un verdadero campo de batalla, y sus fuerzas desfallecían de tanto pelear. Al contrario la monja se mejoraba y sosegaba de día en día, y muchas veces se le oía cantar con tono menos triste. Visitábala siempre Salvador en compañía de algún religioso, y sus palabras si bien lle-

nas de dulzura, eran graves y comedidas. Verdad es que más tarde, y en la soledad de su celda, se revolcaba por el suelo como San Jerónimo en el desierto, pero sus monjes nada adivinaban: tal era su circunspección y reserva.

La fuga de María alarmó, como era natural, á las religiosas de San Miguel, y por todas partes despacharon avisos y mensajeros en busca suya. Uno de ellos, después de haber corrido todas las montañas de la Guiana, llegó por fin á San Mauro y entregó al abad una carta, dándole además cuenta de su mensaje. Púsose aquel pálido como la muerte; pero reponiéndose al punto, respondió al mensajero que la religiosa extraviada estaba allí, pero que de tal modo adelantaba en el recobro de su razón, que había resuelto guardarla por unos días más, después de lo cual él mismo la acompañaría con dos monjes y la dejaría en su casa. Otro tanto dijo por escrito á la abadesa, y con esto despachó al mensajero que sin perder tiempo dió la vuelta á San Miguel. Largo tiempo permaneció el abad sentado en su taburete, revolviendo en su encendida imaginación mil encontrados y locos proyectos, como quien está en vísperas de una de aquellas crisis tremendas que deciden de la vida entera.—¡Eso no! dijo por fin levantándose como un león herido: apartarla de mí es imposible. He registrado los lugares más secretos de mi corazón, y en ninguno encuentro fuerza para llevar á cabo tan horrible propósito.—Salió en seguida de la celda, y solo y con acelerados pasos se encaminó al Retiro del Abad. No estaba en él María, pero al punto la divisó sentada al pie de un romero y cerca de una colmena, mirando con atención la actividad de las solícitas abejas. Llegóse á ella y le dijo:—¡María, mírame bien! ¿no te trae mi voz á la memoria el recuerdo de tus días alegres?—Sí, respondió ella con ingenuidad; ya te lo he dicho otra vez.—Pero, ¿no me conoces, añadió él con ansia! ¿no conoces á tu Salvador?—Midióle la doncella de alto á bajo con sus lánguidos y hermosos ojos, y le replicó:—No: tu no eres Salvador; porque mi amante había nacido para llevar el arco de los cazadores, ó el casco de los

guerreros y no el hábito de los monjes.—Salvador se quedó por un rato suspenso, y en seguida con la velocidad del rayo, tomó el camino de la abadía. En verdad que si hubiera reparado en la escena que á su alrededor se ofrecía, tal vez hubiera reflexionado más la extraña resolución que acababa de tomar, porque el cielo estaba cubierto de pardas y pesadas nubes, el aire caliente y espeso; los ciervos corrían bramando por las montañas, volaban los pájaros como atontados, y en las entrañas de la tierra oíanse una especie de rugidos sordos y amenazadores. Otra no menor tempestad, empero, rugía en el alma del desdichado, y así sin hacer caso del trastorno que parecía amagar á la naturaleza, llegó á su celda, vistióse por debajo de sus hábitos el traje de cazador que usó en sus primeros años, ocultó asimismo entre sus ropas el arco y flechas y su gorra con plumas, y tomando en las manos su antiguo rabel, enderezó de nuevo sus pasos hacia la Hondonada del Naranco. Poco tardó en oírse entre las retamas el son del instrumento que acompañaba una canción de caza; y María, como si despertase del letargo de su locura, se levantó trémula, palpitante y escuchando con ansiedad, hasta que por fin exclamó:—¡Salvador, Salvador!—Salió este entonces con el gentil arreo de cazador, y la doncella delirante y fuera de sí vino á caer desmayada entre sus brazos. Mucho tardó en volver en sí, hasta que por último repuesta ya, tornó á abrazar á Salvador diciéndole con inefable ternura:

—¡Salvador! ¡alma mía!—¡María! ¡amada de mi corazón! respondía éste, cuando la gorra de cazador se le desprendió de la frente y descubrió la cabeza rasurada y el cerquillo de un monje. La doncella al verlo desatóse de sus brazos como pudiera de los lazos de una serpiente; miró con zozobra en torno suyo y vió el hábito de Salvador caído entre los brezos: reparó en seguida en su propio ropaje; lanzó una mirada errante y desencajada al convento, y como con aquel sacudimiento repentino recobrase su razón, mil ideas tan claras como espantosas se agolparon en su mente, y exclamó cubriéndose la cara con ambas manos:—¡Oh des-

graciado, desgraciado! ¿Cómo has podido abusar así del infortunio de una loca ofrecida á Dios, tú que también has hecho tus votos delante de los altares? ¿Cómo has podido arrojar á tus pies ese hábito que para santificarte tomaste? ¡Vuélveme á mi claustro solitario, y déjame morir con mi inocencia! Salvador se quedó confuso y como anonadado por un rato, mordiéndose los labios y con los ojos clavados en tierra, hasta que con resolución desesperada le dijo, señalándole su hábito caído:—¡Sí; lo he hollado porque me separaba de ti, y porque todo lo atropellaría para llegar donde tú estás! ¿Sabes que después que te perdí he sido poderoso y afamado, y que la nombradía y la riqueza me parecieron sin ti lodo despreciable? ¿Sabes que por huir de tu memoria me acogí como tú á un altar, y que el altar me rechazó, y que el destino, con ímpetu irresistible, me ha lanzado á tus pies? Pues bien; ¡cúmplase mi estrella! ¡ya nunca me separaré de ti, y al que quisiera dividirnos, le arrancarí el corazón con mis manos!—En esto un bramido sordo se oyó allá en el seno de los montes, y la doncella dijo acongojada:—¿No temes que la tierra se abra debajo de tus pies, y que tus palabras te separen de mi por toda la eternidad?—Aumentóse entonces el ruido subterráneo, y el suelo comenzó á temblar bajo sus pies:—¡Oh! añadió la virgen con las manos juntas; vuélveme al santo asilo de donde me arrancó mi locura, que tenemos al cielo irritado y la muerte nos cerca por todas partes!—No, respondió Salvador, ciego de amargura y de despecho; ¡jamás me separaré de ti, y venga la muerte á sorprenderme á tu lado con tal que ruede yo en tus brazos por los abismos sin fin de la eternidad!—No bien acababa de pronunciar estas palabras, cuando estalló el terremoto con la mayor violencia: vínose á tierra estrepitosamente el Retiro del Abad; cayóse igualmente la cerca de la clausura, y de los peñascos que enseñoreaban la hondonada brotó con fragor horrible una catarata semejante á las del diluvio, que se despeñó inundando y arrastrándolo todo.—¡Oh, Dios mío, Dios mío! exclamó María cayendo de rodillas, ¡perdón para

nosotros!—Tomóla Salvador en sus brazos y abalanzóse á subir el repecho; pero un trozo del edificio, que rodando venía, arrastró consigo á los dos desdichados, que desaparecieron bajo el remolino de aquella súbita inundación. Los monjes, asustados del terremoto y del estrépito de la catarata que ya invadía los sotos y la huerta del monasterio, salieron de tropel y subieron al Campo de la Legión, donde de rodillas y con las manos juntas rogaban á Dios. Aquel diluvio subterráneo continuaba en tanto vomitando su enorme columna de agua, y en menos de una hora ya toda la abadía presentaba la superficie turbia y alborotada de un lago tormentoso, por donde de trecho en trecho asomaban las cimas de los árboles más altos y las torres de la iglesia, como los mástiles de un navío colosal sorbido por las olas.

Entonces fué cuando un extraño espectáculo atrajo las miradas de todos los monjes, y era que un ropaje blanco y negro, como sus hábitos, flotaba sobre las aguas, como el manto del Señor cuando caminaba con pie enjuto sobre la mar irritada, mientras un cisne de blancura resplandeciente, alzándose del agua y posándose en la cima de las rocas de donde brotaba la inundación, cantó con una dulzura y tristeza infinitas como si á morir fuese; después de lo cual levantó el vuelo y se perdió en las nubes. Acordáronse al ver esto del prelado, á quien algunos habían visto encaminarse al Retiro del Abad, y de la pobre loca; y sobre ellos y sobre la aparición del hábito y del cisne se formaron extrañas conjeturas que cada uno glosaba y coloreaba á gusto de su imaginación, si bien todos estaban acordes en que un gran pecado debió producir tamaño trastorno. De todas maneras, los monjes consternados y privados de su asilo, se retiraron á Carracedo, rico monasterio, situado en la ribera del Cua; y en el país quedó la tradición que acabamos de contar.

CONCLUSIÓN.

Y es lastima en verdad que todo ello no pase de una de aquellas maravillosas consejas, que donde quiera sirven de recreo y de alimento á la imaginación del vulgo, ansiosa siempre de cosas milagrosas y extraordinarios sucesos; porque el asunto despojado de la hojarasca teológica de «mi tio don Atanasio el cura» que decía el barquero; y salva la flojedad y desaliño del curioso viajero, no deja de ofrecer interés. Por lo demás, el Lago de Carucedo tiene el mismo origen que la mayor parte de los otros, y lo único que le ha producido son las vertientes de las aguas encerradas en un valle sin salida. Por otra parte es más que probable que ya en tiempos de los romanos existiese, porque las cercanías están llenas de vestigios de estos valerosos conquistadores, y suyo, y no de otra mano, parece el conducto subterráneo por donde esta hermosa balsa de agua descarga en el Sil parte de sus caudales, y que desemboca por debajo del pueblo que llaman Peña Rubia. Tal es la verdad de las cosas desnuda y fría como casi siempre se muestra.

ÍNDICE.

<i>Prólogo</i>	I
<i>Biografía</i>	LI
<i>El Señor de Bemibre</i>	I
<i>Apéndice</i>	33 ^I
<i>Leyenda tradicional. El Lago de Carucedo</i>	337

ADVERTENCIAS IMPORTANTES.

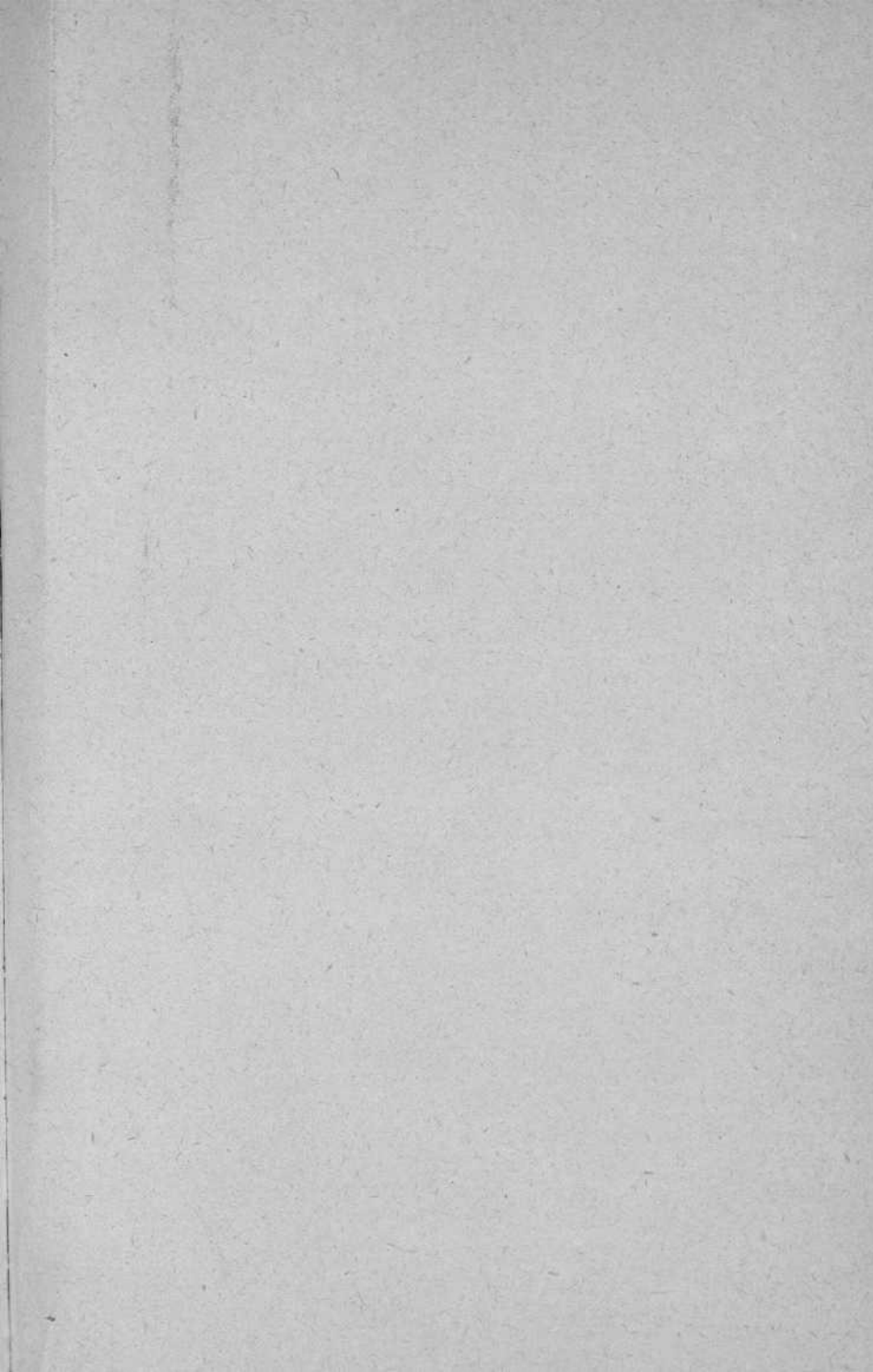
1.^a La Biografía de Enrique Gil, con las poesías laudatorias que la siguen, se ha reimpresso en esta edición de sus obras en prosa, tal como está en la cuidada colección que de las poesías líricas del mismo autor hizo el Sr. D. Gumersindo Laverde Ruiz, á quien pertenecen notas curiosas que avaloran aquel trabajo, y de las cuales algunas se refieren exclusivamente á composiciones poéticas. Por descuido dejó de ponerse al título *Biografía-Ensueño*, pág. LI, esta advertencia, interesante en más de un concepto.

2.^a En la nota que va al pie de la pág. XXIX del Prólogo se da erradamente como de autor español una obra traducida del francés: en la línea 3.^a de dicha nota y donde dice *Pichot su léase se tradujo la*.

FE DE ERRATAS MÁS NOTABLES.

<i>Pág.</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Debe decir.</i>
X	28	re	rei
XIV	20	<i>ambición</i>	<i>no se que</i>
XV	21	Skaspeare	Shakspeare
XLV	25	Hartzembusch	Hartzenbusch
49	19	Y porque no	¿Y porque no?
id.	27	sus ojos	esos ojos
66	32	Carucedo	Carracedo
id.	33	Carracedo	Carucedo
68	36	trobadores	trovadores
81	32	dijo	dijo D. Alvaro
83	16	noctura	nocturna
84	2	huida	ida
100	23	Clemente IV	Clemente V
111	13	harpa	arpa
162	25	gado	gando
188	24	becerro	rebezo
236	14	arancan	arrancan
291	26	Bearriz	Beatriz
340	21	cuando	cuanto
341	15	altiva	activa
342	5	armas	auras
378	19	santuario	santuario









OBRAS DE

ENRIQUE OLL

8367